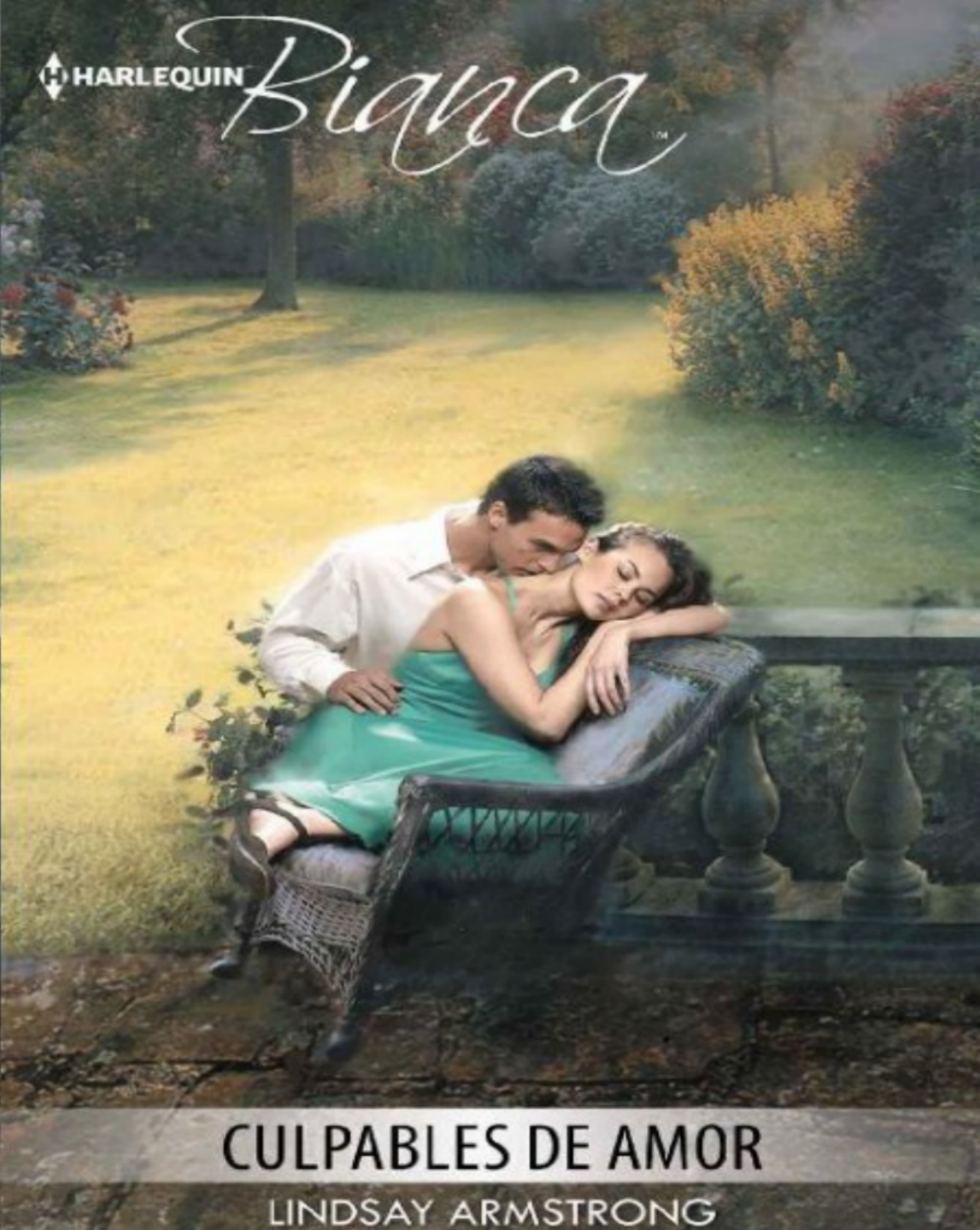

HARLEQUIN
Bianca
CULPABLES DE AMOR
LINDSAY ARMSTRONG



CULPABLES DE AMOR

LINDSAY ARMSTRONG





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Culpables de amor, n.º 1434 - noviembre 2017
Título original: His Convenient Proposal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-464-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

EL VIAJE de Johannesburgo a Sidney era largo y tedioso.

Por lo tanto, a Brett Spencer no le molestó que la persona que viajaba a su lado resultara habladora. Por supuesto, el hecho de que fuera una rubia despampanante de veintipocos años con una camiseta roja ajustada y escotada no influyó para que le respondiera animosamente.

Cuando llegó la cena, ya se llevaban fenomenal. Ella sabía que él era un médico que volvía a Australia después de pasar una temporada en el Congo estudiando las enfermedades tropicales. Él, por su parte, sabía que ella era una bailarina que venía de actuar en una revista en un centro turístico en Sudáfrica. También sabía de ella que bailaba en topless, pero que nunca había aceptado bailar desnuda.

–Muy inteligente –comentó él–, si lo hicieras te podrías resfriar.

Chantal tenía unos preciosos ojos violetas y la piel de su rostro ovalado era perfecta. Lo miró con suspicacia, pero enseguida soltó una risa encantadora.

Mientras tomaban la ternera marinada con especias y el vino tinto, ella le contó su vida. Su verdadero nombre era Kylie Jones, pero había decidido cambiárselo mientras iba en pos de la única fama que creía a su alcance. Al final de la historia, a Brett le dio la impresión de que además de ser una bailarina de topless, con una fantástica figura, también era una superviviente inteligente de la jungla de la vida, y una buen chica.

Después de la cena, vieron la película que echaban, una comedia que les gustó. Luego, reclinaron sus asientos mientras el avión seguía su viaje y la cabina se iba quedando en silencio.

Pero Chantal no tenía sueño. Aparentemente, tenía demasiadas cosas en la cabeza para poder dormir. Así que, continuaron hablando en voz baja.

La chica le contó que le habían ofrecido dos trabajos, los dos eran revistas, uno en Melbourne y el otro en la Costa Dorada. Aunque ella era de Melbourne, todavía no se había decidido por ninguno de los dos.

–¿Tienes compañera, Brett?

–Por el momento, no –contestó él, después de una breve vacilación.

–No pareces una persona solitaria –le dijo ella acariciándole el antebrazo con la punta de los dedos.

–No siempre estoy solo –concedió él–. Aunque el Congo es bastante limitado en ese aspecto.

–¿Por qué no formamos una pareja? Tengo el presentimiento de que eres del tipo de hombre que a mí me gusta.

–¿Y qué tipo es ese? –preguntó él, convencido de que el único motivo por el que seguía con aquella conversación era porque estaban a más de diez mil metros sobre la tierra, atrapado en un vuelo largo y aburrido.

–¿Mi tipo? –preguntó Chantal con un tono soñador–. Hay una canción que lo define muy bien. Ya la he bailado muchas veces… Un hombre capaz de hacerle sentir a una chica que vale un millón de dólares. Dime que tú no eres de ese tipo, Brett.

Él no dijo ni sí ni no. En lugar de eso, respondió:

–No creo que debieras juzgar a una persona solo por las apariencias, Chantal.

–Una chica sabe –le aseguró ella–. Especialmente, cuando tiene un trabajo como el mío donde todo se basa en la apariencia física –añadió mientras se apoyaba en un codo y lo recorría con aquellos sorprendentes ojos violetas–. Me imagino que es como un aura. Es tu manera de hablar, la forma en la que sonríes, tu sentido del humor –dijo meneando la cabeza–. Sencillamente, está ahí.

Durante unos treinta segundos, mientras se miraban a los ojos, Brett Spencer tuvo la tentación de demostrarle que tenía razón. Por supuesto, cuando llegaran a Sidney. Una persona tenía que ser de piedra para no sentirse tentado. Pero en lo más profundo, sabía que no podía complicar más su ya complicada vida.

–Chantal –dijo él con suavidad y cubrió la mano de ella con la suya–. Muchas gracias por la oferta. No creas que esto es fácil, pero…

–Yo no soy tu tipo –lo interrumpió ella, con un deje de amargura.

–Al contrario. Eres el tipo de chica con el que podría soñar toda la vida.

–¿El tipo de chica que solo se te viene a la cabeza en términos de sexo?

Él hizo una pausa y se preguntó, con su humor negro, si el avión estaría equipado con paracaídas. También se alegró de no haberle dicho su apellido.

–Mira, quizá sea porque soy un poco mayor…

–¿Cuántos años tienes?

Él se encogió de hombros.

–Treinta y cinco. Y tú debes tener… ¿veintiuno?

Ella se mostró momentáneamente halagada.

–Veinticuatro.

–Aun así, he tenido once años más de experiencia que tú en este asunto –dijo él con ironía–. Creo que es una buena idea que dos personas se conozcan un poco antes de… lanzarse.

–Si no estuviéramos en un avión podría enseñarte lo equivocado que estás –dijo ella con voz aterciopelada–. De alguna manera hay que empezar.

«Cuánta razón tienes, Kylie Jones», se dijo Brett. «Maldita sea, debo estar loco»

–Entonces –continuó ella–, seamos sinceros. Yo nunca podría ser la chica apropiada para ti, ¿verdad? Solo la aventura de una noche.

–Prefiero decir que yo no soy, ni nunca podría ser, el hombre apropiado para ti.

–¿Cómo te gustan las mujeres? ¿Intelectuales y de clase social alta? Por tu forma de hablar parece que tú mismo eres un intelectual de clase alta.

–No tiene nada que ver con eso, Chantal. Que yo no me considere el hombre apropiado para ti no quiere decir que no exista un *«señor apropiado»* en alguna parte… eres encantadora. Pero… Tómatelo con calma.

Ella se quedó dormida, pero él no. Quizá porque su vida estaba a punto de cambiar drásticamente, pensó. Volvía a casa después de cinco años. De vuelta a la civilización y a un despacho y no estaba seguro de que eso fuera lo que quisiera. Sabía que necesitaba un descanso. Además, tenía cosas que escribir y una nueva enfermedad que analizar. El problema no era que no le gustase la civilización; pero no estaba seguro de cuánto tiempo podría resistir la llamada del mundo salvaje, la llamada del trabajo entre personas que necesitaban ayuda con desesperación.

Además, estaba Elvira Madigan. La novia de su mejor amigo a la que había rescatado y había establecido en su propia casa. Una chica con la que se le había ocurrido casarse en varias ocasiones, pero siempre por los motivos equivocados… bueno, casi siempre…

Capítulo 2

LA PRIMERA nota en la puerta del frigorífico decía:

Querida mamá:

Solo quería decirte q no estoy ciego. Sé q hay un hombre nuevo en tu vida por el tiempo q pasas frente al espejo. Espero q sea mejor q el último. ¡¡¡También lo sé xq no hay nada q llevarse a la maldita boca!!! Q conste q no he utilizado la palabra que empieza por J.

Tu querido hijo,

Simon.

La otra nota, con una escritura más madura decía:

Simon:

El frigorífico está lleno de comida. De acuerdo, no hay nada congelado ni preparado, pero eso es porque esos alimentos tienen un alto contenido en grasas animales y sales; cosas muy malas para la salud. Por cierto, la palabra que empieza por M no es más aceptable que la que empieza por J, así que, por favor, no vuelvas a utilizarla.

Con cariño,

mamá.

La tercera nota tenía dibujado a lápiz el rostro de un niño pecoso llorando.

Mamá:

¡Solo tengo diez años! Todavía no he tenido tiempo d aprender a cocinar. ¿Q tiene d malo comer pizza d vez en cuando? Otros niños la comen todo el tiempo y no parece q se estén muriendo. Además, no t olvides d q tú eres una mamá trabajadora y yo soy tu único hijo.

Simon. ¡Los chicos en desarrollo del mundo unidos contra el hambre!

La última nota era la más larga.

Simon:

Con el chantaje no vas a conseguir nada. Y lo que estás insinuando no es cierto. Cada día te hago dos comidas nutritivas y me esfuerzo por prepararte un almuerzo imaginativo y delicioso para que te lleves al colegio. Por lo que, de momento, no tienes que aprender a cocinar. Si el problema está entre horas, estoy segura de que ya eres mayorcito para

hacerte un sándwich ó 6 con lechuga, jamón, queso o cualquiera de las otras cosas que abundan en el frigorífico. Si lo que sucede es que te mueres por utilizar el microondas, en este momento puedes calentar el pollo que sobró de anoche.

Mamá. ¡Madres explotadas e infravaloradas unidas!

Debajo de la nota había un dibujo a lápiz: una mujer con seis manos con cacerolas y sartenes, una escoba, una plancha y el pelo recogido con pinzas de la ropa.

La cocina donde estaba el frigorífico-tablero de notas era muy agradable. Siempre había sido una habitación acogedora. Tenía baldosas de terracota y una ventana con vistas al jardín; pero, además, había otros detalles que no recordaba, pensó Brett Spencer mientras se alejaba del frigorífico con una sonrisa en los labios.

Unas cortinas amarillas nuevas, macetas con albahaca, perejil y tomillo en el alféizar de la ventana, y tarros con hojas de laurel y ese tipo de cosas que muestran la presencia de una persona que se toma la comida en serio: un juego de cuchillos de cocina, un picador de carne, un rallador de ajo, un recipiente con limones y un estantería llena de especias.

En un extremo de la cocina, había una mesa redonda con cuatro sillas. La mesa estaba llena de cosas. Había libros, revistas, una cesta con fruta, una pelota de béisbol y dos gorras.

La puerta del jardín se abrió de repente y un niño aterrizó en la cocina. Se paró en seco cuando vio a Brett.

–¿Quién eres tú?

A Brett le dio un vuelco el corazón. No cabía duda de quién era hijo aquel niño…

–Tú debes ser Simon –dijo con suavidad mientras el pequeño dejaba la cartera sobre la mesa, haciendo que la pelota rodara y cayera al suelo–. Soy Brett. He venido a ver a tu madre.

–¡Caramba! –exclamó el niño con los ojos muy abiertos, después se agachó a recoger la pelota–. ¿No me digas que por fin lo ha conseguido?

–¿Qué ha conseguido?

–Tiene un gusto espantoso con los hombres –le confió el niño–. Pero tú pareces bastante normal y si ese coche de ahí fuera es tuyo, es muy chulo.

–Sí, lo es. Pero… ¿por qué dices que tiene mal gusto con los hombres?

–Bueno, el último estaba obsesionado con la naturaleza. Siempre

nos llevaba de excursión al campo y no paraba de hablar de pájaros y plantas. No creía en la televisión y quería enseñarme a hacer nudos. ¿Sabes? Cuando mi madre por fin vio la luz, yo ya estaba agotado. ¿Tú no serás un fanático de la naturaleza, verdad? –preguntó con desconfianza–. Quiero decir, pareces normal, pero nunca se sabe.

–No, no soy…

–Después llegó el artista –continuó Simon risueño, pero con el ceño fruncido–. No había visto en su vida un bate de béisbol y siempre la humillaba.

–¿Que la humillaba?

–A mi madre le gusta el arte convencional. Él siempre decía que tenía el gusto de una gallina. Yo le decía a mi madre que seguro que una gallina con un pincel pintaba mejor que él.

–Muy bien hecho, pero…

–¿Estás seguro de que no eres un artista disfrazado? –preguntó Simon mirando a sus pantalones de color beige y a su camisa azul.

–Completamente seguro –dijo Brett con ironía–. Además, me gusta el arte convencional.

–Después –continuó Simón elevando los ojos al techo–, llegó la figura paternal. ¡Ese era el peor de todos!

–¿Ah, sí? ¿Por qué?

–Estaba siempre intentando ayudarme con mis deberes; se volvía loco por jugar al ajedrez y al Scrabble y solía hacer crucigramas –finalizó Simon meneando la cabeza.

–¿Peor que el fanático de la naturaleza? –preguntó Brett con seriedad.

–Sí. No tenía sentido del humor.

–Eso puede ser muy duro –asintió Brett.

–Sobre todo, si tu madre está un poco chiflada. Pero él no se daba cuenta, así que, ella intentaba estar todo el tiempo seria. A mí me gusta mi madre chiflada.

–¿Te gustó alguno de ellos?

Simon se mordió el labio con una expresión malvada que solo un pecoso de diez años podría poner.

–Había uno que no me molestaba. No es que me gustara, pero solía darme un billete de cinco dólares y decirme que me perdiera un rato.

–Entiendo. No estás agarrando bien la pelota. ¿Quieres que te enseñe?

Simon le pasó la pelota y Brett se la colocó en el centro de la mano y puso los dedos sobre la costura.

–¿Ves? Después tienes que mover la muñeca así para que salga disparada.

–¿Te gusta el cricket? –preguntó Simon con incredulidad–. ¿Más que el Scrabble y el ajedrez?

–Más que nada. ¿Así que creíste que era el nuevo hombre en la vida de tu madre?

–¿Quién si no? Ha cambiado de peinado y el otro día la vi pintándose las uñas. ¿No es eso lo que hacen las chicas?

–Ellas… sí, probablemente –murmuró Brett, pensativo.

–Tú estabas en la cocina y dijiste que venías a verla así que imaginé que ella te invitó. ¡Oye! No serás un profesor, ¿verdad?

–No –respondió Brett y dejó la pelota sobre la mesa. Después, los dos se volvieron hacia la puerta al oír que alguien entraba.

–Simon, perdona que llegue tarde –dijo la mujer sin aliento–. He visto un coche aparcado en la entrada. ¿Te ha traído…?

Sus palabras se perdieron en el aire cuando sus ojos se posaron sobre Brett Spencer.

Habían pasado cinco años desde la última vez que había visto a Ellie Madigan, pensó Brett. Cinco años que no habían pasado por ella. Si cabía, aún estaba más guapa. Aunque había perdido la inocencia, la inseguridad de aquella chica que su amigo Tom King le había presentado hacía once años. También había desaparecido la chica desesperada de no mucho después. Y tampoco quedaba nada de aquella mujer pálida y bastante delgaducha que corría detrás de un pequeño de cinco años bastante enérgico.

De hecho, hasta el momento en que se paró en seco, había irradiado energía. Su paso había sido firme y en sus labios había visto una gran sonrisa. Y, desde luego, no estaba nada pálida.

Elvira Madigan tenía el pelo castaño y rizado, cortado a media melena. Sus ojos color avellana con pintas doradas eran claros y expresivos y su figura, esbelta. Si no supiera que tenía un hijo de diez años, nunca se lo habría imaginado.

–¡Tú! –exclamó ella, por fin–. No sabía… no esperaba… –se paró y se inclinó para recoger el bolso que se le había caído por la sorpresa.

–Es culpa mía, debería haberte llamado, Ellie –dijo Brett–. Espero que no te importe que haya entrado…

–Bueno… es tu casa –dijo ella, tragando con dificultad–. Ya veo que os habéis conocido.

–Pensé que era el nuevo hombre en tu vida. ¿Qué significa que esta es su casa? –preguntó Simon, girándose para mirar a Brett con cautela.

–Todavía no habíamos llegado a ese punto –murmuró Brett–. Simon, soy Brett Spencer. Ya nos conocíamos, pero tú solo tenías cinco años la última vez que te vi.

Simon se quedó con la boca abierta.

–¿Quieres decir que tú eres el mejor amigo de mi padre? Vaya…

–¡Simon…! –advirtió su madre.

–¡Si es genial, mamá! –exclamó el niño volviéndose hacia su madre con entusiasmo–. A este tipo le gusta el arte convencional, no está loco por los pájaros y las abejas y no le importa que estés un poco chiflada… ¿Qué más podrías pedir?

Ellie no pudo evitar una sonrisa.

–Simon…

–Además, entiende de cricket. Lo que no comprendo es por qué nunca pudiste decirme quién era. Bueno… ¿sabéis qué? Os voy a dejar solos un rato –dijo con una sonrisa pícara–. Y no te costará ni un centavo –añadió para Brett.

Agarró una manzana de la cesta de encima de la mesa, se puso una gorra de béisbol con la visera hacia atrás, agarró su pelota de cricket y se marchó.

–¿Que no te costará ni un centavo? –preguntó Ellie mientras se dejaba caer en una silla–. ¿Qué ha querido decir con eso?

–Uno de tus ex… uno de los hombres de tu vida solía darle cinco dólares para que desapareciera.

A Ellie se le encendió el rostro.

–Estás bromeando.

–No, a menos que Simon suela inventarse cosas.

–¿Simon? –dijo ella–. Es la persona más sincera que conozco. ¡Oh, no! –exclamó poniéndose aún más colorada–. Arte, pájaros… ¿Te ha hablado de todos ellos?

–Me describió a cuatro.

–¿Por qué? ¿Cómo es posible que estuvierais hablando de mí así?

Brett sonrió.

–Debido a tu nuevo peinado había supuesto que tenías un nuevo hombre en tu vida y como me encontró en la cocina…

–Pero eso no explica… –dijo ella con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

–Parece… –se detuvo para elegir bien sus palabras–. Parece que no está muy de acuerdo con tu gusto para los hombres.

–¿Crees que no lo sé? –dijo Ellie, elevando la voz–. Siempre los he elegido pensado que podían aportarle algo que yo no podía darle pero… –se detuvo y tomó aliento–. Nunca dejó que ninguno se le

acercara.

–Quizá deberías elegirlos pensando en ti.

–Bueno, está claro que a mí me gustaban. O por lo menos eso creía…

–Deberías haber elegido a alguien con buenos conocimientos de cricket.

Ellie levantó la barbilla.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Él agarró una silla y se sentó enfrente de ella.

–Ha llegado el momento de que hablemos de ciertas cosas.

–¿Quieres que te devuelva tu casa?

Brett tenía treinta y cinco años y medía uno ochenta y cinco. Tenía los ojos grises, el pelo oscuro y la expresión de sus labios, cuando no estaba sonriendo, era bastante dura. Además, tenía el aspecto de ser un hombre que sabía lo que quería… y lo conseguía. Lo único que nunca había querido había sido a la novia de su mejor amigo, Ellie Madigan…

–No –dijo, tocándose la barbilla–. A menos que tengas planes para casarte y marcharte…

Ellie lo miró con una débil sonrisa.

–No.

–¿Qué pasa con el nuevo?

–¿Quién te ha dicho que haya uno nuevo? –hizo una pausa y miró hacia el frigorífico–. No tengo intenciones de casarme con él. ¡Oh, maldita sea! ¡Esta noche viene a cenar!

Brett comenzó a reírse.

–¡A mí no me parece gracioso! –dijo Ellie, pensando en lo rabiosamente guapo que se ponía cuando se reía.

–No te preocupes Ellie. Yo te echaré una mano con Simon.

–¿Piensas quedarte?

–Sí –respondió él, encogiéndose de hombros.

–¿Cuánto tiempo?

–He regresado definitivamente. Me han ofrecido una beca para que estudie aquí ciertas enfermedades.

Los ojos color avellana de ella se encontraron con los grises de él.

–Entonces… –Ellie se aclaró la garganta–. ¿Cuál es el trato?

–El único trato es que de momento no tenemos que precipitarnos.

–¿Por qué no me avisaste, Brett?

–No quise preocuparte innecesariamente. Tienes buen aspecto, Ellie.

«No me hagas esto», pensó ella mientras él la recorría con la mirada. «No me intentes medir con tu escala, sé que nunca te he interesado ni física ni mentalmente».

Pero él continuó con el escrutinio unos segundos más, a pesar de sus ruegos. Y una tenía que ser de piedra para que no le afectara esa mirada.

Ellie agarró una revista y se la puso delante por si acaso su pezones decidían traicionarla.

–Gracias. Me siento muy bien –dijo intentando aparentar naturalidad.

–¿Así que la vida te está tratando bien?

–Muy bien. Por fin acabé el postgrado en logopedia y ahora trabajo en una clínica privada, principalmente con niños. Me encanta.

–Simon se parece mucho a Tom. Me ha parecido que también es más inteligente de lo normal ¿Me equivoco?

–En absoluto –dijo ella con una sonrisa al pensar en su hijo–. Absorbe la información como si fuera una esponja. Por eso siempre intento… me parece que tengo que ampliar sus horizontes.

–Entonces, me alegro de haber vuelto –dijo Brett y se puso de pie–. ¿Te importa si voy a deshacer la maleta y a darme una ducha? Llevo varios días viajando.

–Déjame que despeje tu habitación. La tengo llena de artilugios –Ellie se puso roja al ver su mirada–. En mi tiempo libre me dedico a hacer cometas para venderlas en el mercadillo –hizo una pausa–. Es un proyecto que comencé para pagarte lo que te debo. Todo lo que he sacado lo tengo en el banco. Es tuyo.

–¡Querida Ellie! –dijo Brett con ese toque afectivo que uno podía utilizar con un perro que le trae un hueso–. No tenías por qué haberlo hecho. Quédatelo. Son tus ahorros.

Una hora más tarde, Ellie se encerró en su cuarto y se apoyó contra la puerta. No estaba segura de con quién estaba más enfadada si con ella, con Brett Spencer o con Simon.

Despejó la habitación de Brett y le dejó unas cuchillas y una espuma de afeitar con perfume de rosas cuando él se dio cuenta de que había tomado una maleta de mano equivocada en el avión. Ella lo escuchó hablar con el aeropuerto, explicándoles que quizá la persona que viajaba a su lado la había tomado por equivocación.

Ellie intentó localizar al hombre al que había invitado a cenar para cancelar la cita, pero no lo consiguió. Ya solo le quedaba una

hora para arreglarse. Se asomó a la ventana y vio a Brett lanzándole pelotas a Simon.

La casa de Brett tenía un jardín precioso, de hecho, toda la casa era preciosa. Era lo suficientemente grande como para jugar al cricket y, además, tenía una piscina que ella solía utilizar casi todo el año gracias al clima de Brisbane.

No estaba especialmente enfadada con Simon, pensó al alejarse de la ventana. De hecho, adoraba a su hijo.

Brett Spencer era otro tema. Así como su reacción con él.

Su mente vagó años atrás…

Había conocido a Tom King en la universidad cuando tenía dieciocho años y él veintidós. Él estaba estudiando Ingeniería de Caminos y era elegante y muy guapo. Vivía en un apartamento y tenía coche. Era maravillosos estar con él. Especialmente para una chica que había crecido reprimida por una madrastra que tenía celos de ella. Tom se tomaba la vida de manera muy diferente; él no tenía reglas ni era desconfiado. Era como la brisa fresca.

Tom tenía un grupo de amigos muy amplio, pero su mejor amigo era Brett Spencer, un médico un poco mayor que ellos.

Con veinticuatro años, Brett ya tenía el aspecto de saber lo que quería en la vida. Era un hombre bastante enigmático, a veces, cortante; pero cuando una de esas sonrisas suyas se dibujaba en su rostro todas las mujeres caían rendidas a sus pies. Aunque ella estaba enamorada de Tom, se había percatado de su efecto.

Poco a poco, fue comprendiendo por qué Tom y Brett tenían tan buena relación. Sus familias eran buenas amigas y ellos se conocían desde que eran pequeños. Siempre habían ido al mismo colegio y los dos jugaban en el mismo equipo de polo y, cuando los padres de Tom murieron en un trágico accidente de avión, este se fue a vivir con los Spencer.

Pero ella nunca se había sentido muy cómoda con Brett. Él nunca había dicho nada que la molestara; pero nunca se la había tomado en serio, siempre la había visto como un romance pasajero de Tom. Ella a veces se había preguntado lo mismo. Eran muy diferentes y pertenecían a mundos distintos y a veces perdía confianza en sí misma.

Al analizar la relación desde la distancia, había descubierto que su negativa a convertirse en su amante, y no porque no lo deseara, lo habían incentivado aún más.

Cuando cumplió los diecinueve años, y llevaban seis meses

saliendo, sucumbió a sus encantos y le entregó su virginidad. La vida era maravillosa. Un mes más tarde, su existencia sufrió un cambio brusco y la vida la golpeó con fuerza. Tom murió en un accidente de polo y a las pocas semanas se enteró de que la píldora anticonceptiva había fallado y estaba embarazada. ¿A quién podía recurrir? Desde luego, no podía irse a vivir con su madrastra.

Afortunadamente, el destino le tendió una mano. Los mareos y los vómitos matutinos habían empezado con fuerza y un día que la pillaron en el centro de Brisbane, agarrada a una farola, tuvo la suerte de que Brett pasara por allí y fuera a ayudarla. No tardó mucho en sonsacarle qué era lo que le pasaba. Su expresión cuando se lo contó lo dijo todo: una mezcla de cinismo y sorpresa. Aunque, en realidad, no le extrañaba mucho que se encontrara en aquella situación.

Casi de inmediato, actuó con sentido práctico. Le contó que él se había encargado de los asuntos de Tom y que, por desgracia, se había gastado toda la herencia de sus padres.

Lo que Brett le propuso, la dejó sin habla: le ofreció una casa y ayuda económica… le ofreció a ella y a su bebé seguridad sin ataduras hasta que ella pudiera valerse por sí misma. ¿Cuáles fueron sus motivos? Seguía siendo todo un misterio.

Por supuesto, al principio, ella había rechazado la idea de lleno, por muchos motivos, no solo porque apenas se conocían; pero él insistió. El embarazo resultó bastante complicado y ella acabó cediendo.

Ellie volvió al presente.

Lo más sorprendente de todo, pensó, era que, once años después, aún seguía en la casa. Para ella, el tiempo había pasado muy deprisa. Pero, ¿por qué había permitido Brett que la situación se prolongara durante tanto tiempo?

Se preparó un baño, añadió unas sales aromáticas y se metió dándole vueltas a la cabeza. ¿Por qué nunca se había marchado de allí? ¿Antes de asentarse demasiado en la preciosa casa de Brett con vistas al río Brisbane?

Porque lo más fácil había sido dejarse llevar por la corriente, se respondió a sí misma. Brett había heredado la casa de sus padres y aunque no pensaba vivir en ella, tampoco quería venderla por lo que se la ofreció y ella no pudo negarse. Desde entonces, también había sido el hogar de su hijo. Brett continuó en su apartamento del centro y, cuando Simon tenía nueve meses, se marchó en su primer viaje al extranjero. Desde entonces, sus visitas cada vez eran más espaciadas hasta que un día, hacía cinco años, desapareció por

completo.

Había mantenido el contacto con él a través de su abogada, Gemma Arden, que, a lo largo de los años, se había convertido en su amiga. Brett le pasaba a Ellie un pensión y había insistido en hacerse cargo de todos los gastos de la casa. Incluso le había dejado un coche pequeño.

Ellie atribuyó tanta generosidad a que Simon era el hijo de su mejor amigo; aunque más que un amigo era su hermano. Por otro lado, aunque eso no justificara nada, Brett era muy rico. La familia tenía un imperio de bebidas y él era el mayor accionista.

Ella se había dejado llevar, al principio, por las dificultades del embarazo; después por las enfermedades típicas de un niño pequeño. Ellie se preguntaba cómo una madre soltera se las podía arreglar sola. En cuanto empezó a ganar dinero, insistió en no aceptar la pensión y se puso a fabricar las cometas con la idea de devolverle algún dinero.

Por otro lado, se encargó de que la casa estuviera en perfectas condiciones. De hecho, había empezado a quererla como si fuera suya. También había descubierto que era muy buena con las plantas por lo que el jardín tenía mejor aspecto que nunca.

Su padre también la había ayudado hasta que lo trasladaron a otro estado. Lo que le había pasado a su única hija lo había dejado perplejo; pero había llegado a adorar a Simon. Escribía al niño con cierta frecuencia y una vez al año les invitaba a que fueran a visitarlo.

Ella se había refugiado en su trabajo y en la educación de su hijo. Ahora tenía treinta años, era madre soltera y no había vuelto a tener novio. Casi no había salido con nadie, a parte de los hombres con los que quedaba con la esperanza de que congeniaran con Simon.

Se incorporó en la bañara, agarró la esponja y comenzó a frotarse con energía. Pero la razón verdadera por la que todavía seguía en la casa de Brett no se limpiaba tan fácilmente: era la solución perfecta para su vida.

Capítulo 3

NO LO ENTIENDO –insistió Simon–. Ahora que Brett está en casa ¿por qué necesitas quedar con otro hombre?

–Simon, por favor, pon la mesa y cállate –ordenó Ellie por respuesta. Miró el reloj y añadió–: Solo nos quedan diez minutos.

–Por lo menos, dime quién es este tipo.

Ellie tomó aliento.

–Se llama William Brooke. Es músico y lo conocí cuando me compró una cometa. ¿Te acuerdas de aquella con el coche de carreras que tú me ayudaste a hacer? Bueno, pues a él le encantó y la compró para su sobrino. Empezamos a hablar y me invitó a comer. Eso es todo.

–¿Qué tipo de músico, mamá? –preguntó Simon con un mal presentimiento.

–Es… es violinista.

–¡Mamá! ¡Así que de eso se trata! ¡Quieres que empiece a tocar el violín! ¡Puaj! Martie Webster tiene que tocar una hora al día y suena como si estuviera estrangulando a un gato.

Ellie se pasó los dedos por el pelo con impaciencia y se alisó el vestido de punto que se había puesto.

–La música es algo que puede mejorar tu vida. Yo me arrepiento de no haber aprendido a tocar ningún instrumento y no quiero que a ti te pase lo mismo. Así que…

–¡Pero si tocaba los timbales que el abuelo me regaló en Navidad!

–Eso es diferente. Eso no es música, además, estuve a punto de quedarme sorda –agarró un cucharón y removió la sopa que estaba preparando.

–Mamá, soy bastante feliz así. De verdad, no tienes que…

–Simon –dijo ella cortante–. He tenido un día bastante difícil. He intentado llamar a William para cancelar la cita, pero no lo he localizado. Por lo tanto, lo único que puedo hacer ahora es preparar la cena. Y quiero que tú pongas la mesa y te portes como es debido porque si no, me podría dar un ataque y eso no te gustaría ¿verdad?

–¿Igual que el ataque que te dio cuando aquel tipo te golpeó el coche y dijo que tú tenías la culpa? –preguntó Simon con una sonrisa.

–¡Oh, mucho peor! –respondió ella, golpeando la encimera con el cucharón.

–De acuerdo, de acuerdo. Tranquilízate, mamá. Me portaré bien,

pero quiero que comprendas que no tienes que traer a casa a toda clase de tipos para mejorar mi vida –dijo el niño mientras se dirigía al salón para poner la mesa.

Ellie se volvió hacia la sopa y se dio cuenta de que Brett había entrado por la puerta trasera. No cabía duda, por la expresión divertida de su rostro, de que lo había oído todo.

–No digas ni una palabra –le advirtió.

–De acuerdo –dijo él mientras dejaba caer una caja sobre la mesa.

–He ido a la tienda a comprar vino.

Se acercó a la encimera, abrió un cajón y sacó un abrebotellas. Dos minutos después, le ofreció a Ellie una copa y él se sirvió otra.

Ella miró el líquido dorado a través del cristal, después, cerró los ojos y dio un trago sintiéndose agradecida.

–¿No podrías –preguntó removiendo la sopa– conseguir enviarme a… a África esta noche? ¿O a la Luna?

Él estaba de pie junto a ella, apoyado en la encimera, todavía parecía divertido. Se había cambiado de ropa y se había afeitado.

Ellie sentía que había algo en él que le daba seguridad; seguridad mezclada con un extraño sentimiento que le recorría la espina dorsal.

–Lo siento, pero no. No creo que resulte tan malo como tú piensas. ¿Crees que habrá en la ciudad más de un violinista llamado William Broke?

Ellie abrió la boca.

–¿Lo conoces?

–Sí. Desde hace mucho tiempo. Aunque, nunca hubiera pensado que fuera tu tipo –añadió mirándola de arriba abajo.

Ellie dio un sorbo al vino.

–Antes de que me expliques cuál crees tú que es mi tipo o cómo se supone que lo sabes…

–Es «gay» –la interrumpió él.

–¿Qué?

Brett se encogió de hombros.

–Es homosexual.

–¡Pero eso es imposible!

–¿Quieres decir que ya te has dado un revolcón con él?

Ellie se puso colorada.

–No. Ni siquiera… Pero ¿Por qué iba a estar interesado en invitarme a comer o en venir a cenar?

–Porque le gustas, porque está interesado en tus cometas… Quizás podrías acabar teniendo una agradable amistad con él, a

menos que estuvieras pensando en él en otros términos, claro. Eso es otro asunto.

Ellie se atragantó.

–Eso era en lo que estabas pensando –afirmó él.

–¿Qué sabrás tú? –preguntó ella indignada.

Él señaló hacia el frigorífico.

–Está el asunto del peinado, que, por cierto, es muy bonito. Y, según Simon, no sueles pintarte las uñas.

Ella vació el vaso de un trago y lo tendió hacia él para que se lo volviera a llenar.

–¿Crees que es una buena idea? Tan pronto, quiero decir.

–Es la mejor idea que he tenido en años, Brett Spencer –le dijo–. Ahora resulta que he añadido a mi lista de conquistas un violinista gay.

–Ellie… –comenzó a decir él entre risas, cuando sonó el teléfono.

Ella levantó el auricular y Brett la escuchó saludar a alguien.

–No, no, por favor, no te preocupes. No me he tomado ninguna molestia –acabó diciendo ella, antes de colgar el teléfono.

–Will no puede venir –aventuró Brett.

–Efectivamente –reconoció ella–. No te puedes ni imaginar lo avergonzada que me siento. Si no me llegas a avisar… podría haber hecho un ridículo espantoso.

Él le sonrió.

–Probablemente, te habrías dado cuenta mucho antes de llegar a esa etapa. ¿Por qué ha cancelado la cita?

–Tiene un concierto dentro de dos días y el director lo ha llamado para un ensayo esta noche. ¡Qué alegría! –dio un par de vueltas y le plantó a Simon un beso en la cabeza cuando este entró en la cocina.

Simon la miró extrañado.

–¿Qué te pasa?

–Estás liberado, muchacho. El señor Brooke no puede venir esta noche.

–¡Bien! –exclamó Simon entusiasmado–. Estaremos los tres solos.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta.

–Debe ser uno de tus amigos, Simon. Invítalo a cenar si quieres, tenemos de sobra.

Cuando Simon desapareció le dijo a Brett en voz baja:

–Podríamos tener problemas.

–¿Con Simon?

–Sí. ¿No has oído lo que ha dicho?

–Sí. ¿Qué problema hay?

Ella abrió los ojos sorprendida y, de repente, sintió que tenía dificultades para respirar.

–¿Estás sugiriendo… lo que yo creo que está sugiriendo?

–Estoy sugiriendo que necesitas un poco de ayuda –dijo él, y se cayó al oír que Simon se acercaba–. Luego hablamos –añadió en un susurro.

Ese «luego» resultó ser casi una semana más tarde porque ese mismo día, cuando llevó a Simon a la cama, Brett le dijo que tenía dolor de cabeza y se marchó pronto a dormir. A la mañana siguiente, después de llevar a Simon al colegio, decidió ir a ver qué tal estaba. Su habitación estaba a oscuras y no había ningún movimiento. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando lo escuchó gruñir. Dudó un instante y, después, fue a descorrer una cortina. Lo que vio la intranquilizó bastante: la cama estaba totalmente revuelta, como si se hubiera estado retorciendo toda la noche, y él, que estaba incorporado, tenía muy mal aspecto.

–Brett, ¿qué tienes? –le preguntó–. ¿Crees que es por el viaje?

Él tuvo que pestañear unas cuantas veces para verla con nitidez.

–Creo que lo mejor es que llamemos a un médico –dijo ella preocupada.

–Yo soy médico.

–Bueno, sí, pero…

–Ellie, se trata de un resfriado. Eso es todo –volvió a tumbarse en la cama y cerró los ojos.

–¿Cómo puedes estar tan seguro? –se acercó a él para verlo mejor y vio que tenía la frente perlada de sudor.

–He visto suficientes casos de malaria, fiebre amarilla, cólera y cosas así durante los últimos cinco años para ver la diferencia. Además, pasé unos días en Johannesburgo con unos amigos y él tenía la gripe.

–¿No crees que deberías hacerte un… un análisis, para estar seguros?

–De acuerdo. Llama a Florence Nightingale –concedió él.

–Enseguida vuelvo –contestó ella mientras salía de la habitación.

Mientras él se daba una ducha ella le cambió las sábanas de la cama y le preparó una manzanilla.

Mas tarde, el doctor estuvo de acuerdo con Brett: se trataba de una gripe, con los síntomas agudizados por el cansancio del viaje. A pesar de todo, le tomó una muestra de sangre para llevarla a analizar. Cuando se marchó, le sugirió a Ellie que le diera muchos

líquidos.

Durante los dos días siguientes, Brett se pasó casi todo el tiempo durmiendo, comió muy poco y se dejó cuidar.

Después, una mañana, cuando Ellie entraba con una bandeja con el desayuno, Brett se incorporó y lanzó un juramento.

–¿Qué has dicho?

–No estaba hablando contigo. Me estaba acordando de mi maldita maleta de mano. ¿Ha llegado ya?

Ellie le puso la bandeja sobre las piernas, agarró una taza que había preparado para ella y se sentó en un sillón.

–No. Lo siento, no me había vuelto a acordar de eso. ¿Es muy importante? –preguntó con el ceño fruncido–. La mayoría de la gente solo lleva unas revistas y un neceser.

–La mayoría de la gente… lleva cosas de las que no se quiere separar– discrepó él, mientras la recorría con la mirada.

–¿Como qué? –dijo ella mirándolo fijamente. Después, desvió la mirada hacia la maleta que él había llevado a casa por error.

–La he registrado una docena de veces. Ninguna pista de la dirección del propietario.

Ella se encogió de hombros y se levantó para mirar en su interior.

Había un libro, dos revistas, un neceser, un perro pequeño de peluche, un perfume y una cámara. En el neceser había artículos de tocador muy caros.

–Era una mujer… ¿la persona que estaba sentada a tu lado en el avión?

–Sí –admitió él, sarcástico.

–Pues parece que no llevaba nada realmente importante –comentó ella, irónica.

–Bueno, pues yo sí. Llevaba un trabajo de investigación muy importante y el disquete donde lo tenía almacenado –dijo mirándola muy serio.

Ellie luchó contra sus instintos un rato largo. Brett Spencer podía ser dinamita pura cuando estaba en plena forma, pero durante los últimos días había descubierto otro aspecto. Una faceta que le mostraba un hombre que odiaba estar enfermo. También había tenido la oportunidad de estar cerca de él; nunca lo había estado tanto. Y nunca lo había visto con tan poca ropa. Le había sorprendido comprobar que tenía un cuerpo estupendo y había sido consciente de que el afecto que sentía por él aumentaba por momentos.

De hecho, lo que más le apetecía en aquel momento era rodearlo

con los brazos y decirle que no se preocupara, que ella le conseguiría la maleta aunque tuviera que remover cielo y tierra…

Volvió a sentarse en el sillón, agarró su taza y se aclaró la garganta.

–De acuerdo, dame los detalles y yo intentaré localizarla. ¿Cómo se llamaba?

–Kylie Jones. Pero lo que necesito es su dirección –miró hacia la bandeja y se dio cuenta de que ella le había preparado un zumo de naranja, una tortilla francesa y café. Por primera vez en varios días, sintió hambre–. Mira –dijo con un suspiro–, no sé cómo agradecértelo, Ellie.

–No te preocupes –respondió ella intentando ocultar el temblor que le había provocado su sonrisa–. Voy a intentar localizártela cuanto antes. Hoy también tengo que ir a trabajar. He conseguido que me sustituyeran durante los últimos días, pero…

–No te preocupes por mí. Estaré bien –dijo él alargando la mano para acariciar la de ella.

Mientras se arreglaba para ir al trabajo, Ellie recordó lo que había sentido cuando la mano de él se posó sobre la de ella. «Dios santo», dijo para sí. «Mucho más de esto y… ¿Y qué?», se preguntó a sí misma.

Hasta bien entrada la tarde, no pudo darle ninguna noticia a Brett.

Preparó té para los dos y subió a su habitación.

–En el aeropuerto insisten en que no pueden dar la dirección de ningún pasajero. Sin embargo, me han dicho que están haciendo todo lo posible por localizar a la persona que estaba a tu lado. Estaban un poco extrañados porque decían que nadie más había reclamado una maleta. ¿Cómo estás?

–¿De salud o de ánimo?

–Creo que tu estado de ánimo está claro: disgustado, descontento, desanimado…

–Débil –añadió él.

Ella dio un sorbo.

–¿No te encuentras mejor?

–Gracias a tus cuidados, empiezo a sentirme como una persona –dijo él rodeando su taza con las dos manos.

–Eso está bien. A propósito, se trata de un simple resfriado, el resultado del análisis llegó esta tarde. Con respecto a la maleta, amenacé con llamar cada hora hasta que la localizaran.

Él levantó una ceja.

–¿Qué te dijeron ellos?

–Creo que se sintieron tentados de darme un billete gratis a Honolulú para deshacerse de mí.

Brett se rio.

–Pero me aseguraron que lo resolverían pronto. Por cierto, les dije que era tu esposa, para que me hicieran más caso.

Él levantó las cejas pero no dijo nada al respecto.

–Eres una joya, Ellie. ¿Qué tal está Simon? No lo he oído mucho últimamente.

–Se ha estado portando bien para no molestarte.

Brett se agitó en la cama.

–Creo que ya ha llegado el momento de levantarme.

–Sé que tú eres el médico, pero ¿no crees que deberías quedarte en la cama más tiempo?

–Estoy aburrido –dijo él.

–Bueno, eso es una buena señal. ¿Quieres que te traiga algún libro o…?

–Y me siento solo.

Sus miradas se encontraron.

–De acuerdo –dijo ella, pensando con rapidez–. Estoy haciendo una cometa, así que, si quieres puedes venir a ayudarme o a charlar conmigo. Simon va a dormir con un amigo esta noche.

–Me encantaría.

Ella lo miró con una sonrisa mientras se levantaba.

–Ahora voy a preparar la cena.

Brett se quedó pensativo.

Quizá aquella fuera su casa, pero ahora parecía de Ellie. Cada rincón estaba impregnado de su personalidad, aunque no había cambiado casi nada. Todo funcionaba como la seda gracias a su organización y tanto la casa como el jardín parecían haber florecido.

Se preguntó qué diría aquello sobre Ellie la persona, Ellie la mujer, Ellie que aún permanecía en su casa.

Después de la cena se sentaron un rato en el porche de atrás de la casa donde Ellie tenía un rincón preparado para trabajar con las cometas. Cuando le contó el precio que alcanzaban sus cometas en el mercado y le habló del gran número de clientes que tenía, Brett pensó que debía haber ahorrado bastante dinero.

Mientras ella trabajaba con destreza, él se dedicó a observarla.

Se había puesto un vestido de algodón amarillo y se había recogido el pelo dejando al descubierto un cuello sorprendentemente fino y elegante. Al sentir la mirada de él clavada en ella, levantó la cabeza.

–Mi padre me enseñó –le dijo mientras una sombra cruzaba por sus ojos.

–¿No tienes recuerdos muy felices, Ellie?

–Creo que ya te conté que mi madre murió cuando yo tenía diez años. Bueno, mi madrastra y yo… no nos llevábamos muy bien. Cuando nació Simon me di cuenta de por qué tenía tantos celos de mí, incluso de las cosas más insignificantes como cuando mi padre y yo jugábamos con las cometas. No podía tener hijos.

Brett pensó que aquello lo explicaba todo. La falta de confianza de Ellie, su aspecto vulnerable.

–Háblame de tu trabajo –dijo él de repente.

El rostro de ella se iluminó mientras le hablaba de los niños con los que estaba trabajando.

–Está claro que se te dan muy bien los niños –comentó él.

–Parece que a ti también. A Simon le has caído bien desde el primer momento. Teniendo en cuenta que pensó que eras el nuevo hombre en mi vida, eso es un gran logro.

Él la miró con una sonrisa.

–Así que ya tenemos algo en común –dijo él casi para sí mismo.

Al rato, se despidió de ella y, cuando entró en su habitación, le alegró ver que le había hecho la cama y que había dejado una jarra de limonada en la mesilla.

Ellie se preparó una taza de té y salió al porche. Brett ya llevaba allí una semana y estaba casi recuperado, así que, ella comenzó a preguntarse qué iba a pasar entonces. El tiempo parecía pasar muy deprisa y no quería pensar en nada. Solo en lo agradable que era el mes de octubre en Brisbane.

Se sentó en un sillón de mimbre, se quitó los zapatos y se fijó en la piscina. Algo la alertó de la presencia de él que volvía de hablar con la compañía aérea.

–Toma una silla –lo animó, sin volver la cabeza–. ¿Te apetece un té?

–No gracias –respondió él, mientras se sentaba.

–¿Has tenido suerte?

–No. Nadie contesta en la dirección que la chica les dio. Aunque, gracias a ti, mandan allí a alguien casi a diario.

–¡Vaya! Me imagino que no podrán hacer mucho más.

–No –asintió él mientras se miraba las manos con una expresión que ella no logró identificar –¿Qué piensas, Ellie?

Ella sabía muy bien de qué le estaba hablando.

–No sé. ¿Tú qué propones?

–Que sigamos así por ahora.

–Brett, eso es bastante difícil…

–No sé por qué.

Ella le lanzó una mirada irónica.

–Creo que Simon no me dejaría salir con nadie mientras tú estuvieras con nosotros.

–¿Te has vuelto a enamorar? –preguntó él, de repente.

Ellie no le respondió.

–No. Nunca he vuelto a sentir lo que sentí por Tom. A veces pienso que nunca volveré a sentir algo así.

–Quizá sí –le dijo él con una sonrisa.

«Ojalá no me miraras con esa sonrisa», se dijo ella para sí.

–Hay una cosa que no entiendo: ¿por qué te interesa?

Ellie vio cómo él reorganizaba sus pensamientos.

–Para serte sincero, me encuentro un poco sin nada que hacer.

–Te… te arrepientes de haber vuelto.

Él se encogió de hombros.

–No, pero el cambio es grande. Necesito hacerme a la idea y contigo y Simon me siento en casa.

A Ellie le gustó la respuesta.

–Tú todavía no me has contado nada sobre tu vida amorosa –aventuró ella–. Antes de marcharte al Congo siempre estabas muy bien acompañado.

–Tal vez. Pero lo que me gusta hacer es bastante incompatible con el matrimonio.

–Eso es cierto –asintió ella–. A menos que encontraras a alguien que le gustara trabajar en lo mismo.

Él echó la cabeza hacia atrás.

–Quizá los dos seamos unos solitarios, Ellie. Yo, por mi trabajo y tú porque no encuentras a nadie como Tom.

–¿Qué quieres decir con que…? –Ellie se interrumpió al escuchar unas pisadas y una voz que la llamaba con suavidad.

Brett la miró con el ceño fruncido.

–¿Quién…?

–¿Te acuerdas de Dan Dawson? ¿El hijo de los vecinos? Trabaja en una plataforma petrolífera y cuando tiene vacaciones suele venir a visitar a sus padres.

–¡Hola, Dan! –saludó ella, levantando la mano hacia el hombre que se acercaba a ellos por el jardín.

–¿Te acuerdas de Brett Spencer? Ha vuelto a casa.

Resultó que los dos se recordaban muy bien y Dan se sentó con ellos. Tenía veintiséis años y, a lo largo de los años, Ellie y él se habían hecho buenos amigos. Cuando iba a visitar a sus padres, siempre se pasaba a saludarla.

Estuvieron charlando animadamente, pero, cuando se levantó para marcharse, las cosas tomaron un giro inesperado. Primero, se despidió de Ellie y, después, le dijo a Brett si podía hablar con él a solas un momento. Brett pareció sorprendido, pero le sugirió que lo acompañara a la cocina.

Ellie los vio alejarse con el ceño fruncido. Inmediatamente, sucumbió a la tentación y se deslizó hacia la ventana de la cocina.

Llegó justo a tiempo de escuchar a Dan decirle a Brett.

–He estado viendo a Ellie… cuando vengo a casa, claro.

–Eso está muy bien, Dan –contestó Brett.

–De hecho –continuó el hombre, con aspecto avergonzado, pero, a la vez, decidido–, aunque todavía no se lo he dicho, ella es la que me mantiene cuerdo a veces. Una plataforma petrolífera puede ser muy aburrida, pero yo tengo una fotografía suya junto a mi litera. Pensé –añadió mientras Ellie abría la boca sorprendida– que era mejor decírtelo. Mi contrato acaba dentro de poco y estoy pensando que cuando vuelva voy a proponerle matrimonio. Eso es lo que ella necesita ahora que Simon es mayor.

Ellie cerró la boca y volvió a la silla, sin esperar a oír la respuesta de Brett. Al rato, los dos hombres salieron de la cocina y Dan se alejó por donde había venido.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Ellie, cuando Dan hubo desaparecido de su vista.

Brett sonrió.

–Me preguntaba si habrías tenido la tentación de escuchar. Bueno, ¿por qué no? Al menos, parece que está enamorado de ti.

–Hay un inconveniente: yo no estoy enamorada de él –señaló ella–. ¿No es ese el motivo por el que se casan las personas?

–Claro –asintió él–. Pero Dan tiene razón en una cosa: Simon ya es mayor y tú necesitas ayuda. Tú misma debes haberte dado cuenta ¿por qué si no ibas a estar experimentando con…?

–No lo digas –le advirtió ella.

Él sonrió con malicia.

–¿Qué le respondiste? –le preguntó con el ceño fruncido.

Él pareció considerar sus palabras.

–Le dije que yo tenía las mismas aspiraciones y que ganara el mejor.

Ellie abrió los ojos desmesuradamente.

–Creo que no he oído bien.

Brett se quedó mirándola con un mezcla de diversión y otra cosa. Eso le hizo preguntarse si todo aquel tiempo habría sentido por ella algo que no se había atrevido a reconocer… ¿Por qué si no iba a retar a Dan Dawson? ¿Y por qué seguiría ella en aquella casa?

Ella lo miró acusatoriamente.

–Si esto es un juego, a mí no me hace ninguna gracia.

El pareció dudar un momento. ¿Sería aquel el momento más apropiado para contarle lo que estaba pensando o estaría aún Tom demasiado arraigado en su corazón?

–Bueno –dijo él–. Quizá tenga algo que ver con no querer que le pisen a uno el terreno. No lo digas –añadió mientras la expresión de ella cambiaba–: ¡hombres!

Ellie no pudo evitar una sonrisa.

–¡Cuánta razón tienes! –reconoció ella–. Pero volviendo a ti. Cuando acabe la investigación que has venido a hacer ¿volverás a marcharte?

–Eso está por ver.

Ellie se levantó y sin saber por qué preguntó:

–¿Nunca me consideraste lo suficientemente buena para Tom, verdad?

–¿Qué te hace pensar eso?

Ella se retorció las manos.

–Siempre tuve la impresión de que me considerabas una aventura pasajera. Y cuando te enteraste de lo de Simon… fue como si siempre hubieras estado esperando algo así.

–Ellie… –comenzó a decir con un suspiro–. No es que no fueras lo suficientemente buena para Tom; pero me parecía que eras bastante ingenua y poco segura de ti misma y… que buscabas algo más de lo que Tom tenía en mente.

Ellie pestañeó.

–Nunca lo sabremos, ¿verdad?

–Yo no… no debería haber dicho eso…

–No te preocupes. Yo, a veces, también me lo preguntaba. Sin embargo, eso tampoco aclara nada –dijo con un suspiro.

–¿Por qué no establecemos un periodo de prueba?

Ella lo miró desesperanzada.

Él se rio.

–Solo estoy proponiendo que continuemos una temporada como

hasta ahora.

–¿Era eso lo que tenías en mente cuando decidiste volver?

Él se puso serio de repente.

–No tenía ningún plan preconcebido. Tampoco habría sido posible, no sabía cómo estaba aquí la situación. Pero ahora… conozco a Simon un poco mejor –hizo una pausa–. Ya he visto cómo están las cosas… Es lo único –dijo tras una pausa– que puedo hacer por Tom ahora.

Ella lo miró mucho rato.

–No es que no hayas educado bien a tu hijo tú sola; lo has hecho de maravilla. Pero cada vez va a ser más difícil.

–Lo pensaré.

Brett se levantó y se puso a su lado.

–¿Te he ofendido? –preguntó con calma.

«¡Sí!» Por supuesto, no lo dijo; pero algo en su corazón sí lo hizo. Un escalofrío que la hizo sentirse viva le corrió la espalda. Ningún hombre la había hecho sentir así desde Tom: dolorosamente, peligrosamente necesitada de amor…

–No, Brett –dijo con un esfuerzo–. Nunca podré pagarte todo lo que has hecho por nosotros… creo que ya has hecho demasiado. Por eso te he dicho que tengo que pensarlo.

De camino a su habitación, se pasó a ver a Simon.

Como siempre, se había quedado dormido con la lámpara encendida. Encima de la cama estaba el nuevo libro de los récords Guinness. Y, como siempre, su ropa estaba esparcida por toda la habitación. La recogió en silencio, puso una señal en el libro y lo dejó en la mesilla. Después, se quedó mirando a su hijo. Su parecido con su padre ya no la sorprendía. Hacía ya tanto tiempo que Tom se había ido desvaneciendo de sus pensamientos…

Era cierto que cada vez era más difícil ser madre soltera. Ella misma se daba cuenta de que era demasiado protectora; además, ¿cómo iba a arreglárselas para darle a su hijo un modelo a seguir?

Siguió mirándolo un rato más y, después, apagó la luz y salió en silencio.

La habitación de Ellie era preciosa. Era amplia y los muebles eran de un color crema y verde jade que deban serenidad. Pero, aquella noche, al sentarse frente al espejo para quitarse el maquillaje, estaba muy intranquila.

No podía dejar de pensar en la proposición de Brett, de pensar en él como hombre. Aquella noche, Brett la había ofendido; pero

porque su motivo para quedarse era ayudarla con Simon y… eso significaba…

¿Cuándo había ocurrido?, se preguntó desesperanzada mientras se aplicaba la crema en el rostro. Por supuesto, siempre lo había encontrado atractivo; pero una cosa era eso y otra sentirse tan desolada porque no le interesara como mujer.

Y tenía que ser justo en aquel momento, cuando comenzaba a sentirse tan bien.

Mirándose en el espejo, decidió que aquello no podía haber pasado en una semana. Entonces, ¿cuánto tiempo llevaba ocultándose que estaba enamorada de Brett Spencer? ¿Desde que se había acercado a ella en aquel aparcamiento y la había rescatado?

Tomó aliento.

¿Por eso no se había atrevido a reconocerlo? ¿Porque se sentía que traicionaba la memoria de Tom al enamorase de otro tan pronto?

Si no hubiera vuelto a casa, pensó desesperada. Si ella se hubiera marchado de allí hacía mucho tiempo… ¿Cómo iba a arreglárselas viviendo bajo el mismo techo que él de manera indefinida?

Ellie se metió en la cama, pero eso no la tranquilizó. Al contrario, cada vez se sentía peor al imaginarse a Brett teniendo amantes mientras con Simon ejercía el papel de padre. ¿Seguiría teniendo su apartamento del centro?

¿Y qué esperaría de ella en ese aspecto?

Estaba claro que aquello no podría funcionar.

A la mañana siguiente, estaba como ausente. Llevó a Simon al colegio justo a tiempo. Afortunadamente, no tenía que trabajar. Cuando llegó a casa, Brett aún no se había levantado. Se tomó una taza de café para animarse y cuando iba a comenzar con las tareas de la casa, sonó el timbre de la puerta.

Se quedó helada unos segundos al pensar en Dan… otra complicación en su ya complicada vida. Después, se relajó al recordar que Dan siempre iba por la puerta del jardín. Sin embargo, no estaba preparada para la chica que se encontró al otro lado de la puerta, con una maleta en la mano. Una rubia espectacular con ojos de color violeta, vestida con una camiseta y unos pantalones ceñidos.

–Hola –dijo Ellie–. ¿Puedo ayudarte en algo?

–Eso espero –respondió la rubia y dejó la maleta en el suelo–.

¿Vive aquí Brett Spencer?

Entonces, Ellie cayó en la cuenta. La maleta era idéntica a la que Brett tenía en su habitación.

–¡Debes ser de la compañía aérea! Brett se va a alegrar de recuperar su maleta.

–No soy de la compañía –dijo la chica con ironía–. Soy su compañera de vuelo. Debí tomar su maleta por error y la llevé conmigo hasta Melbourne. Afortunadamente, la maleta tiene la dirección. Si no le importa, me gustaría dársela personalmente. Me gustaría explicarle que cuando llegué a casa caí enferma con gripe y que por eso no he podido traérsela antes.

–Tú debes ser Kylie Jones.

–¿Le ha hablado de mí? ¡Fantástico! Por que yo tengo una o dos cosas que demostrarle.

–¿Como cuáles?

–Entre usted y yo –dijo la chica, bajando la voz–. Quizá él no crea que soy apropiada para él; pero pienso demostrarle lo contrario. A propósito, me llamo Chantal, ya no uso Kylie –le dijo con una sonrisa–. Usted debe ser la señora de la limpieza.

Ellie abrió la boca mientras su cabeza daba vueltas reciclando toda la información.

–No te quepa la menor duda –dijo por fin, pensando que, en realidad, ella era la que se encargaba de limpiarlo todo–. Pero Brett aún no se ha levantado, así que…

–Ya sí. Chantal, no tenías que haberte molestado.

Ellie se volvió. Brett estaba detrás de ella y se notaba que se acababa de levantar. Parecía malhumorado; pero también, estaba realmente sexy.

Y como si ella, Ellie, no existiera, Chantal dijo con una sonrisa seductora:

–Por supuesto que sí, Brett. ¿Por qué no me invitas a tomar un café?

Ellie, sin saber por qué lo hacía, se apartó y la dejó pasar.

–Hay café recién hecho en la cocina.

Ignorando la mirada helada de Brett, acompañó a la mujer hasta el salón. Brett las siguió con la maleta. Después, la puso sobre una mesa y la abrió. Ellie se percató del suspiro de alivio cuando agarró un sobre y encontró el disquete dentro.

Ellie estaba apunto de decir que les serviría el café en un momento, cuando Brett, aún con aquella mirada de acero, se dirigió hacia Chantal.

–Chantal, esta es Ellie. No es la señora de la limpieza, estamos

viviendo juntos.

«Oh, no, Brett Spencer», dijo Ellie para sí. «Sea lo que sea lo que haya entre esta mujer y tú a mí no me vas a meter en medio».

–En realidad, no vivimos juntos; solo compartimos la misma casa. ¿Por qué no se lo explicas mejor mientras voy por el café?

–No, Ellie, siéntate –dijo él–. Tú también, Chantal –lo dijo con tanta firmeza que las dos se hundieron en sus asientos–. Chantal –continuó él, con menos severidad–. ¿Tengo razón al presumir que cambiaste las maletas a propósito?

La chica se encogió de hombros y torció la boca.

–¿No crees que fue muy inteligente?

–¿En serio lo hiciste adrede? –preguntó Ellie con incredulidad.

–Cariño –dijo Chantal con una sonrisa encantadora–, si todo lo que has conseguido de este tipo es compartir la casa, más te valdría tener más imaginación.

Se puso de pie y se alisó los pantalones de cuero mientras clavaba los ojos en Brett.

–Al final, me decidí por el trabajo de la Costa Dorada. He alquilado un apartamento en Brisbane y me gustaría salir contigo alguna vez. Eso es todo. Ahora, me voy.

Ellie se acordó de la situación con Dan la noche anterior. Aunque había una sutil diferencia: Dan parecía bastante seguro de sí mismo, mientras que Chantal, parecía no tener ni idea de que era simplemente… magnífica. Y Brett, aunque con el semblante serio, no apartó la vista de la puerta durante un buen rato.

–De acuerdo –dijo Ellie con otra taza de café en la mano–. Acepto que no quieres tener nada con ella; pero tienes que reconocer que, obviamente, ella no piensa lo mismo. De alguna manera, debiste darle esperanzas.

–Ellie, lo único que hice fue hablar con ella –dijo él, encogiéndose de hombros y Ellie comenzó a relajarse.

–¡Una bailarina de topless! –dijo con una risita.

Él levantó una ceja.

–No tengas tantos prejuicios, en realidad, es una chica muy maja.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Ellie, directamente.

–Nada. ¿Qué vas a hacer tú con respecto a Dan?

–¿Estás insinuando que hay alguna similitud entre los dos casos? ¡Yo nunca alenté a Dan!

–¡Tiene una foto tuya junto a su litera!

–Sigue sin ser lo mismo –dijo mientras se levantaba–. Ya que me han confundido con la señora de la limpieza, será mejor que me ponga manos a la obra.

Él sonrió momentáneamente.

–Yo no me lo tomaría demasiado en serio. Tengo que irme a trabajar. ¿Por qué no te olvidas de la limpieza por un día? A mí me parece que todo está muy limpio.

Más tarde ese día, Dan Dawson fue a visitarla. Se lo encontró dubitativo en la puerta de la cocina.

–Oh, hola, Dan.

–Ellie, ¿puedo pasar?

–Claro –respondió ella y esperó que no se notara mucho el sentimiento de impotencia que la invadía–. Siéntate.

Dan le dijo que prefería quedarse de pie y enseguida se embarcó en una exposición larga y enredada que en resumen era lo que le había oído decir a Brett la noche anterior.

Cuando el hombre acabó su monólogo, Ellie se dejó caer en una silla deseando que la tierra se la tragara.

–Dan –dijo después de tomar fuerzas–. No sabes lo halagador que es lo que me has dicho –comenzó a decir–. Pero… creo que soy demasiado mayor para ti…

–No lo creo, Ellie. Además, yo prefiero a las mujeres mayores –replicó él, con ardor.

Ellie lo miró fijamente. No era mucho más alto que Brett, pero era mucho más fuerte. Tenía el cuello y los hombros de un jugador de rugby y unas manos muy grandes, pero no era feo con su pelo rubio y sus ojos azules. Como amigo había sido muy divertido, pero ¿qué podía hacer ahora?

–Dan, me caes muy bien; pero, me temo, que no siento lo mismo por ti.

–¿Es por Brett?

–No. ¡Dios santo! –dijo ella, demasiado rápido. Lo cual no era solo una mentira sino también un error táctico porque Dan suspiró con alivio.

–Quizá solo necesites un tiempo para pensártelo –sugirió él.

–No, Dan –dijo ella con firmeza–. Y por favor, ni se te ocurra dejar tu trabajo por mí.

–No te preocupes por eso –dijo él con una sonrisa–. Ya me he cansado de ese trabajo. Además, he ahorrado una pequeña fortuna y me apetece llevar una vida normal. Simon y tú no necesitaríais nada

–dijo con confianza–. Piénsatelo Ellie.

Su mirada descansó sobre ella con una terrible mezcla de orgullo y ternura. Terrible porque ella no podía sentir lo mimo por él y detestaba herir sus sentimientos.

En aquel momento Simon entró por la puerta del jardín.

–Hola, colega –le dijo a Dan–. No sabía que estabas aquí. ¿Quieres echar una partida al videojuego que me ha mandado mi abuelo?

Capítulo 4

PARECES muy pensativa, Ellie. ¿Pasa algo malo?

Era el mismo día, pero por la noche. Brett había cenado fuera de casa y acababa de llegar cuando se la encontró sentada en el salón con la mirada perdida.

Ella se movió.

–Si quieres saberlo, parece que mi vida se está escapando de mi control.

Él sonrió.

–Cuéntame.

Ella dudó un instante, después, se encogió de hombros.

–Me acaban de pedir matrimonio.

–¿Ha venido Dan? –aventuró él.

–Sí.

–¿Lograste rechazarlo sin ofenderlo?

Ellie lo miró muy seria. Brett llevaba unos vaqueros y un polo negro, tenía muy buen aspecto.

–Fue como golpearme la cabeza contra un muro –dijo con un suspiro.

Brett se sentó enfrente de ella y la miró con una sonrisa.

–¿Qué le dijiste?

–Intenté decirle que era muy mayor para él y me dijo que prefería a las mujeres mayores.

–Oh, Ellie –dijo él entre risas–. ¿Por qué no le dijiste la verdad?

–Lo intenté –dijo ella desolada–. Pero insistió en que me lo pensara. No quería herir más sus sentimientos y así quedó la cosa. En resumen, este ha sido uno de los días menos románticos de mi vida.

Brett se puso serio.

–¿Sabes? –dijo él lentamente–. Lo más amable sería decirle no, gracias, Dan. Mucho mejor que dejar que el asunto se prolongue y mantener sus esperanzas.

–Eso es lo que intenté, Brett. Pero él insistió. Por cierto, ¿es eso lo que tú hiciste con Chantal?

Él torció la boca.

–*Touché*. Le dije que yo no era el hombre apropiado para ella.

–Pues parece que ella es tan obstinada como Dan.

–Al menos, Dan se marchará en breve a una plataforma petrolífera.

Ellie suspiró.

–Me voy a la cama.
–No. Espera un momento.
Brett se levantó y se marchó a la cocina. Al rato, volvió con una copa de vino para ella y una de brandy para él.
Después, esperó hasta que ella dio un sorbo a su copa antes de decir:
–¿Se está convirtiendo la falta de romance en un problema para ti, Ellie?
Ella casi se atraganta con el vino.
–Quizá esto pueda ayudar un poco –continuó él recorriéndola con la mirada–. Cuando estabas haciendo de enfermera eficiente, fría y calmada, yo me tuve que contener para no agarrarte y tumbarte en la cama conmigo.
Ellie abrió los labios perpleja.
–No pongas esa cara de sorpresa. También fuiste muy dulce –añadió levantándola de su asiento para rodearla por la cintura. Su mirada se posó en su pecho–. No puedo sacarte de mi cabeza.
Ellie intentó hablar, pero nada salió de su boca.
–Y luego está tu perfume.
–No utilizo perfume, me hace estornudar –consiguió decir ella.
Él sonrió.
–Eso es lo que más me gusta: solo tú. Y los rizos de tu pelo… –siguió diciendo él, mientras le acariciaba la cabeza.
Hizo una pausa y ella sintió su aliento en la frente. Después, continuó:
–Así que, ya ves, Ellie. En este día, tienes a dos hombre colados por ti. Yo diría que eso es bastante romántico.
–Brett, si esto es para consolarme –dijo ella, tiesa, casi sin poder respirar–, creo…
–En absoluto –dijo él, dirigiendo sus manos hacia su pecho mientras la miraba con intensidad para observar su reacción.
Ellie tembló y se peleó con las imágenes que se le venían a la cabeza de Brett agarrándola para tumbarla en la cama y hacerle el amor. Pero había otras muchas cosas contra las que luchar porque con la caricia estaba consiguiendo que empezaran a cosquillearle los pezones. Sus proximidad y la intensidad de su mirada gris la estaban debilitando. Parecía que su cuerpo tenía vida propia y reaccionaba a su voluntad derritiéndose de deseo por Brett Spencer que era alto y fuerte, todo lo que ella podía desear.
Tragó con fuerza e intentó resistirse, pero él era demasiado. Sus caricias eran demasiado sensuales y de sus labios escapó un gemido.
–¿Ellie? –preguntó él, con mucha suavidad y la acercó aún más

para besarla y para demostrarle que él no estaba indiferente.

Cuando se separaron, su corazón estaba acelerado y se sentía maravillosamente viva. Parecía como si no pudiera obtener bastante de él, de sus delicadas caricias, de sus besos, de la manera en que la miraba… realmente la estaba volviendo loca de deseo.

Fue Simon el que la salvó; aunque le llevó algún tiempo admitir que no necesitaba, ni tampoco quería, que nadie la salvara. Se acababan de separar un instante para tomar aire cuando oyeron la puerta y, gracias a su instinto maternal, reaccionó en un segundo. Así que, cuando Simon entró en el salón, ella estaba sentada en su silla intentando parecer lo más normal posible.

–¿Qué estáis haciendo? –preguntó Simon mientras se frotaba los ojos soñoliento.

–Nada especial –dijo Brett desde la ventana–. ¿No puedes dormir?

Simon puso mala cara.

–Estaba soñando con monopatines. Mamá, si hago los recados y me porto bien, ¿me comprarás uno?

Ellie abrió al boca, pero Brett habló primero:

–Si ahorras tu asignación semanal, tú mismo te lo podrás comprar.

–¡Eso me llevaría años! –objetó Simon–. Sería viejo y tendría el pelo gris para entonces.

–No lo creo –dijo Brett divertido–. Si quieres, para aumentar tus ingresos, me podrías limpiar el coche una vez a la semana.

Simon dudó un instante.

–¿También me enseñarías a conducir?

–¡No! –dijo Ellie, por fin.

–Tu madre tiene razón. Eres demasiado pequeño para eso.

Simon miró a su madre y luego a Brett.

–¿Cuánto?

Brett dijo una cantidad y el niño hizo algunos cálculos mentales que parecieron satisfacerle.

–Me va a llevar un tiempo –dijo al rato–. Preferiría si tú me hicieras un préstamo; te lo devolvería con intereses.

–¡Simon! –lo regañó Ellie.

Pero Brett le respondió:

–No, amiguito. El primer principio de una economía saneada es: no te empeñes si puedes evitarlo.

Simon lo consideró y se encogió de hombros.

–Bueno, al menos ahora podré quedarme dormido –y dio media vuelta para volver a la cama.

Ellie esperó hasta que escuchó que cerraba la puerta de su cuarto. Después miró a Brett.

–¿Cómo te atreves? ¡No estoy segura de querer que tenga un monopatín!

–Ellie –dijo él con calma–, ya es un niño grande. No puedes tenerlo todo el tiempo pegado a tus faldas.

–Lo único que quiero es evitarle que se rompa algo.

–Ya va en bicicleta, ¿no es cierto?

–Sí, pero por estas calles no hay muchos coches… –tomó aliento y añadió–: Sé lo que quieres decir y, en realidad, no quiero sobreprotegerlo, pero es difícil.

Él no dijo nada, solo la miró intensamente hasta que ella empezó a sentir calor e incomodidad al recordar lo que había sucedido antes de que Simon apareciera.

–¿Ellie?

Ella se estiró.

–No sé lo que me pasó. ¿Crees que podríamos olvidarlo? –preguntó ella.

Él solo dijo una palabra:

–¿Cómo?

Ella lo miró un instante y le pareció ver un brillo de compasión en los ojos de él. Y eso era lo último que deseaba de Brett Spencer.

–¿Ha habido alguien serio en tu vida desde Tom? –preguntó él.

Ella miró hacia otro lado.

–No.

–¿Nadie que te hiciera sentir lo que yo… lo que nosotros…? ¿Desde hace tanto tiempo? –insistió él.

Las mejillas de Ellie se tiñeron de rojo.

–No. Y ese es un buen motivo para no tomárselo demasiado en serio.

–¿Quieres decir que cualquiera podía haber provocado el mismo efecto, Ellie?

Ella se mordió el labio.

–Quizá yo podría decir lo mismo de ti. Después de todo, has pasado mucho tiempo solo en África.

–Por lo menos, podrías admitir que he rechazado a Chantal por ti.

Ella abrió la boca indignada.

–Sé sincero, Brett. La rechazaste porque es una bailarina de topless.

–Qué poco sabes, Ellie. Eso, precisamente, podría haber sido un gran incentivo. Además de estar muy bien y muy… dispuesta.

–No… no sé qué tiene eso que ver –protestó ella.

–Piénsalo –dijo él en un murmullo, mientras se dirigía hacia la puerta–. Buenas noches.

–Antes de que te marches, Brett. Si alguien vuelve a decirme que me piense algo, gritaré.

–Está claro que necesitas un romance, Ellie –observó él y salió por la puerta.

Por supuesto, no podía dejar de pensar en el asunto.

Durante los días que siguieron, Brett apareció poco por casa. Se había centrado en su investigación y en preparar el laboratorio.

Ellie, por su parte, había tenido que trabajar tres días seguidos. A Simon lo había llevado a un campamento de cinco días. Nunca habían estado separados durante tanto tiempo.

Durante su ausencia, ella aprovechó para hacer más horas en el trabajo. No solo para ganar más dinero, sino también porque estaba confundida y no sabía qué pensar de la situación con Brett. Así que, cuanto menos lo viera, mejor.

Había ido a visitar a Dan y se había librado de una de sus preocupaciones. A él le había dolido su negativa, pero lo había aceptado con una mezcla de gracia y resignación. Los dos estuvieron de acuerdo en seguir siendo amigos.

Todavía sentía calor al recordar lo que había sucedido entre Brett y ella. Al rememorar su abrazo, sus besos… Solo saber que él vivía en la misma casa la hacía estar en tensión. Sin embargo, cada vez que se encontraba con él, intentaba disimular y evitaba hacer referencias al tema personal.

El viernes por la noche, antes de que Brett volviera a casa, Chantal se presentó sin previo aviso.

Apareció con una botella de champán francés y unas flores para ella. Ellie le explicó que Brett no había llegado, pero la chica se encogió de hombros y sugirió que abrieran el champán.

Era una noche preciosa y el final de una semana bastante dura, así que, Ellie aceptó la invitación. Sacó algo para picar y se sentaron en la terraza.

–Me imagino que Brett te ha hablado de mí –sugirió Chantal.

–Sí, un poco –asintió ella.

–Y me imagino que tú habrás pensado que soy una fulana o algo así.

–En absoluto.

–¿Qué tal está Brett?

–Bien… por lo que yo sé.
–¿Hay alguna mujer merodeando por ahí? –preguntó Chantal.
–No… no, de momento –dijo Ellie, mientras en su interior pedía socorro.
–Por supuesto, es solo cuestión de tiempo. Los tipos como él no crecen en los árboles –observó la mujer.
–Me imagino que no. ¿Qué tal va la revista?
Chantal levantó el pulgar.
–Bien. Estoy disfrutando bastante. Háblame de ti, Ellie, ¿cómo es que estás compartiendo casa con Brett?
–Bueno, es una larga historia…
Cuando Ellie terminó de contarle su vida, Chantal levantó su copa.
–Me ha impresionado lo bien que has manejado tu vida. ¿Dónde está tu hijo?
–En un campamento.
Chantal se quedó un rato en silencio. Después, dijo de repente:
–¿Crees que tengo alguna posibilidad, Ellie?
–Chantal –dijo Ellie, tragando saliva–, para serte sincera, no tengo ni idea.
En aquel mismo instante vio que Dan se acercaba.
–¡Oh, oh!
–¿Qué pasa?
–Ese hombre que viene por ahí, acaba de pedirme que me case con él, así que puede ser una situación un poco extraña –le explicó Ellie, decaída.
–No te preocupes. Si tú me invitas a cenar, yo te ayudo con él.
–No entiendo cómo.
–Tú déjamelo a mí –le dijo con un guiño.
Media hora más tarde, llegó Brett y se encontró a los tres tomando champán tranquilamente.
–Ya estás aquí –lo saludó Ellie–. Justo a tiempo. Ahora mismo, pensaba ira a preparar algo para cenar. Siéntate con los invitados, yo vuelvo enseguida.
–Chantal, Dan –saludó Brett impasible–. Perdonadme un momento. Tengo que… lavarme las manos.
Y desapareció detrás de Ellie.
–¿Qué diablos está pasando aquí? –le preguntó, arrinconándola en una esquina.
–Llegaron de visita y los invité a cenar –dijo ella inocentemente.
–¿Estás loca… o borracha? –dijo mirándola de arriba abajo, parándose en sus pantalones cortos ajustados y su top elástico.

Ella le respondió recorriéndolo con la mirada, evaluando sus pantalones vaqueros, su camisa a cuadros y sus botas camperas y le contestó con una sonrisa: –Ninguna de las dos cosas. Creo que lo más inteligente sería dejar de tomar champán, pero, de momento, estoy bien. Chantal me va a hacer el favor de quitarme de la cabeza de Dan.

–¿Qué quieres decir?

–Si sales ahí fuera, lo comprobarás por ti mismo; es bastante divertido.

–Ellie…

–Mira, Brett –dijo ella, sintiéndose bastante sobria–. No quieras darme lecciones porque no estoy de humor. Además, ella es problema tuyo.

–¿Y Dan?

–Dan ya no es un problema. Ahora ¿te importa irte a la terraza mientras yo preparo la cena?

–¿Es por lo que pasó la otra noche? ¿Por eso estás bebiendo?

–¡Ah, eso! –dijo ella meneando la cabeza–. No, hecho de menos a Simon y he trabajado muy duro esta semana, así que, no me pareció mal tomarme una copa de champán –hizo un gesto con las palmas de las manos hacia arriba–. Después, las cosas empezaron a complicarse.

–¿Tres o cuatro copas? –sugirió él.

–¡Como si quiero tomarme seis o siete!

–De acuerdo –se defendió él con una sonrisa–. Tranquilízate, voy a ver qué tal va todo por ahí fuera.

Afortunadamente, tenía comida preparada en el congelador, así que, lo único que tuvo que hacer fue calentarla y preparar una ensalada. Puso la mesa en el salón, encendió una velas y los llamó para cenar.

De la conversación que había tenido lugar mientras estaba en la cocina no tenía ni idea, pero, tampoco le importaba.

Cuando se fueron a sentar para comer, fue a Chantal a quien Dan ayudó a sentarse; no podía apartar los ojos de ella. Aunque aquello no era nada sorprendente, pensó Ellie. Chantal llevaba un vestido de tubo con un diseño de leopardo y unas sandalias altas doradas. Suficiente para seducir a cualquier hombre. Era difícil saber si Brett también había caído en sus redes mientras ejercía de anfitrión. Y es que Chantal resultó ser divertida, encantadora, increíble e incluso la ayudó a quitar la mesa cuando terminaron de

comer.

Al final, Chantal y Dan se marcharon juntos, después de que Brett sugiriera que Dan la acompañara al coche. Ellie se dejó caer en una silla y comenzó a reírse hasta que le entró hipo.

–Toma –le dijo Brett ofreciéndole una copa de brandy–. Todo fue idea tuya.

Ellie se secó los ojos.

–Creo que me han sacado del atolladero de la manera más desmoralizante posible.

Él sentó con una copa en la mano.

–Quizá ahora entiendas mejor los peligros de la señorita Jones, Ellie. Pero estoy de acuerdo en que es un descanso que le saquen a uno del atolladero.

–Me temo que tú no estás fuera, Brett – le dijo Ellie que se había dado cuenta de la mirada que Chantal le había dedicado a Brett antes de salir por la puerta.

–Si no hubieras insistido en invitarla ya lo estaría –dijo él con aspereza.

–Dime la verdad, Brett. ¿Si no fuera una bailarina de topless la tendrías en cuenta?

–No. Ni aunque tuviera un corazón de oro. Pero la cuestión no es esa. No creo que a ti te gustara que yo intentara liarte con alguien.

Ellie sonrió.

–De acuerdo.

–¿Por qué te has quedado aquí todo este tiempo, Ellie?

Ella abrió la boca sorprendida por el giro de la conversación.

–Eso ha sonado como si no lo aprobaras. Desde luego, tienes todo el derecho…

–No se trata de eso –la interrumpió él–. Es simplemente curiosidad.

Ella tragó con fuerza y miró a su alrededor.

–Se convirtió en una tabla de salvación… primero, me sentía segura, después, empecé a sentirme como en casa –se encogió de hombros y suspiró–. Me imagino que tomé el camino más fácil. Nunca te lo podré agradecer lo suficiente –añadió con torpeza–. Aunque todavía sigo dispuesta a darte el dinero que ahorré para ti.

Brett se apoyó en la mesa.

–No quiero que me pagues nada, Ellie. Yo sí que tomé el camino más fácil con Simon.

–¿Qué quieres decir?

–Que podía haber hecho más por él.

–¡Oh, no! –le aseguró ella–. Sin lo que hiciste por nosotros, nuestras vidas habrían sido mucho más difíciles.

–En términos de dinero quizá. Pero hay muchas otras cosas.

–No es tu carga, Brett –dijo ella muy despacio.

Él no respondió.

–Sobre lo que pasó la otra noche…

Ellie se puso tensa.

–Preferiría olvidarlo –lo interrumpió ella.

–¿Por qué?

–Sé que lo hiciste para consolarme.

–¡Oh, Ellie! En absoluto. De hecho, disfruté mucho.

Ella lo miró y, sin decir una palabra, se marchó a su habitación.

A la mañana siguiente, Simon llamó temprano. Había un teléfono público en el campamento y los monitores los animaban para que llamaran a casa.

–¿Qué tal, mamá? –preguntó alegremente–. Pensé que echarías de menos a tu único hijo.

–Te echo muchísimo de menos, cariño. ¿Qué tal por ahí?

–Genial –respondió él, entusiasmado–. Y gracias a todos los dulces que me hiciste para traerme soy el chico más popular del campamento. Ningún otro chico tiene una madre tan guay.

–Gracias, cariño –dijo ella con la voz un poco ronca.

–Bueno, mamá, no te vayas a poner sensiblera.

–Ni se me ocurriría.

–¿Qué tal con Brett?

–Hum, bien… ¿por qué lo preguntas?

–¿Por qué no quieres que sepa que te gusta?

A Ellie la pregunta la pilló desprevenida.

–Simon… No sé…

–Bueno, pensé que si no te importa besarlo…

–¡Simon!

–¡Vale! No te estaba espiando. No sabía lo que estaba pasando la otra noche, así que, me di la vuelta y volví haciendo más ruido.

Ellie estaba sin habla.

–A mí me parece bien –continuó Simon–. Creo que es lo mejor que te podía pasar. Brett es muy guay… Oye, mamá, me estoy quedando sin dinero… hasta…

La conexión se cortó con una serie de pitidos.

Ellie dejó el auricular despacio y fue a preparar el desayuno.

Brett ya estaba en la cocina.

–Hola –dijo–. ¿Quién era?

Ella lo miró enfadada. Desde que se había recuperado de su gripe, Brett siempre salía a correr por las mañanas temprano y después se daba un baño en la piscina. Le molestaba sobremanera verlo tan en forma y relajado, y tan rabiosamente atractivo.

–Era mi único hijo –dijo mientras sacaba la leche del frigorífico.

Él levantó una ceja.

–¿Te echa de menos?

Ellie puso una jarra de leche en el microondas y dos tostadas en la tostadora.

–Al contrario, se lo está pasando fenomenal. ¿Quieres un zumo?

–Sí, gracias. ¿Ellie? –preguntó mirándola a los ojos.

Pero ella se volvió para hacer el zumo de naranja.

–De acuerdo. ¿Quieres que comamos juntos?

–¿Para qué?

–Es sábado, hace un día precioso y quizá te ayude a quitarte de la cabeza a tu «único hijo». Pareces un poco triste.

Ella puso otras dos tostadas en la tostadora.

–¿Te parece bien a las doce?

–Todavía no he dicho que acepte.

Él se levantó y se acercó a ella.

–No acepto un no por respuesta.

–¡Brett! –protestó ella cuando él la agarró por la cintura–. ¡No puedes obligarme a que coma contigo!

–Hay otra alternativa –dijo él con suavidad, mientras la cara de Ellie se iba poniendo colorada–. Quizá tengas un poco de resaca. Ni te imaginas las maravillas que puede hacer un revolcón…

–No… no me toques –tartamudeó ella.

Él sonrió de manera enigmática.

–¿Entonces, aceptas comer conmigo?

–De acuerdo –dijo ella, rápidamente–. Pero quizá no disfrute de la comida.

–Ya veremos –le dijo él , y para colmo, le dio un beso en la cabeza.

La llevó a una marisquería al otro lado del río y fue realmente difícil no disfrutar de la comida.

Cruzaron el río en una barca y a Ellie le encantó el paseo.

–Un poco diferente del Congo, ¿verdad? –dijo ella al ver que él estaba disfrutando del paisaje.

–Muy diferente.

–Aunque debes haber pasado buenos momentos allí.

–Muy buenos momentos y también he conocido muy buena gente, pero es agradable estar de vuelta en casa.

Ellie suspiró.

–A mí también me encanta Brisbane, pero me hubiera gustado recorrer un poco de mundo.

–Todavía puedes hacerlo.

–Creo que primero tendría que encontrar un marido rico –respondió pensativa.

Él levantó una ceja, pero no dijo nada.

Cuando la barca llegó a la otra orilla, la tomó de la mano.

–Después de ti.

Se sentaron en la terraza del restaurante con vistas al río. Ella rechazó el vino y pidió un refresco.

–¿Tienes resaca?

–No es eso. No me gusta beber durante el día. Aunque hoy no tengo a Simon.

–¿Qué tal se porta?

–Bastante bien, pero es un niño muy activo.

–Parece que os lleváis muy bien.

–Sí. Merece la pena haberme perdido el viaje alrededor del mundo. Creo que es una buena idea tener los hijos joven. Así no hay mucha diferencia de edad.

–Desde luego, tú no pareces la madre de un niño de diez años. Aunque has cambiado bastante desde que te conocí. Ya no eres la Ellie insegura y tímida de hace unos años. Al hacer los treinta te has convertido en Elvira Madigan.

Hacía tanto que nadie la llamaba así que casi se sorprendió.

–No me gusta Elvira, prefiero Ellie.

–Yo creo que es un nombre bastante atractivo, pero no estábamos hablando de eso. Estaba hablando de ti. Me ha sorprendido mucho lo bien que te las has arreglado. Sé perfectamente que tiene que haber sido muy difícil.

Ella lo miró fijamente a los ojos y, después, desvió la mirada con un escalofrío.

–Hice lo que tenía que hacer. Eso es todo. Pero no te creas que todo han sido desgracias. Simon me hace realmente feliz; ahora, no me podría imaginar la vida sin él.

–Me alegro –fue todo lo que él dijo.

De repente, Ellie lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Es por eso por lo que quieres quedarte con nosotros? ¿Porque soy mejor persona?

–Yo no he dicho eso. De hecho, la primera vez que me interesé por ti…y que deseé acostarme contigo fue el día que me enteré de tu verdadero nombre, cuando tenías diecinueve años.

–¿Qué? –preguntó totalmente perpleja.

Él se reclinó en su asiento.

–Es cierto. El nombre y algo inocente que había en ti me hicieron pensar así.

Ellie solo podía mirarlo atónita.

–Me imagino que te estarás preguntando por qué nunca te dije nada al respecto –le dijo él.

–Sí. No –se cubrió la boca con la mano–. ¿Por qué no me lo dijiste?

Él se encogió de hombros.

–En primer lugar, estaba Tom. Después, estabas embarazada, llorando su muerte. Y cuando nació Simon ya sabía que iba a pasar largos periodos en el extranjero; además, no sabía si lo habías superado.

–Entonces, me estás diciendo… –comenzó a decir ella con voz temblorosa–. ¿Que pensaste en dormir conmigo, como un pasatiempo?

–Lo único que he dicho es que nunca encontré el momento adecuado para decírtelo, eso es todo –dijo él con calma–. Ahora es el momento. Por más de un motivo. Sobre todo para que sepas que mi interés por ti no es repentino.

Ellie solo podía mirarlo con la boca abierta.

Él le sonrió bastante irónico y le dijo que se tomara la comida antes de que se le enfriara.

Ella se puso colorada e hizo lo que él le sugirió. De hecho, se tomó hasta el último bocado en silencio mientras se hacía a la idea de lo que acababa de escuchar y se concentraba en buscar una solución a la situación.

Pero sus pensamientos retrocedían inevitable hacia el pasado.

Había estado tan segura de que no le resultaba atractiva a Brett, en ningún sentido. Pero, entonces, de repente, recordó el día que Tom le dijo a Brett su nombre. Recordó que la había mirado intensamente y ella se había sentido incómoda.

Se tomó la última gamba y se limpió los dedos en el agua con limón que le habían dejado al lado del plato. Pensó que ya había transcurrido demasiado tiempo, once años, para sacar ese tema.

Agarró su copa de vino y se concentró en el tráfico del río y en las gaviotas que revoloteaban sobre las barcas de pesca.

Brett acabó su pescado y puso el tenedor y la paleta juntos sobre

el plato. Ellie no levantó los ojos; no podía, aún, admitir lo que realmente sentía por él. Era todo demasiado nuevo… demasiado endeble.

–Parece que te he dejado de una pieza.

A ella no le quedó más remedio que mirarlo.

–Tal vez –concedió, al fin–. No tenía ni idea.

Sus miradas se encontraron.

–¿Y bien?

Ellie sintió que la frente comenzaba a llenarse de sudor y que el pulso se le aceleraba. Y no le cupo la menor duda de que, en aquel momento, Brett estaba pensando en acostarse con ella. Algo en su mirada despertaba en ella sus más íntimas emociones. Era como si la estuviera acariciando mentalmente y la experiencia no distaba mucho de lo que la hacía sentir con el contacto físico.

–Mira, no sé qué decir –le dijo mientras se revolvía intranquila en su asiento–. Quizá sea… divertido para ti –añadió al ver que una sonrisa se dibujaba en su rostro–; pero a mí no me lo parece.

–Lo siento. No pretendía burlarme de ti. Pero… –hizo una pausa–. Tu reacción… ha sido como si no fuera posible que alguien te encontrara atractiva y deseable.

–Para serte sincera, me sorprende de ti.

–¿Es eso porque nunca pensaste en mí en los mismos términos? Sin contar últimamente, claro.

Ella tragó con dificultad e intentó reorganizar sus pensamientos.

–No –dijo con voz débil–. Pero eso no quiere decir nada. Una persona puede desear a otra y eso no quiere decir que esté enamorada. Hay una gran diferencia.

–Nadie ha hablado de amor; sin embargo, por algún sitio hay que empezar, ¿no crees?

–Solo un hombre podría decir algo así –añadió ella con seriedad.

Él le sonrió.

–Estás equivocada. Resulta que no hace mucho una mujer me lo dijo a mí.

Ella pestañeó.

–Chantal Jones –le informó él–. Tu amiga del alma.

–No es amiga mía, aunque me cae muy bien –dijo ella con una media sonrisa– ¿De empezar qué estás hablando?

Él se echó para atrás.

–No estaba insinuando que tú y yo nos fuéramos directamente a la cama, Ellie. Solamente estaba sugiriendo que consideráramos el futuro y las posibilidades.

Para ella fue como si le echaran una jarra de agua fría y no pudo

hacer nada para ocultarlo.

–Creo que quiero irme a casa –dijo con tirantez.

–Esta vez, te he ofendido.

Ella no respondió. Desvió la mirada hacia el río y comentó.

–Creo que ahí llega un transbordador.

–¿No te apetece un café?

–No, gracias. Y gracias por la comida; pero ahora debo volver a casa. Tengo que acabar una cometa…

En aquel momento, una morena atractiva se dirigió hacia ellos.

–¡Brett Spencer! ¿De verdad eres tú?

Él se puso en pie.

–¡Delia Saunders! ¡Qué sorpresa!

–Bueno, ya no soy Saunders, Brett. Hace tres años me casé con Archie McKinnon. Somos muy felices.

–Enhorabuena. Siempre pensé que estabais hechos el uno para el otro. Delia, te presento a Ellie.

Delia hizo un rápido reconocimiento y debió gustarle lo que vio porque se sentó con ellos entusiasmada.

–¡Qué casualidad! –dijo–. El próximo fin de semana es nuestro aniversario y vamos a dar una fiesta. Me encantaría que vinierais.

–¿Por qué no? –dijo Brett–. Gracias, Delia.

–No pienso ir –dijo Ellie, mirando hacia el río.

–¿Por qué no se lo dijiste a ella?

Ellie se quedó mirando la estela de un barco durante un rato, después, le lanzó una mirada irónica.

–Habría parecido una tonta. Apenas sabía qué decir.

Él se encogió de hombros.

–Delia siempre da unas fiestas fantásticas.

–Ese no es el tema. Salir por ahí como si fuéramos una pareja es una complicación que no necesitamos.

–¿Por qué?

–Brett, estás muy cerrado –lo acusó.

Él sonrió con picardía.

–Sería una buena manera de conocernos un poco más, ¿no crees?

–No estoy segura de que eso sea lo que va a pasar. En realidad, no estoy segura de nada.

–Bueno, piénsatelo –dijo él, un poco serio–. Mientras tanto, ¿te importa si te dejo en casa? Tengo unas cuantas cosas que hacer en la ciudad.

«Piénsatelo», se repitió Ellie mentalmente mientras entraba en la casa silenciosa.

Le sorprendió comprobar que le apetecía gritar con una mezcla de frustración e incredulidad. ¿Qué era lo que Brett tenía en mente? ¿Una aventura? ¿Y qué era lo que ella quería? ¿Quería acepar el reto y meterse con él en la cama?

En todo aquello había algo que no encajaba, se dijo a sí misma y con un suspiro se concentró en su cometa.

Capítulo 5

SIMON llegó a casa el sábado por la noche. Estaba muy moreno y radiaba entusiasmo. Ellie lo recibió con un abrazo y no pudo evitar decirle que le sorprendía su repentino interés por la naturaleza.

–No es eso, mamá. He hecho muchos amigos. Por las noches había fiestas, jugábamos a las cartas y hasta hubo un baile. Una vez tuve que bajar por un acantilado.

Ella levantó las cejas.

–Menos mal que no estabas allí –añadió él con una sonrisa encantadora–. Te habría dado un ataque.

Ellie abrió la mochila en la mesa de la cocina y descubrió que todo estaba lleno de barro y humedad.

–¡Dios santo! ¿Llovió mucho?

–Ni una gota.

–¿Entonces? –le preguntó mientras levantaba un camiseta con las puntas de los dedos.

–Había una charca y nos encantaba bañarnos como si fuéramos hipopótamos –le informó el niño, entre risas.

–¿Te haces a la idea de que probablemente te hayas cargado toda esta ropa?

–¡Qué va, mamá! Si a ti se te dan genial las manchas.

–Espero que tu fe en ella esté justificada –dijo Brett que entraba en la cocina en ese momento–. Me alegro de que hayas vuelto, colega.

–Entre tú y yo –le dijo el niño–. Me alegro de estar de vuelta. ¿Qué tal se ha portado mi madre? –preguntó con un guiño.

–¡Simon! –amonestó su madre.

–Se ha portado bastante bien –respondió Brett–. Tuvo morriña un par de días; pero luego se le pasó. Ellie se puso en jarras.

–¿Queréis dejar de hablar de mí como si yo no estuviera?

Simon se acercó a ella y la rodeó con sus bracitos.

–¿Te acuerdas cuando me leías cuentos cuando era pequeño? ¿Te acuerdas de aquel niño que con solo tres años cuidaba de su madre? Yo nunca me habría ido de casa si Brett no hubiera estado aquí para cuidarte.

Por algún motivo, las miradas de Ellie y Brett se encontraron, pero ninguno de los dos dijo nada al respecto.

–¿Por qué no organizamos una barbacoa en el jardín? Ellie, tú puedes sentarte a descansar mientras nosotros lo preparamos todo.

Reconozco que te mereces un descanso.

–Oh, no me importa…

–Haz lo que te ha dicho, mamá –le dijo Simon con firmeza.

–Ahora resulta que tengo a dos mandones en la casa –se quejó ella.

–Pero también te ayudamos a limpiar –respondió Brett, mientras la empujaba hacia el jardín–. Te llevaré una bebida.

A su favor, Ellie tuvo que admitir que la barbacoa que los dos hombres de su vida le habían preparado no estuvo del todo mal.

Brett encendió el fuego y asó chuletas, salchichas y cebollas mientras instruía a Simon en los secretos de la barbacoa. Entre los dos asaron unas patatas que después rociaron con mantequilla derretida y unas rodajas de tomate espolvoreados con orégano y albahaca.

–Estoy impresionada. Hasta me siento tentada de dejaros el tema de la cocina a vosotros.

Simon y Brett intercambiaron miradas y pusieron idénticas expresiones de disgusto que hicieron reír a Ellie.

–No os preocupéis, solo estaba bromeando. Gracias, chicos –dijo alzando su copa hacia ellos–. Lo habéis hecho muy bien.

Comieron tranquilamente, disfrutando de una noche apacible con el aroma a madera quemada aún flotando en el aire.

Después, sin venir a cuento, Simon preguntó:

–¿A qué escuela fue mi padre, mamá?

Durante un instante, Ellie se quedó callada y fue Brett el que respondió. Le contó que había ido a una escuela privada muy buena y que era la misma a la que había ido él.

–¡Vaya! El padre de mi mejor amigo, Martie Webster, también estudió allí y Martie también irá cuando pase a secundaria. ¿Podría ir yo también, mamá?

Ellie dudó un instante.

–Creo que no, Simon. Me temo que tiene que ser el tipo de escuela a la que tienes que estar apuntado desde que naces. Pero, sin duda, debes tener amigos que vayan a un instituto público.

Él se encogió de hombros.

–Sí, claro. Solo pensé que me gustaría ir a la misma escuela a la que fue mi padre. También me gustaría saber un poco más de él.

–Te pareces mucho a él, Simon –le dijo Brett–. ¿Y sabes que él también creció en esta casa? Perdió a sus padres cuando tenía trece años, así que, se vino a vivir a con nosotros.

Simon miró a su alrededor con interés.

–¿Podrías contarme más cosas?

–Claro –respondió Brett mientras se levantaba–. Vamos a fregar los platos mientras hablo de él. Además, también podemos prepararle a tu madre una taza de café.

Dejaron a Ellie en la terraza, presa de sentimientos contradictorios. Sentía dolor de corazón porque, por fin, había llegado el momento en que Simon quería saber más cosas de su padre. Había intentado prepararse para cuando el momento llegara y había fallado a la primera al no recordar a qué escuela había ido Tom. Pero lo que más duro le resultaba era que Brett podía convertirse en su héroe al poder contarle cosas de la niñez de su padre, cosas que ni siquiera ella sabía.

Cuando llegaron con el café, Simon le informó de que le apetecía irse a dormir. Le dio un beso de buenas noches a su madre y desapareció con un bostezo.

–Buenas noches, mamá.

Brett se sentó a su lado.

–¿Qué… qué le has contado? –le preguntó Ellie.

–Lo bueno que era Tom al cricket, que siempre le había fascinado la idea de construir puentes y carreteras, que era la única persona del mundo capaz de imitar a un pez… ese tipo de cosas.

–¿Y del polo? Solo le he dicho que murió en un accidente.

Brett se puso tenso durante unos instante. Después dijo bastante alto:

–No, no mencioné el polo. Y sobre la escuela, Ellie…

Ella suspiró y se quedó pensativa un instante. La escuela de Tom tenía fama de ser muy buena, tanto académicamente como en deportes, además del prestigio que confería estudiar allí.

–No me lo podría permitir. Aunque consiguiera que lo aceptaran.

–Yo sí.

Ahora fue Ellie la que se puso tensa. Después dijo muy seria:

–Sé que tú podrías pagarlo; pero qué me dices de la lista de admisión. Seguro que hay lista de espera.

–Claro que sí. Pero los hijos de los antiguos alumnos tienen un lugar especial.

–Eso habría servido de algo si Tom y yo hubiéramos estado casados. De todas formas, ya he aceptado demasiada ayuda económica de ti.

–Estaba hablando como… como hijo mío.

Ellie pestañeó incrédula.

–¿Quieres decir…?

–Si nos casáramos, Ellie. Simon podría estudiar en la misma

escuela en la que estudió su padre y a la que va a ir su mejor amigo. Pero esas no son las únicas razones, es una escuela buenísima y él tiene mucho potencial, se lo merece.

–Brett –dijo ella en un susurro–. No puedo creérmelo.

–¿Por qué no? –preguntó él con impaciencia.

–¿Hay algo…? –comenzó ella a decir y, después, se detuvo para aclarar sus ideas–. ¿Hay algún motivo por el que necesites a una esposa tan de repente? ¿Y que sea yo?

–No. Yo no lo diría así –hizo una pausa y entrecerró los ojos–. Pero los dos estamos aquí. Vivimos casi como si estuviéramos casados. Y la razón por la que estamos aquí es porque los dos tenemos a la misma persona en mente y queremos lo mejor para él. Siempre ha sido así, pero ahora la situación se complica con su edad. Además, él lo aprueba.

–¿Qué?

–Nos vio la otra noche.

–Lo sé, pero… –no encontraba las palabras.

–Vino a verme a la mañana siguiente. Una conversación de hombre a hombre –dijo con ironía–. Me dijo que a él le parecía bien e incluso me dio algunos consejos.

–¡No me lo puedo creer! –aunque de Simon se podía esperar cualquier cosa–. ¿Qué consejos te dio?

–Me dijo que según su opinión eras una persona muy prudente y que no te abrías fácilmente a las muevas ideas; pero que todo era cuestión de tiempo.

Ellie casi se atraganta.

–Ese es tu hijo –comentó Brett en broma.

–Solo espero que no le dieras esperanzas.

Él la miró fijamente durante un momento.

–He descubierto que con Simon no hace falta decir muchas cosas. Lo que sí le aconsejé fue que no interviniera en las negociaciones.

–Brett, ¿te has percatado de que la gente suele hacer caso omiso de tus consejos?

Él levantó una ceja.

–Bueno, Chantal está segura de que tú eres el hombre apropiado para ella y Simon –interrumpió lo que iba a decir y se mordió el labio.

–¿Te dijo algo a pesar de que yo le dije que no lo hiciera? –preguntó con sorna–. ¿Sus bendiciones, tal vez?

Ellie se quedó en silencio; pero el que calla otorga.

–Para que veas, todo perfecto –dijo Brett–. Y por el lado

romántico, tampoco falla ¿no estás de acuerdo? –dijo con bastante ironía en la mirada.

A Ellie le recorrió un escalofrío.

–El romanticismo es una cosa y el amor otra y eso es lo que yo necesito.

–El amor va y viene –dijo él con calma–. Puede ser la emoción más difícil de interpretar y la más engañosa. Lo que realmente hace que una relación prospere es tener objetivos comunes y nosotros tenemos el más importante: Simon.

Ella no tuvo nada que objetar en aquella ocasión.

Él lo notó y añadió:

–De hecho, no solo me preocupa darle lo mejor a Simon; también quiero darte lo mejor a ti. Puedes ser sincera contigo misma y reconocer que casarse conmigo sería mucho mejor que una sucesión de artistas, músicos, fanáticos de la naturaleza…

Ella continuó en silencio, sintiéndose cono una tonta.

–¿Puedes ser sincera y reconocer que las emociones que llevaban dormidas durante tantos años están comenzando a despertar? Once años son demasiados para renunciar a… vivir y amar.

Ella cerró los ojos.

–En ese sentido –continuó despacio–, te puedo asegurar que soy mucho mejor que cualquiera de los hombres que hayas conocido hasta el momento.

Él vio en sus ojos que la había herido en su orgullo. Pero no podía evitarlo. Había tenido que renunciar a ella durante mucho tiempo, a los sentimientos que había despertado en él. Porque era la chica de su mejor amigo y no debería haber sentido aquello. Aquel interés y curiosidad en su esencia de mujer.

Desde entonces, la renuncia se había convertido en una costumbre. ¿Habría sido porque también había un sentimiento de culpabilidad por desearla cuando todavía era la chica de Tom? Una cosa sí estaba clara: desde el principio, había deseado lo mejor para el hijo de su amigo.

Ellie acabó el café y se levantó.

–Creo que Chantal es mucho mejor para ti, Brett.

–Ellie –dijo él con un tono cortante–. No pienso permitir que el hijo de Tom tenga que soportar tu dudosa elección de los hombres.

Ella ahogó un grito cuando él se levantó y la atrapó en sus brazos.

–Brett, nunca me habría esperado esto de ti.

Una chispa de humor pasó por los ojos de él.

–¿Por qué no? Soy un hombre y llevo once años esperando tener

la oportunidad de darte un beso.

–Eso no es cierto –le contradijo ella–. Quizá pasara por tu mente una o dos veces hace once años, pero eso es todo.

–No solo pasó por mi mente, de hecho, hace un par de días lo hice.

Apenas oyó sus palabras, pero comprendió su significado con tanta intensidad que casi la hizo tambalearse. Después, él volvió a hablar con otra chispa de humor.

–Quizá tú puedas apagar y encender estas cosas como si de un grifo se tratara, pero yo no.

Ella se puso colorada porque eso era exactamente lo que pensaba de él.

Él se rio con suavidad.

–Vaya, vaya con la señorita Madigan –dijo arrastrando las palabras–. Creo que mi reputación está en entredicho. Creo que tengo que demostrarte que estás equivocada.

–¿Es la reputación o el ego?

–Podrían ser las dos cosas –dijo él claramente–. Solo hay una manera de averiguarlo… –dejó de hablar cuando un rayo brilló sobre sus cabezas, a continuación, un estruendo irrumpió en la noche.

Ellie tembló y se aferró a él.

–¿Tienes miedo?

Otro rayo cruzó el cielo.

–Brett, vámonos dentro.

–De acuerdo –la tomó en brazos como si fuera una pluma y la depositó en el salón cuando las primeras gotas mojaban el suelo–. ¿Quieres ir a ver a Simon?

–Sí, aunque no le dan miedo las tormentas.

–Yo iré. Tú siéntate ahí.

Ella se sentó como él dijo y esperó a que bajara.

–Está bien –dijo cuando volvió mientras se sentaba al lado de ella–. Se ha quedado dormido con la luz encendida y el libro Guinness de los récords sobre la cama –dijo mientras la tomaba en sus brazos como si fuera la cosa más natural del mundo.

Ella sonrió.

–Siempre lo hace. Es su gran deseo, estar algún día en ese libro; aunque todavía no ha decidido en qué categoría –de repente, las lágrimas empezaron anegarle los ojos. Enseguida, se las limpió de un manotazo–. Perdona, no sé lo que me ha pasado.

–¡Oh, Ellie! –dijo él, con un suspiro y empezó a besarla.

Ella lo correspondió apasionadamente y, cuando él paró, lo

último que sentía era tristeza. Se sentía contenta, embriagada y relajada. De hecho, se sentía un poco soñolienta.

Él echó la cabeza hacia atrás y la miró mientras la tenía acurrucada en sus brazos y se sintió protector. Por fin, le había propuesto lo que había pensado en muchas ocasiones a lo largo de los años. Siempre había pensado que lo hacía por Simon, pero ahora se preguntaba cuánto tenía que ver con el niño y se cuestionaba su dificultad del pasado para ver que sus motivos eran los equivocados. Pero aún había otro motivo que ella desconocía por completo.

–Pero si se estaba cuestionando sus motivos, ¿qué pasaba con los de ella?

No le cabía la menor duda de que físicamente se sentía atraída por él, pero ¿podría enamorarse de nuevo? ¿podría enamorarse de él? Porque si no hacían las cosas bien hechas, quizá no beneficiaran al muchacho.

Miró a Ellie que se había quedado dormida en sus brazos y pensó que para hacer feliz a Simon primero tenía que hacerla feliz a ella.

A la mañana siguiente, Ellie se despertó en su cama, completamente vestida aunque sin zapatos.

Se sentó de repente, asustada, y, después, volvió a dejarse caer. Miró al despertador que tenía en la mesilla y vio que se había dormido; apenas le quedaba media hora para levantar a Simon y darle de desayunar y prepararse ella para ir a trabajar.

Pero Brett ya estaba levantado y Simon, vestido y listo para ir al colegio. Estaba tomando sus cereales cuando ella entró en la cocina, abotonándose la camisa.

–¡Oh! –exclamó, parándose en seco al ver la situación.

–Mamá.

Y Brett, al que no se atrevía a mirar, puso una taza de té sobre la mesa y murmuró un saludo.

–Gracias –dijo mientras se escurría en una silla–. ¿Cómo es posible que tengáis tan buen aspecto tan temprano?

–Hemos estado corriendo y nos hemos dado un baño en la piscina. Deberías probarlo.

–Quizá algún día.

Brett se sentó en la mesa con ellos. Llevaba el mismo atuendo de siempre: vaqueros y camisa de cuadros. Un aspecto demasiado viril y masculino para una mujer a aquellas horas de la mañana.

–Chicos –dijo Brett, con tono casual–. Tengo que marcharme unos cuantos días, ¿creéis que os las arreglaréis bien sin mí?

–Claro

–¡Por supuesto!

Los dos hablaron a la vez, aunque Ellie pareció mucho más decidida que el niño.

Brett la miró interrogante.

–¿Adónde vas? –preguntó Simon.

–A una reunión de la empresa con la que estoy trabajando en Sidney. En realidad, lo sabía desde hace algún tiempo, pero se me había olvidado por completo hasta que ayer recibí una llamada al respecto. Mientras esté allí, tengo otras cosas que hacer, pero estaré de vuelta el jueves.

–No importa –dijo Ellie con ligereza–. Ya estamos acostumbrados a vivir solos, ¿Verdad, cariño?

Simon le contestó:

–Aunque tienes que reconocer que se está muy bien con Brett.

–Claro –dijo ella mirando a su taza–. Voy a prepararte la comida…

–Ya está lista –dijo Brett–. Y yo dejaré a Simon en la escuela.

–Voy a cepillarme los dientes y estoy listo. Hasta luego, mamá.

Brett esperó hasta que Simon desapareció de su vista.

–Lo siento. En serio, me había olvidado por completo.

–No importa.

–¿De verdad? –preguntó con un brillo irónico en la mirada.

Ella se agarró las manos.

–¿Qué pasó anoche?

Él levantó una ceja.

–Nada que tú no sepas.

Ella se mordió el labio.

–No quería… pero volví a dejarme llevar…

–Los dos nos dejamos llevar. Se está convirtiendo en una costumbre. Quizá unos días separados nos vengan bien.

–¿Quieres decir que puedo pensármelo? –preguntó ella, irónica.

En aquel momento, Simon tocó la bocina del coche de Brett.

–He evitado usar esa palabra a propósito –admitió con gravedad–. Para no hacerte gritar; pero ¿por qué no?

–De acuerdo, pero no te prometo nada –le advirtió.

–Por supuesto –dijo él–. Me marcho que tu hijo se está impacientando. *Ciao, bambina.*

Ellie lo miró sorprendida.

–*Ciao, bambino.*

Los días siguientes, Ellie estuvo muy ocupada. Un par de compañeros se pusieron enfermos y ella tuvo que sustituirlos. Simon también estuvo muy ocupado con el campeonato de natación, la obra de teatro de fin de curso y con sus partidos de cricket.

Todo eso implicaba una gran cantidad de viajes, o al menos eso parecía a veces. Tenía que llevarlo a la escuela, a la piscina, al campo de cricket; eso por no hablar de su traje de soldado para la obra.

A pesar de todo, también tuvo tiempo de pensar en lo que le había dicho Brett.

Desde luego, no sería ningún fastidio acostarse con él cada día, pensó una noche mientras se metía en la cama y abrazaba la almohada. En realidad, sería un verdadero placer, se dijo mientras su cuerpo reaccionaba a aquellos pensamientos.

Y ahora ya sabía de sobra que tampoco lo sería para él. Pero, ¿sería así para siempre?, se preguntó. ¿O algún día se convertiría en un deber? Y si eso llegara a pasar, ¿podría ella soportado?

Por otro lado, ¿realmente existía el «para siempre» para alguien? ¿Y qué pasaba con Chantal Jones? ¿No se sentía atraído hacia ella también?

A la mañana siguiente, empezó a trabajar tarde porque sus compañeros habían vuelto al trabajo. El tema de Chantal apareció ante ella cuando Dan fue a hacerle una visita.

–No tienes que darme ninguna explicación –le dijo cuando él intentó explicar su comportamiento del otro día–. Lo entiendo bastante bien.

–No sé lo que me pasó.

Ellie estudió su expresión compungida.

–Dan –le dijo con mucha suavidad–. Ya sabes que entre tú y yo no puede…

–Ellie, yo…

–No, Dan –lo interrumpió ella con firmeza–. Quiero que quede claro que entre nosotros no hay nada.

–De todas formas, quería disculparme. No sé lo que me pasó el otro día; pero me imagino que es algo natural en los hombres con alguien como Chantal. Quiero decir, que ella no significa nada… Dios sabe quién será el hombre apropiado para ella, pero, desde luego, no soy yo.

Ellie sonrió para sus adentros. Desde luego, aquellas declaraciones no eran nada halagadoras, pero, en realidad, a ella no

le importaba.

–¿Cuánto tiempo más vas a quedarte? –preguntó ella.

–Dos semanas.

–Bien, porque no hay ninguna razón para que no seas el hombre apropiado para Chantal y en dos semanas tienes tiempo para comprobarlo.

Él la miró con la boca abierta.

–Ellie…

–Dan, en serio, yo no soy para ti; pero con Chantal aún no lo sabes.

–¿Qué…? ¿Qué podría hacer? ¿Qué harías tú en mi lugar?

–Creo –dijo Ellie muy seria, mientras pensaba a toda velocidad–… que el secreto con Chantal está en la perseverancia. Probablemente, le gustaría… ¿Sabes que es una… una bailarina? –se interrumpió de repente, sintiendo vértigo.

–Sí, ¿no recuerdas que nos estuvo hablando de la revista en la que trabaja?

Ellie se relajó aunque no estaba segura de si la palabra «topless» había salido en la conversación.

–Es verdad. Creo que le gustaría algo discreto, en otras palabras, que no seas demasiado evidente.

Dan se incorporó, parecía un hombre nuevo.

–Así lo haré. Pero recuerda, Ellie, cuando necesites un amigo, aquí me tienes.

–Gracias, Dan –respondió ella con dulzura.

Cuando Dan se marchó, se llevó la mano a la boca y se preguntó qué era lo que le había llevado a animarlo de aquella manera. Afortunadamente, estaba segura de que Chantal sabría cuidar de sí misma… Dio un suspiro y se preguntó qué pensaría Brett de lo que había hecho.

Entonces, meneó la cabeza. «¿A quién le importa lo que piensen. Los dos ya son mayorcitos», dijo para sí pensando en los dos hombres.

El viernes por la noche, Brett volvió a casa a la hora de la cena. Simon aún estaba en un ensayo cuando él llegó.

Ellie pestañeó al verlo entrar por la puerta del patio. Nunca lo había visto con traje de chaqueta y corbata y su aspecto la dejó sin aliento.

Él se liberó de la chaqueta y de la corbata, que dejó sobre una silla, y se sentó a la mesa.

–¿Entonces? –fue todo lo que dijo.
–Oh, hola –saludó ella sintiéndose incómoda.
–¿Entonces? –repitió él–. ¿Qué tal todo?
Ella respiró con alivio.
–Bien, aunque muy ocupados.
Él se sirvió lasaña en un plato.
–¿Y eso?
Ella le explicó todo lo que había sucedido mientras él la miraba con los ojos entrecerrados. Después, se levantó y descorchó una botella de vino. Cuando terminó de servir una copa, se la puso delante del plato.
–Por tu aspecto, creo que te vendrá bien.
–¿Qué aspecto tengo?
Él estudió su camiseta verde y sus pantalones cortos a juego; después, volvió a sus ojos.
–Pareces un poco cansada. Creo que lo que necesitas es alguna distracción. ¿Qué te parece la fiesta de Delia mañana por la noche?
–Me había olvidado por completo –dijo ella con una sonrisa.
–No conozco muy bien a las mujeres, pero creo que los preparativos de una fiesta les suelen encantar.
–¿A qué te refieres con los preparativos?
–A ir a la peluquería, comprarse un vestido… Después, una noche divertida con buena comida y buena música puede hacer el resto. Yo me encargaré de Simon por la tarde.
Ellie cerró los ojos y trató de imaginárselo. Después, descartó la idea.
–Tendríamos que dar explicaciones de por qué estamos viviendo juntos… No creo que me apetezca pasar por eso.
–¿Por qué no me dejas a mí ese tema?
–No es solo eso –confesó ella–. No me apetece ir por ahí como si fuéramos una pareja solo porque nos hemos dado un par de besos.
–¿Acaso prefieres que nos quedemos aquí solos y continuemos con lo que empezamos?
–Mira, Brett…
En aquel momento sonó el teléfono.
–Debe ser Simon, le dejé mi móvil para que me llamara cuando acabara el ensayo.
–Yo iré a buscarlo. Mientras tanto, tú ve pensando en lo que hemos hablado –le dijo, tomándole la mano para darle un beso.

Capítulo 6

BRETT ya se había marchado cuando Ellie salió de su habitación a la mañana siguiente. Había dejado una nota en el frigorífico en la que le decía que se había ido con Simon para pasar el día juntos, que le daban el día libre.

A pesar de todas sus quejas, salió a hacer todas las cosas que él le había sugerido. Se arregló las uñas de los pies y de las manos, recibió un masaje facial y se arregló el pelo. Después, fue a buscar algo que ponerse. Delia le había dicho que la fiesta sería informal, sin embargo, quería estar bien guapa. Y, por fin, encontró justo lo que necesitaba: un top ajustado de color rosa fucsia y una falda blanca con flores del mismo tono que el top. Después, compró unas elegantes sandalias que iban a la perfección con el conjunto.

Luego, siguiendo un extraño impulso, se compró ropa interior de encaje y un camisón y un salto de cama de seda gris perla. También se compró un nuevo maquillaje. Al final, se gastó todo el dinero extra que había conseguido, y algo más.

–¡Vaya! –exclamó Simon al verla–.¡Estás guapísima!

–Gracias, jovencito –dijo ella muy seria–.¿Ya lo tienes todo?

Simon iba a pasar la noche en casa de Martie Webster que vivía cerca de allí. Era una forma de cuidar de los niños que los padres de Martie y ella llevaban practicando durante años.

–Creo que sí. Diviértete mucho, mamá –se despidió con un abrazo y salió corriendo para volver inmediatamente a buscar la caja de galletas que su madre le había preparado–. Y pórtate bien –añadió con una sonrisa.

–No sé por qué pero me parece que en esta casa se están invirtiendo los papeles –se quejó ella en voz alta, aunque Simon ya no estaba allí para escucharla.

–¿Qué papeles? –preguntó Brett–. Creo que me he perdido algo.

–No te preocupes, yo también –dijo ella con ironía.

Él pestañeó y meneó la cabeza.

–De una cosa estoy seguro: estás para comerte –le dijo mientras la recorría con la mirada, desde la piel desnuda de sus hombros hasta la punta de los pies.

–Bueno… –dijo Ellie mientras se alejaba con bastante rapidez–. Vámonos.

–¿No vaya a ser que nos dejemos llevar?

Ella se volvió con energía y le dijo muy seria:
–Brett, el orgullo me ha convertido en un trozo de acero.
Él se rio con suavidad.
–Desgraciadamente, no se puede decir lo mismo de mí. Así que, tienes razón. Vámonos.

Durante el camino a Raby Bay, donde se celebraba la fiesta, Brett puso un CD de música clásica. La música la ayudó a relajarse y la hizo pensar en que los dos tenían los mismos gustos.
Cuando el coche tomó la desviación hacia la casa iluminada, Ellie volvió a sentirse nerviosa.
Brett se bajó del todoterreno y fue a abrirle la puerta, después, le ofreció la mano para ayudarla a bajar y juntos caminaron hacia la entrada.
Cuando estaban a escasos pasos de la puerta principal, Ellie se paró en seco.
–No conozco ni a un alma.
–Ellie –le dijo él tomándola de la mano–, me tienes a mí –le depositó un beso en el pelo y, justo en ese momento, Delia abrió la puerta.
En la fiesta había unas cincuenta personas. Muchas de ellas conocían a Brett, pero hacía tanto tiempo que no se veían que ella, o su vida, pasaron bastante desapercibidas.
Y así, comenzó a pasarlo bien. Los canapés eran excelentes, el vino, abundante y la música de fondo parecía estimular la conversación. Archie McKinnon era un abogado alto y delgado con un gran sentido del humor y tanto él como Delia hicieron todo lo posible para que Ellie se sintiera a gusto.
Después, una nueva invitada llegó: Gemma Arden, la abogada de Brett. Ellie la conocía muy bien porque durante el largo periodo que Brett había pasado en África solo se había comunicado con ella.
–¡Qué sorpresa! –dijo Gemma con clara simpatía–. ¿Qué tal está Simon?
–Muy bien, gracias.
–¿Y qué tal se las está arreglando nuestro amigo con la civilización? –preguntó bajando la voz.
Ellie le sonrió.
–No creo que le esté resultando muy fácil. Incluso tiene algunas ideas extrañas.
Los ojos inteligentes de Gemma brillaron con la pregunta:
–¿Qué ideas?

Ellie sonrió y dio un sorbo a su copa, arrepintiéndose de haber hablado tanto.

–No soy solo la abogada de Brett, también soy una buena amiga. ¿Te gustaría que comiéramos algún día juntas?

–De acuerdo –accedió Ellie.

Mientras quedaban para el lunes a las doce, un camarero anunció que la comida estaba servida. Había cordero asado con guarnición de patatas y champiñones, pisto y una gran variedad de ensaladas. Como si con aquello no hubiera suficiente, de postre sacaron tarta de manzana, macedonia de fruta y helados.

Así que, cuando Brett la sacó a bailar, ella se encontraba flotando en las nubes, embriagada por la comida, el vino y la conversación.

Habían apagado las luces de la terraza y solo habían dejado encendidas las de la piscina. Un jazmín perfumaba el ambiente caluroso de la noche y Ellie se sintió muy bien. Nunca había estado en una fiesta tan divertida y se encontraba a gusto consigo misma.

Mientras bailaban, pensó que gran parte de su nueva confianza se debía a Brett. Era fantástico estar en sus brazos y, poco a poco, el contacto fue despertando el placer físico que ya había sentido en otras ocasiones.

De repente, Ellie tropezó.

Él dejó de bailar y la miró interrogante.

–No hago esto muy a menudo –dijo ella con torpeza–. Creo que me gustaría sentarme.

Pero él meneó la cabeza y la apretó con más fuerza.

–Mentirosa –y continuó bailando al ritmo de la música.

–Brett… –dijo ella temblorosa–. Creía que habíamos salido de casa para evitar esto.

Él le respondió con una mirada tan íntima que la dejó sin aliento. Una mirada que pareció despojarle de la ropa y transportarlos a un lugar privado donde podían llevar su fascinación mutua hasta el límite.

Entonces él dijo:

–Parece que no está funcionado y no creo que podamos pasarnos el resto de nuestras vidas fuera de casa. ¿Nos vamos discretamente?

Ella lo miró con un gesto de impotencia.

–Creo que no estoy preparada aún, Brett.

Él aflojó el abrazo.

–Entonces quedémonos –dijo él cortante–. No vamos a perdernos una buena fiesta por una causa perdida.

Un brillo de furia cruzó la mirada de ella.

–Un comentario como ese me hace pensar que solo tienes una cosa en mente, Brett Spencer.

–Querida Ellie –respondió él, arrastrando las palabras–. ¿Te has vuelto a olvidar de Chantal Jones?

–¡Sí! ¡No! Eso me recuerda una cosa.

Ellie le explicó lo que le había pasado con Dan.

–Me alegro –le confesó él–. Eso me quita un peso de encima. Quizá la animé en el avión cuando, en realidad, ya sabía que no quería tener nada con ella. Pero es una preciosidad y uno es humano.

–Si te gustaba tanto, ¿por qué no querías tener nada con ella? ¿Porque es una bailarina? –preguntó Ellie con el ceño fruncido.

–No. Porque tenía a una persona llamada Elvira Madigan en la cabeza.

–¿Cuando ibas en el avión? –preguntó ella con los ojos muy abiertos–. ¡Pero si no me habías visto en cinco años!

–Y no me defraudaste cuando te vi –reconoció él.

Una sombra de duda cruzó por la mente de Ellie.

–Estas cosas suceden, Ellie. Pero si tú prefieres ignorarlas… –en ese momento, dio un giro con ella en los brazos–. Estoy sediento, ¿tú no?

–Acabas de confesarme que te gustaban dos mujeres al mismo tiempo y te quedas tan tranquilo…

–Tienes razón, pero con Chantal fue solo… le puede pasar a cualquiera.

–Eso no me hace sentir mucho mejor –dijo ella desolada–. Ni tampoco te deja a ti en muy buen lugar –añadió más decidida.

Él le sonrió.

–Por otro lado, sí sé cómo hacerte sentir mucho mejor a ti. Qué dilema, ¿verdad, Elvira Madigan? –dijo con un brillo irónico en la mirada–. Tú decides.

La soltó, esperó un momento; pero al ver que solo había confusión en sus ojos, la tomó de la mano y se la llevó hacia la mesa de las bebidas.

No se quedaron hasta el final del todo, pero casi. Y lo mejor del resto de la noche fue que le vendió una cometa a Archie McKinnon.

Y aunque mantuvieron una apariencia amigable durante el resto de al velada, la tensión en el Range Rover era palpable.

Ella lo miró en un par de ocasiones y vio un aspecto de él que no había visto en las últimas dos semanas. El lado duro de Brett

Spencer que le hizo temblar para sus adentros. Después, se advirtió a sí misma que debía tenerlo en cuenta si alguna vez decidía casarse con él. Aunque, pensó con un ligero temblor, quizá él retirara la oferta.

Pronto descubrió que no pensaba retirarla.

Entraron en la casa por la puerta principal y ella dudó en el vestíbulo un instante.

–Buenas noches, lo he pasado muy bien –dijo sin convicción.

Él se metió las manos en los bolsillos y la miró impasible, con la mirada fija en la sombra oscura de sus ojos.

–Pareces más tensa que cuando vine a casa. Mira, olvídate de Chantal y piensa en Simon. Y lo más importante, piensa en ti.

Ella tragó con dificultad.

–¿Sabes? –continuó él–. Me ha sorprendido bastante saber que tienes tantas reservas, Ellie. Eso hace que me pregunte por qué no te marchaste de mi casa hace años.

–Si… si crees que soy ingrata…

–¡Por favor, Ellie! –dijo él molesto–. No quiero tu gratitud. Aunque quizá merezca la pena recordar que siempre he hecho lo que he podido por Simon y por ti.

Los ojos de ella reflejaron su angustia.

–Claro que lo recuerdo, Brett. Pero estamos hablando de matrimonio, es…

–Es algo que podemos hacer complicado o no. Yo estoy a favor del no; porque no me cabe la menor duda de que es lo que deberíamos hacer. Ahora, vete a la cama –añadió, cansado y se marchó.

Ellie se levantó tarde el domingo por la mañana, justo cuando Simon volvía de la casa de Martie. Brett estaba trabajando en el estudio, pero había salido para tomarse una taza de café.

–Parece que os acostasteis tarde anoche –observó Simon.

Ellie sonrió débilmente.

–¿Lo pasaste bien, mamá?

–Muy bien –dijo ella, intentando sonar entusiasmada.

–La música y la comida estuvieron fenomenal –añadió Brett–. Por cierto, Archie llamó esta mañana y dijo si podía venir a ver tus cometas, Ellie.

–¡Oh, claro!

–Eso pensé que dirías, por eso los invité esta tarde. Podíamos llevarnos la merienda al parque y hacerles una demostración.

–¿Quiénes van a venir con él?

–Delia y su hija Grace, tiene más o menos tu edad, Simon.

–¡Genial! Me apetece volar cometas en el parque, aunque a las chicas no se les suele dar muy bien. ¿Cuáles quieres que llevemos, mamá?

–Elígelas tú, Simon –dijo Ellie–. Yo voy a preparar algo para llevar.

–Ellie –dijo Brett con firmeza–. No te tomes muchas molestias.

–¿Qué te parece un bizcocho de nueces?

–Déjala –intervino Simon–. Le encanta cocinar, creo que lo encuentra «terioptico».

–En ese caso –dijo Brett, divertido–, no insistiré más. Si tú crees que es «terapéutico».

–¡Eso es! Creo que le relaja bastante.

–¡Basta ya! –dijo Ellie–. Salid de mi cocina antes de que yo elija alguna palabrita…

–¡Oh, oh! Creo que le va a dar un ataque –advirtió Simon–. Me largo.

Brett los siguió después de lanzarle a Ellie una mirada irónica.

La tarde era perfecta para volar cometas.

El cielo estaba azul, había una ligera brisa y no hacía demasiado calor. El parque tenía vistas al río y Ellie preparó una de las mesas. Sacó varios sándwiches, el bizcocho de nueces, unas galletas, un termo con té y refrescos para los niños.

–Si hubiera sabido que te ibas a tomar tantas molestias, yo también habría traído algo –dijo Delia.

–Le gusta –comentó Brett.

–No empieces –le advirtió Ellie y se volvió hacia Delia–. Esto no es nada comparado con la fiesta de ayer y, además –añadió con una gran sonrisa–, me gusta cocinar.

–Una mujer de muchos talentos –dijo Archie mientras agarraba una cometa.

Grace que tenía el pelo tan moreno como su madre rubio y los ojos azules agarró la mano de su padre.

–¿Me enseñas cómo se hace?

Simon dio un paso hacia delante.

–Si quieres, yo te puedo enseñar. ¿Quieres que probemos con la mariposa? Es una de la más fáciles y más bonitas.

Pasaron dos horas en el parque divirtiéndose con las cometas. Ellie estaba en su elemento. Llevaba unos pantalones cortos llenos

de bolsillos y una camiseta con flores y, mientras demostraba su habilidad, se sentía como un pájaro libre… casi como si volviera a ser niña de nuevo. Pero no solo eso, cuando jugaba con las cometas su mente también volaba.

Esa vez, soñó con ser una mujer segura de sí misma y ligeramente misteriosa, una mujer fascinante de la que Brett no se cansara nunca. Por otro lado, también se imaginó como la mujer que llevaba su casa con eficacia y que siempre estaba en su lugar…

De vez en cuando, notó los ojos de Brett sobre ella, pero no le importó porque de ninguna manera podía leerle los pensamientos.

Al final de la tarde, también se había dado cuenta de que Simon se había enamorado por primera vez en su vida. Las chicas, hasta entonces, nunca habían sido importantes. Pero con Grace todo había cambiado.

Ellie observó sus tonteos con un nudo en la garganta.

–Les ha dado fuerte –le dijo Brett desde detrás.

Ella se volvió hacia él.

–Es cierto. Quizá, a partir de ahora, ya no sea la única mujer en la vida de Simon.

–¿Te molestaría mucho ser la única mujer de mi vida? –preguntó él en voz baja.

Ella abrió los ojos, pero no tuvo que decir nada porque Archie iba hacia ellos para decirle que iba a comprarle dos cometas, una para Grace y otra para él.

Al rato, recogieron y se marcharon hacia la casa. Brett invitó a los McKinnon a que se tomaran algo. Se quedaron poco más de una hora y Ellie estuvo muy bien; en realidad, nunca se había sentido tan relajada.

Al final, Archie se puso de pie y ayudó a Delia a levantarse.

–Bueno, nos marchamos. ¿Creéis que podremos llevarnos a Grace?

Grace y Simon estaba viendo la televisión en el cuarto de estar.

Todos se rieron con el comentario y quedaron en que la niña recibiría una invitación para asistir a la obra del colegio.

Cuando todos se marcharon, Ellie preparó macarrones con tomate para cenar y salió a regar el jardín.

Allí la encontró Brett, con los pies descalzos y disfrutando del olor a tierra mojada.

–Me encanta lo que has conseguido con este jardín –dijo él mirando a su alrededor–. ¿Te lo has pasado bien?

–Sí, son muy simpáticos. ¿Por qué se casaron solo hace tres años? Él otro día dijiste que estaban hechos el uno para el otro y yo

estoy completamente de acuerdo.

El introdujo las manos en los pantalones.

–Me imagino que, a veces, uno no es capaz de ver lo que tiene delante de las narices. Archie siempre estuvo loco por Delia, pero ella… no sé, quizá quería echar a volar. Después, se enamoró de un hombre casado y tuvo a Grace. Cuando llegó el momento, él no dejó a su mujer.

–Me alegro de que tuviera un final feliz –comentó Ellie, moviéndose entre los rosales.

Brett la siguió y desenredó un nudo de la manguera con la que ella estaba regando.

–Le llevó unos tres años convencerla de que no quería casarse con ella por pena –sacó un pañuelo del bolsillo y se secó las manos.

–¿Te lo dijo él?

–Sí. ¿Crees que a nosotros nos pasará lo mismo?

–Hay una gran diferencia entre nosotros. Ellos están completamente enamorados.

–Entiendo. Piensas que tú nunca podrías sentir algo así por mí.

Ella abrió la boca para decirle que ese no era el problema, pero vio la trampa. Así que, no dijo nada y siguió regando.

Inmediatamente, Brett le quitó la manguera de las manos y cerró el grifo.

–¡Brett! ¡Si no he terminado!

–Ya estoy harto de desenredar los nudos –le puso las manos sobre los hombros y agachó la cabeza para besarla con delicadeza.

Cuando ella entreabrió los labios, él se acercó más y su beso se hizo más profundo. Cuando pararon, a él le costaba respirar y ella estaba temblando, como una flor entre sus brazos.

–¿Tengo que ser persistente, Ellie? –preguntó con un deje de ironía.

Ella dejó escapar un gemido de agonía y sus mejillas se tiñeron de rojo.

–¿Te das cuenta de que la única razón para que ahora mismo no nos vayamos a la cama es Simon?

Eso era muy cierto, pero ella no pensaba reconocerlo. Tanto físicamente como mentalmente, suponía una tortura imaginarse con él en la cama; pero sabía que no podía ser o, mejor aún, no debía ser.

Por otra parte, se encontraba totalmente perdida entre sus brazos, sintiendo la fortaleza de su pecho contra el de ella, de sus manos que la acariciaban justo donde ella deseaba….

Para ella, resultó desolador cuando él empezó a separarse.

–Pero Simon no estará siempre en casa –dijo antes de dar media vuelta y alejarse de ella.

A la mañana siguiente, Gemma Arden llamó para decirle que tenía un día muy complicado y preguntarle si podían posponer la comida. Quedaron en verse quince días más tarde.

El martes por la noche, Brett les dijo que Archie los había llamado para invitarlos al cine el sábado por la tarde. Simon se mostró realmente encantado.

–¿Qué te parece a ti, Ellie?

–Por mí encantada.

–Hecho, entonces. Después, podemos tomar algo todos juntos – dijo mientras servía otro trozo de carne–. Creo que deberíamos contratar a una señora de la limpieza.

–Oh, a mí no me importa… –comenzó a decir Ellie.

–A mí, sí –dijo él con firmeza–. Tú ya tienes demasiado con nosotros dos. Podemos contratar a alguien para que venga un par de días a la semana para hacer las cosas de la casa y la plancha. No te preocupes, no interferiría con tu terapia en la cocina. ¿Verdad, Simon? –preguntó, buscando la complicidad del niño.

Simon miró a su madre.

–Estoy de acuerdo.

–Y por último, aunque no menos importante, me han ofrecido un perro.

–¡Sí! –gritó Simon, saltando de la silla.

–¿Qué tipo de perro?

–Es un dálmata. La perra de un compañero acaba de tener cachorrillos y tiene que deshacerse de ellos.

–¡Mamá! –exclamó Simon al ver la sombra de duda en los ojos de ella–. Por favor, yo cuidaré de él. Lo sacaré de paseo y le daré de comer.

Ellie lo miró a los ojos, en realidad, el niño llevaba siglos pidiéndole un perro, pero ella, temiendo que algún día tendrían que mudarse a un sitio más pequeño, nunca había aceptado. Ahora detestaba a Brett por aquella encerrona.

Ellie suspiró resignada, si se marchaban de allí tendrían que buscar un sitio en el que permitieran tener perros.

–Vale…

Recibió un abrazo de pura emoción de su hijo; pero Brett no dijo nada.

El miércoles por la tarde, Brett llegó a casa con un ordenador

portátil y les preguntó si a alguno de los dos les vendría bien.

Simon y Ellie se miraron.

–¡Mejor imposible! –exclamó Simon.

–¡Simon! –lo amonestó Ellie.

–La verdad es que mi madre y yo acabamos de hacer un curso y, ahora, yo lo utilizo en la escuela y ella en el trabajo. De hecho, habíamos empezado una hucha para comprarnos uno.

–Simon, el ordenador es muy importante para el trabajo de Brett y no creo que…

–La verdad es que en el laboratorio compramos este ordenador de más –la interrumpió él–. Cuando nos dimos cuenta, lo compré con un buen descuento pensando que quizá os vendría bien. Para mi trabajo tengo uno nuevo.

–¿Podemos hablar en privado? –preguntó Ellie.

–Claro –respondió Simon por Brett–. Ahora mismo, me voy a casa de Martie. ¿Cuándo vamos a cenar, mamá?

–¿Cenar? –preguntó Ellie como si su hijo le hubiera hablado en chino–. Um… dentro de una hora.

–De acuerdo. Así tendréis tiempo de sobra –agarró su gorra de béisbol y desapareció por la puerta.

–A veces… –empezó a decir Ellie.

–¿Podrías estrangularlo? –sugirió Brett–. No te preocupes, mi madre tenía el mismo problema conmigo.

–Entre los dos me vais a volver loca.

–¿Qué tiene de malo traer a casa un ordenador que sobraba? Pensé que podría ser de utilidad.

Ellie se puso a colocar unas cacerolas, haciendo mucho ruido.

–Como si yo tuviera tiempo…

–Ese es el otro asunto. Cuando tengas a una señora haciendo el trabajo de la casa, tendrás más tiempo para ti misma.

Ellie suspiró y se alejó de la cocina.

–Brett, parece que estás intentando comprarme.

–¿Por qué iba a intentar comprarte cuando puedo tenerte gratis? –dijo él con un brillo peligroso en la mirada.

Ella se puso roja, pero continuó con sus argumentos.

–Estás haciendo todo lo posible para atarnos a esta casa, a mí y a Simon, y lo está haciendo de manera deliberada. Hasta… –dijo atragantándose–. Hasta has acertado con la raza de perro que Simon adora.

–Ellie, estás exagerando.

–No, no lo estoy –susurró ella cuando él se le acercó–. Solo estoy haciendo todo lo posible para evitar que cometamos un error

imperdonable.

–¿Por qué crees que sería imperdonable? ¿Qué lo hace tan horrible?

Ella lo miró fijamente.

–¿Tienes alguna objeción a vivir conmigo como hemos estado durante las últimas semanas? –insistió él.

–No, pero…

–Así que, no tengo ninguna costumbre que te vuelva loca o que te ponga los pelos de punta.

Ellie se humedeció los labios.

–No… bueno, te gusta hacer las cosas a tu manera.

Él sonrió.

–¿Hay algo que haya hecho que no os haya beneficiado a Simon y a ti?

–Brett, está bien –dijo ella, tomando aliento–. Lo que dices tiene bastante sentido, pero ¿qué pasará cuando se te pase el capricho que tienes conmigo? ¿Qué pasará con Simon entonces?

–¿Quieres decir, qué pasará contigo?

–Yo nunca me separo de Simon –respondió ella, intentando confundirlo porque le aterraba que le pudiera leer el corazón.

–¿Realmente crees que solo se trata de un capricho?

–Llevo aquí once años, Brett.

–Algunas cosas cambian –dijo él, lentamente–. Y otras no… Antes me fascinabas aunque decidí no hacer nada. Ahora, me sigues fascinando y la circunstancias han cambiado.

–¿Y en el medio?

–Los dos seguimos con nuestras vidas. ¿Por qué no cedes? Créeme, te encantará.

Algo brilló en sus ojos.

–Simon…

–Hay algo más que he pensado para Simon, pero nunca lo haría sin consultarte primero.

–¿Qué? ¿No estarás hablando de un internado? Nunca lo consentiría.

–No creo que fuera muy razonable comprarle un perro para después mandarlo a un internado, ¿no crees? No sé si te acuerdas de que yo fui la persona que recogió las cosas de Tom y zanjé sus asuntos…

Ella tomó aliento.

–¿Sí?

–Todavía lo tengo todo. Algunas fotos, su bate de cricket, sus palos de golf, su vieja corbata del colegio, el bolígrafo que ganó en

un concurso de matemáticas en el colegio… y cosas así. Pensé que la siguiente vez que Simon lo mencionara, podíamos ver las cosas juntos; los tres.

Esa vez, Ellie se quedó sin habla.

–¿Qué me dices, Ellie, sí o no?

Ella dejó caer los hombros y con los ojos llenos de lágrimas miró hacia el suelo.

Él la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en su cabeza.

–Hay tantas cosas que me gustan de ti, Ellie. Tu fuerza y tus agallas, la casa maravillosa que has construido, tu dedicación a tu profesión, tu espíritu libre cuando juegas con las cometas…

La separó un poco y bajó la mirada hacia sus pechos.

Por fortuna, esa vez, la suerte estaba del lado de ella. Llevaba un vestido sin mangas y con el cuello de caja, pero la tela era de algodón bordado y era bastante suelto por lo que no revelaba nada.

Cuando Brett comenzó a darse cuenta, levantó la cabeza hacia ella y se encontró con un brillo especial en sus ojos. Un brillo que mostraba que había notado lo que había pasado y que, además, le divertía.

Lo que siguió a continuación lo tomó aún más por sorpresa.

Ellie se separó un poco y, sin dejar de mirarlo, se puso seria. Después, dio un paso hacia él y le tomó la cara entre las manos.

–Los dos podemos jugar a ese juego, Brett.

–Sin duda –dijo él, convencido, pero, en seguida, se encontró cautivado por el brillo de sus labios, el perfume de su pelo y la fina línea de su cuello.

–Y a este –dijo bajando las manos hacia su pecho mientras se acercaba más a él.

Él la rodeó con los brazos y ella se acercó aún más de manera que sus cuerpos se juntaron. La reacción de él fue involuntaria e inmediata.

Ella sonrió, no porque se sintiera triunfante, sino por algo más inteligente y más femenino. Se puso de puntillas y le dio un beso en los labios; pero justo cuando él iba a agarrarla para besarla más apasionadamente, ella se escabulló.

–Ellie… –murmuró con voz aterciopelada–. ¿Qué se supone que estás haciendo?

Ella se encogió de hombros.

–Es para darte algo en qué pensar. Pareces muy seguro, Brett, pero, en realidad, ¿qué sabes de mí? –dijo dándose la vuelta hacia el salón para poner la mesa.

–¿Qué dices del ordenador? –dijo él desde la puerta.

Ella lo miró por encima del hombro.

–Puede quedarse siempre que no sigas trayendo cosas.

–Qué amable por tu parte –dijo él, con aspereza.

Pero aquel tono no le hizo perder la compostura. Le dedicó una mirada enigmática y continuó con lo que estaba haciendo.

Capítulo 7

LOS DÍAS que siguieron hubo tregua.

Brett y Simon decidieron construir una caseta para el perro e instalaron el nuevo ordenador.

También llegó una señora de la limpieza recomendada por Delia. Era una mujer enérgica de unos cuarenta años que apareció armada con una lista de los productos que prefería utilizar.

Durante los primeros días, Ellie se sintió un poco nerviosa, como si hubieran invadido su intimidad. Pero tenía que reconocer que los suelos estaban brillantes y la enorme cesta con la ropa para la plancha había desaparecido.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Brett en su camino al garaje. Estaba construyendo la perrera y llevaba una sierra en la mano.

Ella estaba sentada en la mesa de la cocina con el ceño fruncido.

–Nada.

–Parece que no saltas de alegría por tener la casa limpia –observó él.

–Estoy… bueno, me cuesta acostumbrarme, eso es todo.

Él dudó un instante.

–Quizá lo mejor sea salir mientras ella está aquí; si lo que te molesta es verla por toda la casa.

–Sí, eso y que me cuesta dar órdenes. No sé muy bien cómo tratarla.

–Es muy fácil. Sé amable, tómate de vez en cuando una taza de té con ella, pero déjale muy claro lo que quieres que haga, es decir, no le dejes a ella todas las decisiones. Así, seguro que las dos estáis a gusto.

–¿Cómo sabes todas esas cosas? –le preguntó Ellie sorprendida.

–Cuando hay que manejar empleados la técnica es más o menos la misma, ya sean auxiliares de laboratorio o señoras de la limpieza. Un toque amable pero firme –dijo y miró a la sierra que llevaba en la mano–. Por otro lado, construir casetas no es lo que mejor se me da.

–¿Por qué aceptaste?

Una mirada de frustración cruzó su rostro.

–Es solo una caja con un tejado. Pensé que sería fácil.

–¿Quieres que te ayude?

–No, gracias –dijo él con dignidad–. Mi orgullo ya ha sufrido bastante, así que, esto quiero conseguirlo.

–¿Tu orgullo?

–Sí, lo sabes muy bien –dijo con amabilidad.

Ella miró hacia otro lado y él volvió a la caseta.

En la tranquilidad de la cocina, Ellie se preguntó por la naturaleza de la tregua reinante en la casa. ¿De verdad le había dado a Brett algo en lo que pensar? ¿Cuál sería su siguiente paso?

El paso inmediato fue golpearse el dedo con el martillo. El grito que dio y los tacos que soltó a continuación casi arrancan el tejado.

Cuando todo hubo pasado, es decir, después de volver del hospital donde le habían hecho unos rayos X para comprobar que no había nada roto y le habían entablillado la mano para que no le doliera tanto, Ellie comentó: –Pensé que lo médicos erais más hábiles.

Él la miró ceñudo por encima del té que había preparado para los dos.

–Los cirujanos sí. Mi especialidad es diferente.

–Pero… yo pensé que todos los médicos tenían que saber operar.

–¡Hay una gran diferencia entre operar a un ser humano y construir una caseta, Ellie!

–Mamá, déjalo –le advirtió Simon, después se giró hacia Brett–. Yo no me preocuparía por eso. No podemos ser buenos en todo. El padre de Martie tiene todas las herramientas necesarias, él la acabará por nosotros. Me voy a la cama, estoy agotado. Buenas noches.

–Buenas noches –respondieron Brett y Ellie al unísono.

–Tiene razón –dijo Ellie–. No podemos ser buenos en todo.

–La última vez que en esta casa se invirtieron los papeles, creo que a ti no te gustó mucho –contestó él, irritado.

Ellie lo miró con una sonrisa.

–Puede ser bastante desmoralizador, lo reconozco. Pero…

–Ellie, no intentes animarme –dijo él, enfadado.

Ella se echó para atrás.

–De acuerdo. No diré nada más.

Él la miró de manera misteriosa mientras ella daba un trago a su té.

–Eso no quiere decir que tengas que dejar de hablarme.

–¿De qué quieres que hablemos?

–En realidad, no quiero hablar de nada. Lo que quiero es otra cosa.

–¿Qué? –preguntó ella, bastante imprudentemente por cierto.

–Lo que me gustaría sería llevarte a la cama y hacerte el amor muy despacio, después quedarme dormido contigo entre los brazos.

Durante unos segundos, mientras se miraban directamente a los

ojos, Ellie sintió la tentación de aceptar. Poder quitarle el mal humor a besos y dejarse llevar por el placer sería como estar en el paraíso, admitió para sí. Saber que él la necesitaba… «No, ni siquiera pienses en eso», se advirtió a sí misma.

–Brett, si eso fuera a suceder –dijo poniéndose de pie–, creo que te gustaría poder utilizar las dos manos. Afortunadamente, tengo un sedante que me dieron en el hospital por si tenías problemas para dormir.

Varias expresiones pasaron por los ojos de él.

–Ya te había dicho que eres una mujer muy dura, ¿verdad? Voy a necesitar algo más que un sedante para dormir ahora.

–No te creas. Buenas noches.

Él se levantó detrás de ella.

–Antes de que te vayas, Ellie –la rodeó con el brazo bueno y la atrajo hacia sí con sorprendente fuerza–. Pensé que podía hacerte una demostración de lo que puedo hacer con solo una mano.

A continuación, se inclinó sobre ella y comenzó a besarla de tal manera que ella se dio cuenta de que era imposible negarse.

De hecho, la besó con fuerza, hasta que la dejó sin aliento, después, la soltó.

–Ahí tienes. Llévate esto a la cama, Elvira.

Ella se pasó la lengua por los labios y se llevó una mano al pecho, como para frenar los erráticos latidos de su corazón. Todo su cuerpo vibraba ante la idea de lo que podía pasar, pero que no podía ser.

–Si no estuvieras herido… yo… –dijo ella entre dientes.

Dejó la frase sin terminar cuando él le agarró la mano y le besó los dedos uno por uno.

–Vete a dormir, Ellie.

Le devolvió la mano y ella se marchó.

Cuando se metió en la cama, no le resultó fácil dormir. La ira dio paso a las lágrimas y a un terrible sentimiento de confusión y de soledad. Se sentía tan sola, tan confundida y tan infeliz… de hecho, incluso se levantó en una ocasión y se paró junto a la puerta, necesitada de consuelo. Pero, al final, no tuvo coraje para hacerlo y se volvió a la cama.

–¿Qué diablos te ha pasado? –preguntó Archie McKinnon mirándole fijamente a la mano.

–No me preguntes –respondió Brett.

Acababan de encontrarse en la puerta del cine.

–Le podía haber pasado a cualquiera –dijo Simon.

–Gracias, amigo –respondió Brett–. Probablemente no sea así, pero cuanto menos digamos, mejor, ¿no crees? –dijo señalando hacia la entrada.

Delia le lanzó a Ellie una mirada divertida. Se quedaron un poco retrasadas y Ellie le explicó lo que había pasado.

–Pero no le digas que te lo he contado. No está de muy buen humor.

–Claro que no –prometió la mujer–. ¡Hombres! –añadió con tanta intensidad que Ellie no pudo evitar reírse.

Eso la ayudó a sentirse mejor; aunque ya se sentía bastante bien después de ver como la cara de Simon se iluminaba al ver a Grace.

Cuando la película terminó, todos salieron contentos. Hasta Brett parecía haberse divertido.

Cenaron en la terraza de un restaurante y, finalmente, se marcharon a casa.

–Muchas gracias –le dijo Ellie a Brett–. Espero que no fuera demasiado infantil para ti.

–Me ha gustado, especialmente al ver lo bien que se lo estaban pasando Grace y Simon. Tú también te reíste mucho.

Ellie lo miró con una sonrisa.

–Obviamente, todavía soy una niña. ¿Qué tal tienes el dedo?

–Un poco dolorido.

Ella dudó.

Él esperó a ver qué decía.

–Esto… nada –dijo de manera poco convincente.

Él sonrió con picardía, pero no dijo nada.

–Me voy a la cama –dijo ella deprisa.

–¿Por qué no? –preguntó él divertido–. Quizá los dos necesitemos dormir.

Ellie selló los labios ante la indirecta de que los dos habían pasado mal la noche anterior.

–Mañana tengo que ir al mercadillo –dijo ella–. Me tengo que levantar muy temprano –y se marchó hacia la habitación.

Ellie iba cada domingo al mercadillo; le encantaba el ambiente y disfrutaba del bullicio desde su puesto.

Había infinidad de productos a la venta: ropa, comida, plantas, flores, manualidades, cerámica… pero solo había un puesto de cometas: el suyo. Se había comprado un toldo para protegerse de las inclemencias del tiempo y tenía un par de sillas de tijeras para

cuando Simon iba con ella.

Durante un periodo de calma, mientras se servía una limonada de la nevera, Chantal pasó por delante del puesto.

–¡Ellie! –exclamó la mujer, sorprendida al reconocerla.

Ellie se levantó.

–Hola –dijo ella un poco cortada. En realidad, se sentía bastante culpable por varios motivos–. ¿Te apetece tomar algo?

–Claro –dijo Chantal, dejándose caer en la otra silla. Se quitó la gorra que llevaba y se puso a abanicarse con ella–. ¡Hace un calor del demonio!

Ellie le ofreció un vaso de plástico y le sirvió refresco.

–Toma. Una limonada casera, bien fría. Chantal… espero que no me odies.

Chantal miró su vaso fijamente, después levantó sus admirables ojos violetas.

–He pensado en ello –dijo lentamente y Ellie contuvo el aliento. Después, Chantal dejó escapar una risita–. ¿Sabes lo persistente que puede ser Dan Dawson?

Ellie sonrió aliviada.

–Me temo que yo le aconsejé que utilizara esa táctica.

–Eso explica por qué estoy aquí –dijo Chantal, mirando alrededor–. En un mercadillo

Ellie levantó las cejas sorprendida.

–¿Has venido con Dan?

–Sí. Después vamos a comer a un buen restaurante.

–Pero Dan sabe que tengo un puesto aquí. ¿Dónde está?

Chantal señaló con una mano.

–Hay una exhibición de trenes de juguete por ahí. Estaba encantado, así que, lo dejé allí. Le dije que iba a dar una vuelta. Y, está claro, que no le importaba que nos encontráramos. Los hombres son bastante raros a veces.

–¿Qué te dijo Brett de nosotros? –preguntó Ellie un poco nerviosa.

Chantal la estudió detenidamente.

–Me dijo que, pasara lo que pasara, se iba a casar contigo.

Ellie abrió los ojos.

–¿No lo sabías? –preguntó Chantal con el ceño fruncido.

Ellie parecía confundida.

–Ahora sí lo sé. Ha decidido que es una buena idea. Por Simon.

–¿Por ti no?

Ellie miró hacia abajo y dio un sorbo a la limonada.

–¿Cuánto tiempo hace que estás enamorada de él?

–Creo que desde el día que me rescató hace once años –reconoció Ellie con muy poca voz–. Aunque parezca increíble.

–¿Por qué?

–Ya te hablé de Tom. Solo hacía unos meses que se había ido. Me hacía sentir fatal.

Chantal acercó su silla a la de ella.

–Cariño, estas cosas pasan. Si te sirve de consuelo, venía de vuelta a casa para casarme con el tipo con el que estaba comprometida cuanto me senté al lado de Brett en el avión. Al minuto, ya me había olvidado de mi novio.

Ellie no pudo evitar sonreír.

–Sé que estás intentando ayudarme; pero eso lo empeora todo. Me siento como si me hubiera unido a un club.

–Bueno, once años son muchos años por lo que tú tienes un puesto especial. Déjate querer, te lo mereces.

Ellie abrió la boca para protestar.

–Parece tan seguro de… de poder hacerme feliz.

–¿Y qué tiene eso de malo?

–Yo no estoy segura de poder hacerle feliz a él.

–¿Y eso qué importa? ¿Por qué no das un paso hacia delante y lo intentas?

–¿Estás sugiriendo que me case con él?

Chantal se encogió de hombros.

–Pero déjame que te aclare otra cosa, Ellie. Que sepas que si no es por tu dinero por lo que un hombre te quiere es por otras razones: sexo, sexo y sexo. Si no tienes problemas con eso, lo más probable es que te dure para siempre.

Ellie sonrió con el comentario.

Chantal se levantó y ambas se dieron la mano.

–Gracias por tus consejos. Espero que nos volvamos a encontrar.

–¿Has vendido muchas cometas? –le preguntó Brett cuando volvió a casa.

Estaba tumbado junto a la piscina en bañador, con el periódico en las manos.

–Cuatro. Lo normal. ¿Qué tal tienes el dedo?

Él la miró con gravedad.

–Mejor. ¿Por qué no te das un baño? Pareces cansada.

–Sí, pero primero tengo que sacar las cosas del coche. ¿Dónde está Simon?

–Ha ido con Martie y su padre a ver una competición de

bicicletas en Mount Coot. Pensé que no te importaría así que le di mi permiso de tu parte. Voy a ayudarte con las cometas –añadió mientras se incorporaba.

–No te preocupes.

Pero él insistió, así que, juntos descargaron el coche. Después, ella fue a ponerse el bañador y volvió a la piscina. Cuando salió del agua, después de hacerse unos cuantos largos, se encontró con que Brett le había preparado un vermut.

–Esto es decadente –exclamó ella, mientras se relajaba en una tumbona.

–Una buena manera de pasar el domingo por la tarde.

–Mmm

–Estaba pensando…

Ellie se puso tensa.

Pero, entonces, él la sorprendió.

–El próximo martes es el primer martes de noviembre.

–La Copa de Melbourne.

–Las carreras paralizan toda la nación –asintió él–. Tengo entradas.

–¿Y?

–¿Podrías pedirte unos días libres?

Ellie lo miró sorprendida.

–¿Para ir a ver las carreras contigo? –le preguntó llena de incredulidad.

–Ellie… –dijo él, entre risas–. ¿Qué te parece tan extraño? No estamos hablando de la Luna.

–¡Melbourne está a más de mil quinientos kilómetros!

–Dos horas de avión… No estoy sugiriendo que vayamos en coche, o a dedo.

–¿Por qué yo, Brett?

–¿Por qué no?

–Brett, es carísimo y no…

–No tendremos que pagar nada. Ni tú ni yo. Una de las empresas de las que soy socio es patrocinadora y se va a hacer cargo de todo; también da la casualidad de que soy miembro del Club Victoria de carreras.

–¿No me digas? ¿Para qué si vives tan lejos?

–Mi madre me lo pasó. Su familia era de Melbourne. También me pasó una casa allí, en Portsea. Ha estado muchos años alquilada, pero ya no. Quiero verla para decidir si me quedo con ella o la vendo. También tengo otros negocios que solucionar, así que, mataré varios pájaros de un tiro– hizo una pausa y volvió a

concentrarse en ella–. Me alegro de que no hayas salido con la excusa de que no tienes nada que ponerte –añadió con una sonrisa.

Ellie cerró la boca.

–Eso es porque no me has dado tiempo para considerar ese aspecto. Lo siento, Brett, muchas gracias, pero…

–Saldremos el martes de madrugada. La noche del martes la pasaremos en el Sofitel, después de las carreras. Tú tendrás tu propia habitación. El miércoles iremos a Portsea y tú puedes volver el jueves por la mañana. Yo quizá deba quedarme hasta el sábado.

–Brett, entre otras cosas, no puedo dejar mi trabajo así como así.

–Seguro que después de todo el trabajo extra que has estado haciendo últimamente, no te pondrán ninguna pega. Con respecto a Simon, a los Webster no les importa quedarse con él. Él, por su parte, está encantado; además cree que nos vendrá bien.

–Tú… tú… –empezó a decir ella; pero no encontró las palabras.

–Seamos honestos, parece que hemos llegado a un callejón sin salida. Quizá se deba a esta casa –añadió mirando a su alrededor–. Quizá las cosas se aclaren en un escenario diferente.

Ellie agarró su vermut y dio un buen trago.

¿Sería aquello una amenaza?, se preguntó ella. Desde luego, tenía bastante sentido. No podían continuar de aquella manera. Pero ¿qué tipo de presión podía ejercer sobre ella durante aquel viaje?

–¿No estarás pensando que se trata de un intento de seducirte, verdad? –preguntó él con dulzura.

Ella lo miró fijamente y decidió responderle con sinceridad.

–Pues sí, se me había ocurrido.

–Eso me imaginaba.

Ella le sonrió.

–Debes admitir que es una manera muy rara de solucionar un problema.

–A veces, las circunstancias difíciles requieren soluciones extrañas. ¿O prefieres que lo dirimamos aquí mismo?

Ella sintió un escalofrío y no fue porque tuviera frío.

–Brett, si te digo que no después de este viaje absurdo, ¿lo aceptarás?

–Sí; pero no será absurdo, créeme.

Iban a volar al hipódromo en helicóptero, directamente desde el aeropuerto, por lo que salió vestida de casa. Con el dinero que habían ahorrado para comprar el ordenador y un poco del obtenido

de la venta de cometas se había comprado un precioso vestido verde agua y un sombrero del mismo color; nadie podía ir a las carreras sin sombrero. Se había gastado una pequeña fortuna, pero merecía la pena; sobre todo para sentirse a gusto consigo misma.

Cuando llegaron a Melbourne, hacía un tiempo precioso. Ya en el aeropuerto se veía mucho movimiento debido al gran acontecimiento y Ellie comenzó a animarse. Cuando los acompañaron al palco de los socios, ya se sentía llena de vida y se alegró de haberse comprado ropa nueva.

Pero no solo estaba encantada con ella, Brett tenía un aspecto muy distinguido con su traje azul, la camisa blanca y la corbata del club. Ese día descubrió algo nuevo sobre él. Siempre había sabido que tenía dinero, pero nunca se había imaginado que tuviera tanto ni que su nombre era tan importante. Pero, esa tarde, pudo darse cuenta al ver toda la gente que lo saludaba. Gente importante que no lo había visto en cinco años pero que aún se acordaba de él.

Sin embargo, todas esas impresiones cobraron un segundo puesto tras la emoción de las carreras y el privilegio de estar en el palco de los socios. Desde allí, todo se vía mejor. Solo dejaron el palco para ir a apostar por un caballo; después volvieron a ocupar su lugar para disfrutar de las celebraciones. Primero hubo un desfile de caballos, después les sirvieron una comida ligera acompañada con champán y, luego, unos paracaidistas fueron aterrizando en la pista en la que una banda de música amenizaba a las más de cien mil personas allí reunidas.

Y por fin llegó la gran carrera.

–Estoy tan nerviosa –dijo ella, botando en su asiento–. ¿Por quién has apostado?

–Nunca te había visto así, Ellie. He apostado por Soñador.

–Muy inteligente –comentó ella.

Él la miró sorprendido.

–¿Sabes algo que yo no sepa?

–Nada.

–¿Entonces?

–Yo también he apostado por él. Me gustó el nombre –le informó con una preciosa sonrisa–. Brett, ¿piensas volver a jugar al polo?

La expresión de él cambió durante un momento.

–No –respondió al fin.

Ella lo miró interrogante.

–No tengo tiempo, Ellie. Mira, ya están los caballos listos. Nuestro caballo parece un poco nervioso.

–¡Oh, no! –exclamó ella, volviendo a centrar su atención en la

pista.

Él le pasó los prismáticos y ella pudo observar a su caballo más detenidamente. Por fin, suspiró tranquila.

–Parece que ya se ha calmado un poco.

Volvió a pasarle los prismáticos a él y se agarró las manos con fuerza.

Unos minutos después, la luz roja de encima de las casillas de salida parpadeó y el juez dio la salida. Inmediatamente, estalló un estruendo proveniente de la multitud que animaba a sus caballos.

Tres minutos y veinte segundos más tarde, Ellie dio un salto y lanzó el sombrero al aire; Soñador había ganado.

Brett agarró el sombrero, la tomó en sus brazos y le dio un beso sonoro.

En aquel instante, se produjo un cambio misterioso. Entre ellos nació una sutil cercanía. Ya no eran dos personas que disfrutaban juntas de la Copa de Melbourne; sino dos personas que disfrutaban de su mutua compañía.

Después de la entrega de la copa, salieron del palco para mezclarse con la multitud y disfrutar del momento. Pasearon con las manos entrelazadas y les compraron a Simon y a su amigo Martie unas gorras de recuerdo.

Al final del día, en la puerta, una limusina estaba esperándolos. En el asiento, él la rodeó con el brazo por los hombros y ella apoyó la cabeza sobre su hombro, sintiéndose a salvo y segura

En el hotel tenían una suite con dos dormitorios.

Ellie miró a su alrededor disfrutando de la elegancia y el lujo del lugar. Después, se volvió hacia Brett.

–Muchas gracias por un día tan maravilloso. No tenía ni idea de que iba a gustarme tanto.

Él se deshizo de la chaqueta y aflojó la corbata.

–Todavía no ha terminado. He pensado que podíamos cenar aquí en el hotel. Después, si te apetece, nos podemos dar una vuelta por el casino. Pero no hay prisa, puedes descansar un rato si quieres.

Ellie lo miró fijamente.

–No sé… qué me apetece.

Él se acercó a ella pero no la tocó. Y la corriente misteriosa que había surgido entre ellos desde que la besó en las carreras se hizo más fuete.

Ella intentó analizar la situación. Deseo… sí. Pero diferente al de otras veces. Había mas calor, en el sentido emocional. Sentía un verdadero placer con su compañía y al pensar en el día que había

organizado para ella.

Tenía el deseo irrefrenable de bajar la guardia y decirle que lo que más le apetecía era quedarse en sus brazos, en la cama.

–¿Ellie? –dijo él, muy despacio.

–¡Oh, Brett! –susurró ella y, contra todo pronostico, se encontró sonriéndole porque él era todo lo que quería. Levantó las manos y las dejó sobre su pecho.

–No quiero descansar.

Él la miró sin saber muy bien qué era lo que quería decir.

–Quiero –dijo ella lentamente– que me devuelvas a la vida. No quiero tener que tomar ninguna decisión todavía, pero realmente necesito… terminar este día tan especial de una manera especial, contigo.

Ellie se puso de puntillas y lo besó muy despacio.

–Ellie… –murmuró él mientras la rodeaba por la cintura–. ¿Estás segura?

–Completamente.

–Porque no me puedo imaginar una mejor manera de acabar este día. Ha sido… un placer verte… a ti, solo a ti, no a la madre o a la ama de casa o a la mujer trabajadora.

–Así es como me siento, liberada –dijo ella con un suspiro de placer.

Él la besó en la comisura de la boca y movió sus manos.

–Veamos si podemos continuar con ese proceso –dijo rodeándola y besándola con más pasión.

Y cuando ella comenzó a sentirse mareada por el placer, él le bajó la cremallera del vestido y la ayudó a quitárselo, revelando la ropa interior nueva que ya había llevado en la fiesta del aniversario de Archie y Delia.

–Esto es muy sexy, Ellie –le dijo él recorriéndola con las manos–. Me alegro de no haberlo sabido antes. Habría estado todo el día intranquilo –dijo mirándola a los ojos con pasión.

–Me alegra oírlo.

–Siempre supe que eras muy dura.

–No me siento así en absoluto –respondió ella y tuvo que contener el aliento porque él metió su mano en las braguitas y le acarició los rizos de la base de su vientre.

–¿Cómo te sientes?

Ella echó la cabeza para atrás y cerró los ojos mientras una oleada de placer recorría su cuerpo.

–Ardiendo.

Brett comenzó a besarle el cuello, siguió con el valle entre sus

senos mientras con la mano la exploraba de manera más íntima. Después, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio donde la depositó sobre la cama.

Ella soltó un gemido de angustia al sentir que se separaba de ella. Levantó un poco la cabeza y lo vio desnudarse. Después, con el cuerpo fuerte, duro y desnudo volvió con ella.

Inmediatamente, la tomó en brazos y le susurró dulcemente al oído mientras con las manos recorría su cuerpo. Hasta que la magia se apoderó de ellos de nuevo.

Después la despojó de la ropa interior y ella se sintió arder de deseo y placer. De hecho, pensó que no podría aguantar más tiempo.

–Sí, sí puedes –dijo él recorriéndole el cuello a besos hasta llegar al pezón.

–Brett –gimió ella.

Él levantó los ojos.

–Ellie, si ha pasado mucho tiempo desde la última vez, tenemos que tener cuidado.

–¿Cuidado?

–Sí, lo último que deseo es hacerte daño así que tengo que asegurarme de que estés lista.

Y comenzó a besarla de nuevo, otra vez empezó por el cuello pero, esa vez, no se detuvo en el pezón.

–Brett, Brett –suplicó ella mientras hundía los dedos en el pelo de él.

–Nunca he estado más lista en mi vida.

Él levantó la cabeza y sonrió.

–Me alegro porque esto se estaba convirtiendo en una tortura.

Aun así, tuvo mucho cuidado y el corazón de ella palpitó con gratitud. Después, el momento llegó y todo lo demás desapareció de su mente al rendirse por completo al increíble placer.

Capítulo 8

QUÉ TE gustaría hacer ahora?

Ellie abrió los ojos y se lo encontró mirándola, con la cara apoyada en una mano, mientras que con la otra le acariciaba la cintura.

–¿Ahora? –repitió ella como en una nube–. Bueno. Podemos cenar en el hotel, dar una vuelta por el casino y pasear por la ciudad ¿Qué te parece?

–Demasiada actividad para un hombre en mi estado.

–¿Y qué estado es ese?

Él se quedó un rato pensado y, después, le dijo muy serio.

–Encantado, hechizado y con un dedo malherido.

–¡Oh! –se sentó y le tomó la mano–. ¿Te he hecho daño? Lo siento –se disculpó ella.

Le besó la mano con suavidad y la puso sobre su pecho.

Él soltó un gruñido.

–¿No creo que esto te duela? –preguntó ella, inocentemente.

–Claro que no, pero podía clasificarse como una prueba.

Ella levantó las cejas.

–En vista de tu determinación de cenar, jugar y pasear.

–Entiendo. Pero seguro que eso te hace menos daño que otras cosas que puedas tener en mente –se burló ella.

Él la recorrió de arriba abajo. Era tan delicada y tan bonita, tan suave… Sus ojos descansaron sobre las suaves marcas que él le había dejado al poseerla. Después sus miradas se encontraron.

–Cada vez, tienes menos opciones.

–¡Ah! Ya veo. Entonces, será mejor que alejes tu mano del peligro –sugirió ella.

–Eso es totalmente imposible. ¿Qué te parece esto? –le preguntó acariciándole las nalgas.

Ella tomó aliento.

–Está bastante bien; pero aún no me estoy muriendo.

Él hizo un ruido extraño con la garganta y, a pesar de su dedo malo, se subió sobre ella y juntos cabalgaron hasta la cima.

–¡Vaya! –dijo Ellie con un suspiro cuando pudo hablar–. Me has destrozado.

Él le acarició los rizos húmedos de la frente y la besó con suavidad.

–¿Te he hecho daño?

–No, en absoluto. De hecho, has estado fantástico.

–Gracias, señorita Madigan. ¿Crees que deberíamos considerar nuestras opciones de nuevo?

–De acuerdo. Quizá deberíamos olvidarnos del paseo por la ciudad.

–Buena idea. Y el casino quizá sea demasiado bullicioso para nosotros ¿no crees?

–Por supuesto. Y con respecto a vestirnos y bajar a cenar…

–No me parece una buena idea en absoluto –la interrumpió él–. Me da verdadera aprensión que te tengas que vestir –dijo pasándole un dedo por la piel sudorosa.

–¿Qué te parece si llamamos al servicio de habitaciones?

–¡Perfecto! –dijo él, mirándola intensamente–. ¿Sabes? Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Me has hecho volar como a una de tus cometas.

–Nunca pensé que yo… Nunca pensé que fuera capaz… –no pudo continuar.

–¿Llevar a un hombre al cielo?

Ella se encogió de hombros.

–Pues deberías tenerlo en mente –dijo depositando un beso sobre su cabeza antes de ir a llamar al servicio de habitaciones.

Cuando volvió a la habitación, ella se estaba duchando.

Él se metió con ella.

–Buena idea. A menos que hayas cambiado de idea con respecto a salir.

–En absoluto. Pero tengo la ropa perfecta para este tipo de cosas.

–¿A qué te refieres?

–A cenar en casa… ese tipo de cosas –dijo levantando la cara para recibir todo el agua de la ducha.

–Pareces un hada. El hada de las fuentes.

Ella se rio.

–Tú tampoco estás nada mal para ser un médico.

–¿Es que los médicos no pueden estar bien?

–Bueno, no es un trabajo muy físico. Y tu físico es… muy fuerte.

Él cerró el grifo, la tomó en brazos para sacarla de la ducha y le enrolló una toalla.

–Ya he tenido bastante, mi hada. Se estaba poniendo muy peligroso.

Ella levantó las cejas.

–Serían tres veces seguidas y no quiero extenuarte.

–Gracias por preocuparte –dijo ella, poniéndose de puntillas

para darle un beso.

Justo en aquel momento, alguien llamó a la puerta.

–Debe ser la cena. Voy a abrir mientras tú… ¿no decías que tenías algo especial que ponerte?

–Sí. Márchate, iré en un momento.

–No tardes mucho –le dijo él, mientras se ponía un pantalón corto–. Podría echarte de menos.

Cuando él se marchó, ella se quedó mirando la puerta un instante, después, se secó con la toalla y bailó por el salón tarareando un vals. Acabó frente al tocador y pensó que nunca se había sentido tan feliz. De hecho, hizo una reverencia y le sonrió a su reflejo en el espejo.

Después, sacó de su maleta el camisón y el salto de cama que de manera tan inexplicable había adquirido el día que salió a comprarse la ropa para la fiesta de Delia.

El camisón no tenía mangas y tenía cuello de encaje. El salto tenía el mismo encaje en el frente y se abrochaba con botones de perlas. Le llegaban por la mitad de la pantorrilla y cuando giraba tenían un bonito vuelo. Antes de vestirse, se secó un poco el pelo y se puso crema hidratante en todo el cuerpo.

Finalmente, se dirigió hacia la sala, pero hizo una pausa para mirarse a sí misma. Aunque llevaba dos prendas, la seda era tan vaporosa que revelaba todas sus formas.

Brett estaba descorchando una botella de champán cuando ella entró.

–¡Vaya! –fue todo lo que se le ocurrió decir.

Ella lo miró con un toque de ansiedad en la mirada.

–Nunca había llevado algo así.

–¿Nunca?

–Hasta ahora, solo había llevado pijamas de algodón.

Él dejó la botella en la mesa y caminó hacia ella.

–¿A qué se ha debido el cambio?

–Cuando fui a comparar la ropa para la fiesta de Delia… me volví un poco loca.

–¿Acaso tenías esto en mente?

Ella dudó.

–Quizá –susurró–. Pero, ¿no crees que es demasiado…?

–Creo que es precioso y perfecto para cenar.

–Solo en estas circunstancias, claro.

–Claro –asintió él y la rodeó con los brazos–. Y ahora que estamos de acuerdo en que estás perfecta para la ocasión, ¿puedo acompañarte a tu asiento? –preguntó él, haciendo una reverencia.

Ellie sonrió y se relajó.

–Si eso es champán, es exactamente lo que necesito.

Cenaron ostras, cochinillo asado relleno de melocotones y ciruelas pasas, arroz y, de postre, tarta de manzana con helado.

–Mm, estaba exquisito –dijo ella al acabar su último trozo de tarta–. Ahora deberíamos ir a correr un rato para bajar la cena.

–Tengo una idea mejor. Vamos a relajarnos y a ver la televisión. Quizá nos veamos en el telediario.

Se sentaron en un sillón para ver las noticias y toda la información sobre la copa Melbourne, pero ellos no se vieron.

–¡Qué día! –dijo Ellie y apoyó la cabeza sobre su hombro. Después, se incorporó de repente–. No he llamado a Simon…

–No te preocupes. Llámalo mañana por la mañana –dijo él, mientras apagaba el televisor con el mando a distancia.

–Háblame de África –le pidió ella.

Él recostó la cabeza en el respaldo del sillón.

–África es como una amante, de las peores. Caprichosa, temperamental y cada vez más hermosa. Cuando crees que te vas a volver loco y que ya no puedes resistir más, te atrapa de nuevo. Mi clínica se quemó dos veces. Una vez a causa de un rayo y la otra por un error humano; alguien regó una planta y, sin darse cuenta, también regó un enchufe múltiple.

–¿Qué es lo que te «atrapó» después de aquello?

Él sonrió y le frotó la cabeza.

–Que todos los del pueblo, incluidos niños y ancianos, se volcaron en la reconstrucción.

–Eso es genial. ¿Cuál es el mayor problema? ¿El ébola?

Él dejó escapar un suspiro.

–El mayor asesino de África es el SIDA. Después viene la malaria.

Ellie permaneció en silencio mientras Brett le hablaba de África y del tiempo que pasó allí. A ella le entró la duda de si pensaba volver algún día, y, por tanto, de qué pasaría con ella. Pero no se atrevió a hacer la pregunta. Finalmente, se quedó dormida en sus brazos.

Brett la miró en silencio mientras ella dormía plácidamente. No era de extrañar, debía estar agotada después de un día tan intenso.

«Me gustaría ver qué motivo me da ahora para no casarse conmigo», pensó él con una débil sonrisa mientras la tomaba en brazos para llevársela a la cama.

Ellie se despertó la mañana siguiente con el aroma del café recién hecho. Se sentó en la cama y se pasó las manos por el pelo. Después, miró a la mesilla para ver la hora en el despertador; pero allí no había ningún despertador, ¡ni siquiera estaba en su propia cama!

¡Claro! Todo le vino a la cabeza de repente y se volvió a tumbar, sobrecogida.

En aquel momento, Brett entró en la habitación con una taza de té.

–Buenos días. Pareces… sorprendida.

Llevaba puestos unos vaqueros y una camisa azul marino. Estaba afeitado y bien peinado y su aspecto era realmente atractivo.

Ellie se volvió a sentar.

–Estoy… ¿Es… es esto té?

–Sí. Pensé que te apetecería.

–Gracias.

Él se sentó a su lado en la cama.

–¿Qué es lo que te sorprende tanto?

–No sé. Olía a café.

–Tenemos de todo para desayunar, café, té, zumos y todo tipo de bollos. ¿Pero esa cara de sorpresa se debe realmente al café? –preguntó con una ligera sonrisa.

–No realmente. Me desperté pensando que estaba en casa.

–Así que te sorprendió ver dónde estabas.

–Eso y todo lo que hice ayer –confesó y con valentía lo miró a los ojos.

Él le tomó la mano y se la besó.

–¿Te arrepientes?

–No, no, en absoluto –le contestó ella, alegremente–. Solo pensé que te debía haber sorprendido bastante. Eso es todo.

–Ellie… –dijo él entre risas.

–Me siento como una tonta –dijo ella.

Él se inclinó sobre ella para darle un beso y ella se relajó.

–Sé que es muy temprano, pero tenemos que ponernos en marcha. He quedado con alguien a unas dos horas de aquí y si no salimos pronto llegaré tarde.

–¿Cuánto tiempo tengo? –dijo ella mientras saltaba de la cama.

–Una media hora –dijo mirando el reloj.

–Te sorprendería lo que puedo hacer en media hora.

–Tú siempre me sorprendes. Te he visto en el trabajo, conmigo…

Ella se giró para mirarlo.

–No me tientes –le advirtió.

Él se sentó en la cama.

–Entonces, ¿te referías a eso? Yo pensé que me hablabas de ducharte, vestirte y desayunar –la retó él.

Ella hizo como que lo consideraba. Después se encogió de hombros con elegancia.

–Pensándolo mejor, la próxima vez me tomaré mi tiempo; aunque –añadió de manera casual–, tú fuiste el de las prisas la última vez.

–*Mea culpa* –dijo él, llevándose una mano al pecho–. Me estaba muriendo por ti.

–¿Esta noche volveremos a estar juntos?

–Sí.

–Entonces, ya veremos qué pasa.

–Ellie –dijo él señalando al teléfono–. Puedo hacer unas cuantas llamadas… Podríamos quedarnos aquí…

Ella le acarició la cara.

–En realidad, tenías razón, antes me estaba refiriendo a vestirme, ducharme, etcétera.

Él la miró apenado.

–Ahora, será mejor que me vaya a la ducha. Pero antes, me gustaría llamar a Simon.

Ellie marcó el número de los Webster y saludó a la madre de Martie, después, se puso Simon.

–¿Qué tal, mamá?

–Me lo estoy pasando fenomenal. ¿Qué tal tú?

Él niño le contó todos los detalles y, después, le preguntó si podía hablar con Brett.

Ellie se despidió y le pasó el teléfono. Al ver que ya habían pasado diez minutos de su media hora, corrió hacia la ducha.

Brett estaba desayunando cuando ella salió de la habitación con unos pantalones de algodón blanco y una blusa con cuadros azules y blancos.

–Aún me sobran cinco minutos –dijo triunfante.

Él le hizo un gesto para que se sentara, le puso un plato delante y le sirvió café.

–Simon me ha dicho que han acabado la caseta y que ya ha elegido un nombre para el perro.

–¿Ah, sí? ¿Qué nombre ha elegido?

–Adivina.

–No tengo ni la menor idea.

–¿Qué es lo que más le gusta?

–¿Le ha puesto béisbol?

–No pero casi, le ha puesto Bate.

Los dos rieron con ganas por la ocurrencia.

Fue otro día precioso y un placer conducir por la costa. Iban pasando por lugares de los que había oído hablar pero que nunca antes había visto.

La casa de la que Brett le había hablado de pasada era una maravilla. Era antigua, sólida y grande. Estaba protegida por unas rejas impresionantes y tenía su propia playa. De hecho, todo Portsea y sus alrededores dejaban claro una cosa: allí vivían familias de dinero.

Cuando llegaron, un agente inmobiliario les estaba esperando en la casa.

Mientras recorrían la propiedad a Ellie le surgieron un montón de preguntas. ¿Habría Brett vivido allí? ¿Por qué vendería alguien una casa así si no fuera porque tenía que hacerlo?

Pero no hizo ninguna pregunta mientras los seguía, intentando no parecer muy sorprendida.

Cuando terminaron la inspección, volvieron al coche.

–¿No vamos a pasar la noche aquí? –preguntó ella mientras se abrochaba el cinturón.

–No, pero cerca. ¿Qué te parece la casa?

Ellie volvió a mirarla.

–Es preciosa pero… –hizo una pausa–. Creo que hay algo…

Él se encogió de hombros.

–Era del padre de mi madre. Y siempre fue un motivo, entre muchos otros, por el que mis padres discutieron. Ellie, tengo que ir a hablar con el agente. ¿Quieres darte una vuelta por Portsea mientras tanto? No es muy grande, pero es agradable.

–Claro.

Allí la dejó y quedó en recogerla una hora más tarde.

Ella pasó un buen rato mirando escaparates y, después, se sentó en una terraza a tomarse un refresco. Pensó que durante aquellos dos días había descubierto muchas cosas sobre Brett. Y no solo lo bien que le hacía el amor.

Estaba el tema de África. Le había hablado de ella con un cariño verdadero y profundo, recordó sintiendo una pequeña punzada. Y ahora parecía que sus padres no se habían llevado muy bien y que la casa le traía malos recuerdos. ¿Cuánto habría aquello influido en el hombre que era?, se preguntó. ¿Cuánto tendría que ver todo aquello con la decisión que ella tenía que tomar? Una decisión que

había apartado de la mente el día anterior…

–Mi reino por tus pensamientos.

Ellie levantó la cara sorprendida hacia Brett.

–Oh, nada importante.

Él la miró con los ojos entrecerrados y la tomó de la mano.

–Creo que he tardado mucho.

Ella se puso de pie.

–No, qué va.

Pero ni siquiera a sus oídos sonó convincente.

Él le dedicó una sonrisa que hizo que le temblaran las rodillas.

–En unos minutos estaremos en el paraíso.

–¿El paraíso?

–Ya verás. Ven –dijo llevándosela hacia el coche.

Al cabo de unos minutos, ella pudo comprobarlo por sí misma. Al final de la carretera, antes de llegar a un parque nacional, había una casa de campo, parecida a un palacio, que una cadena hotelera había convertido en un hotel.

–¡Es preciosa! –exclamó ella, mirando a su alrededor en la suite.

–Igual que tú –respondió él, tomándola de las manos para atraerla hacia él y darle un beso–. ¿Cansada?

–Un poco.

–Propongo que descansemos un rato antes de salir a tomar algo.

–De acuerdo –dijo ella mirando a la cama doble que le pareció de lo más apetecible.

Él se rio.

–Adelante, señorita Madigan.

–¿Y tú qué vas a hacer?

–Tengo que hacer un par de llamadas. Tú descansa.

–Gracias.

La despertó dos horas más tarde con un beso y un cóctel en la mano.

–*Crème de menthe frappé*. Y te he preparado un baño.

Ella se sentó en la cama y dejó escapar un gemido de placer.

–Toma. Llévate esto al baño. Tómatelo mientras las burbujas te dan un suave masaje y te aseguro que te sentirás como una reina. Además, el baño tiene unas vistas preciosas.

–¿Burbujas?

–Echa un vistazo.

Ella lo siguió al baño y se encontró con un jacuzzi lleno de pompas de jabón.

–Podría perderme ahí dentro –dijo y se volvió hacia él para darle un beso–. Eres un cielo.

–¿Un cielo? –preguntó él irónico.

–Un cielo, encantador, sorprendente y muy muy sexy.

–Gracias. Ya me siento mucho mejor.

Al atardecer, se dirigieron a Portsea para cenar y eligieron un restaurante con una terraza que daba a la bahía.

Brett entró en el restaurante para pedir y Ellie tuvo que reconocer que sus remedios eran realmente efectivos. Se sentía relajada y tranquila y, a la vez, llena de vida. Se había puesto unos vaqueros y la parte de arriba del conjunto que llevó a la fiesta de Delia. Se sentía bien consigo misma y a tono con la multitud adinerada que la rodeaba.

Cuando Brett salió, llevaba una botella de vino en un cubo de hielo.

–¿Conoces bien esta parte del país, Brett? –le preguntó mientras él le servía una copa.

–Solía pasar aquí las vacaciones cuando era pequeño, con mis abuelos. Cuando murieron, mi madre heredó la casa.

–¿Por qué era causa de discusión entre tus padres?

Él se encogió de hombros.

–Mis abuelos siempre pensaron que mi madre se había casado con alguien inferior a ella. Quizá tú no te des cuenta, pero esta zona…

–Sí, ya me he dado cuenta de que es de mucho dinero.

–Exactamente. La casa era una evidencia de su riqueza y por eso a mi padre no le gustaba. Por otro lado, peleó muy duro durante toda su vida para darle a ella todo lo que sus padres le habían dado. Eso, al final, también melló la relación.

Ella entrecerró los ojos y miró a su copa.

–Sé lo que estás pensando –dijo él–. Yo mismo me lo pregunto muchas veces. Esas cosas eran solo superficiales, ¿Sería que no estaban hechos el uno para el otro? ¿Eran dos personas destinadas a tener una relación de amor y odio? Hoy en día, todavía no tengo la respuesta.

–En realidad, me estaba preguntando cómo te habría afectado eso a ti.

Él se movió inquieto.

–Está claro que algo tiene que haberme afectado. Así que, los dos hemos sufrido a causa de nuestros padres. Somos supervivientes –dijo levantando la copa para hacer un brindis.

Ella levantó su copa.

Abrió la boca para decir algo cuando alguien los llamó para decirles que su comida estaba lista. La deliciosa comida que Brett llevó a la mesa, les hizo hablar de temas más alegres.

–¿Ellie?

Los dos estaban tumbados en la cama, desnudos y explorándose íntimamente.

–¿Sí?

–Eres preciosa –dijo acariciándole el costado–. Suave y delicada pero con un corazón de fuego y fuerza. Una combinación fascinante.

–Gracias. Creo que lo justo sería decir que yo a ti también te encuentro fascinante.

–Lo que estás haciendo ahora mismo sí que es fascinante.

Ella levantó la cara y le sonrió.

Él le acarició el pelo.

–Mañana estarás de vuelta en casa.

–¿Te vas a quedar mucho tiempo más? –preguntó ella un poco tensa.

–Un par de días, eso es todo. Realmente quiero atar unos cuantos cabos sueltos para no tener que volver cuando el laboratorio esté funcionando a pleno rendimiento. ¿Es un problema? –le preguntó acariciándole un pecho.

–No. Yo puedo volver sola.

–¿Entonces, por qué te has puesto tan tensa?

–Es solo porque he estado viviendo minuto a minuto durante estos dos últimos días.

–¿Aún no has tomado ninguna decisión?

–No. Bueno, sí, una. Si no dejas de acariciarme así… Me va a dar un ataque a mí sola.

–Qué te lo crees tú –dijo él, tumbándose sobre ella–. Estamos juntos en esto, te guste o no.

–Yo no dije que…

Pero ya no dijo nada más porque él empezó a subir el tono de las caricias. Después, los dos comenzaron a moverse rítmicamente, al unísono. Primero, lentamente, después con más urgencia, al borde del éxtasis. Finalmente, ella arqueó su cuerpo bajo el de él y gimió de puro placer.

Después, ya no hubo nada que decir; era como si lo que había pasado entre los dos lo hubiera dicho todo. Él la envolvió con sus brazos hasta que se quedaron dormidos.

El tiempo de Melbourne dio un cambio drástico y volvieron a la ciudad entre niebla y lluvia.

–No me lo puedo creer. Hace un frío espantoso.

–Quizá en casa no se pueda soportar el calor.

–Brett, ¿has tomado ya una decisión sobre la casa?

–No. Es un verdadero dilema. Una parte de mí, me dice que me deshaga de ella, que me trae recuerdos muy tristes, la otra, dice que es parte de mi herencia. ¿Tú que harías, Ellie?

Ella pestañeó.

–No tiene nada que ver…

Él la cortó en seco.

–Quizá lo tenga.

Ella miró por la ventana.

–Todavía no te puedo dar una respuesta. Pero, con respecto a la casa, si yo fuera tú me la quedaría.

–¿Cuándo podrás darme una respuesta, Ellie?

Ella dudó un instante.

–Necesito un poco más de tiempo, Brett.

–De acuerdo. Espero que no se te metan ideas extrañas mientras estoy fuera.

–¿Ideas extrañas?

–No sé. Quizá podrías hablar del tema con tú hijo.

–¿Simon? Está totalmente de tu parte. No creo que fuera objetivo.

–Bueno –dijo él mientras tomaba la desviación del aeropuerto–. Quizá se te pegue algo de él.

En el aeropuerto, se aseguró de dejarle un recuerdo que le costara borrar. Le dio un beso de despedida tan apasionado que a ella le temblaron las rodillas.

–Brett –susurró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

–Te tiene que durar dos días así que pensé que debía ser intenso.

Ella miró a su alrededor y se puso colorada.

–Todo el mundo nos está mirando.

–Déjales –dijo tomándole la cara entre las manos–. Ahora, prométeme que no vas a tener ideas extrañas mientras esté fuera. No te dejaré ir hasta que me lo prometas.

–Mi avión…

–Lo perderás.

–¡No puedo!

Él se encogió de hombros.

Ellie cerró los ojos y tomó aliento.
–De acuerdo. Lo prometo.
–Gracias –dijo y le dio un beso suave–. Hasta luego.

Capítulo 9

ELLIE llegó a casa sin ningún contratiempo y se encontró con Simon que volvía del colegio. Su recibimiento fue tan caluroso que Ellie se preguntó si todo iría bien.

Él hizo una mueca.

–He descubierto que está muy bien cuando uno se va fuera, pero no tanto, cuando uno es el que se queda.

Ellie se rio y le dio un abrazo.

–Sé muy bien a qué te refieres. Mira lo que te he traído –le dijo sacando las gorras de la Copa de Melbourne.

Simon las miró lleno de alegría y sorpresa.

–¡Caramba, mamá! Martie y yo vamos a ser los únicos con estas gorras. ¡Eres genial!

–Gracias.

–¿Te lo has pasado bien? ¿Dónde está Brett?

Ella le describió las celebraciones del día de la Copa. Después, le habló de Brett. Estuvo tentada de preguntarle qué le parecería si se casara con él, pero algo la detuvo.

Simon no se dio cuenta de su vacilación y le preguntó si podía ir a llevarle a Martie su gorra.

–Claro –le respondió ella, alborotándole él pelo y observó con ojos emocionados cómo su hijo salía corriendo por la puerta del jardín.

Para su sorpresa, Gemma Arden se pasó por la casa esa misma noche, cuando Simon ya estaba en la cama.

–¡Qué sorpresa, Gemma! –dijo ella, al abrir la puerta.

Gemma dejó un maletín pesado en el suelo y se abanicó enérgicamente.

–He decidido venir a verte porque el próximo lunes tengo que ir a Sidney y me sabía fatal volver a posponer nuestra comida. Estaba cerca de aquí y decidí arriesgarme a ver si estabas en casa. Ya sé que Brett no está, me llamó esta mañana desde Melbourne con respecto a unos negocios.

–Me alegro de volver a verte. Vamos a sentarnos en la terraza. Acabo de preparar una jarra con zumo de naranja, mango y fruta de la pasión. Está bien frío.

–¡Qué alegría! Hace un calor terrible.

Gemma era una chica corpulenta y cuando trabajaba siempre llevaba un traje de chaqueta negro. Su cara era muy bonita y tenía el pelo rubio platino. A lo largo de los años, Ellie había descubierto

que era una mujer que decía las cosas directamente y eso le gustaba.

–¿Qué tal está Brett? –preguntó Gemma con un vaso en la mano–. ¿Sigue con esas ideas extrañas que mencionaste en la fiesta?

Ellie dudó un instante y, en seguida, supo que no podía discutir su relación con Gemma.

–Bueno, me imagino que tendría dificultades para adaptarse al cambio. Todo ello, complicado con la presencia de una bailarina de topless.

–¿Qué? –dijo Gemma, pestañeando sorprendida.

Ellie le contó la historia de Chantal y juntas se rieron un rato.

–Me imagino que se habrá instalado aquí con Simon y contigo.

–Sí. Ese es otro problema. Se siente en casa con nosotros.

–¿Y eso es un problema? –preguntó Gemma.

–Bueno, no. Es su casa. Lo que quiero decir es que pensé que querría que se la devolviéramos, nunca pensé que se sentiría a gusto viviendo con nosotros.

Gemma se quedó pensativa.

–Quizá tenga algo que ver con Simon. Recuerdo que cuando era pequeño se sentía muy inútil.

Ellie la miró sorprendida.

–¡Pero, si nos ha ayudado muchísimo!

–Económicamente, sí. Pero ahora que Simon es mayor, y tan parecido a Tom, me imagino… No sé, yo he intentado convencerlo de que no fue culpa suya.

–¿Qué? ¿De qué me estás hablando?

Gemma se quedó en silencio, como si se hubiera dado cuenta que estaba pisando terreno peligroso.

–Gemma, Simon es mi hijo y Tom era su padre. Durante muchos años, Brett nos ha ayudado y siempre pensé que era porque Tom había sido como un hermano pequeño para él. Si hay otra razón, creo que me gustaría conocerla.

Gemma dudó un instante, después, pareció tomar una decisión.

–Siempre se sintió culpable por la muerte de Tom.

Ellie abrió al boca sorprendida y palideció.

–¡Pero si ni siquiera jugaba ese día!–susurró–. Eso no puede ser cierto.

–Quizá no lo sepas, pero nunca ha vuelto a jugar al polo desde aquel día. Aquel día tenía que jugar, pero en el último momento no pudo ir y Tom, que estaba de reserva, tuvo que ocupar su lugar.

La mente de Ellie voló a aquel fatídico día, pero ella tampoco había ido al partido.

–¿Realmente cree eso? ¿Cómo lo sabes?

–Él me lo contó

Ellie recordó cómo le cambió a Brett la expresión cuando le mencionó el polo y dejó escapar un suspiro.

–Eso lo explica todo.

–¿Así es mejor o peor? –preguntó Gemma directamente–. No sé si debería habértelo contado, pero, ya que lo he hecho, ¿cómo te sientes?

Ellie intentó componer sus pensamientos.

–Como si hubiera encontrado la última pieza del rompecabezas –respondió lentamente.

Eso no le aclaró mucho a Gemma. La mujer dudó un instante; pero, después, cambió de tema y estuvieron hablando de cosas triviales hasta que se marchó.

A Ellie le costó conciliar el sueño aquella noche.

Por la mañana, Simon debió notar algo.

–¿Te pasa algo?

–Me duele la cabeza. Quizá he volado demasiado durante esta semana –le dijo con una sonrisa–. ¿Qué tal van los ensayos?

La obra era al día siguiente.

–Muy bien, pero no te hagas muchas ilusiones con mi papel, mamá. Salgo muy poco. Lo más seguro es que nadie me echaría de menos si me quedara en casa.

Ellie le sonrió y lo acompañó hasta la puerta.

Después, se sentó y se agarró la cabeza entre las manos. «Esto no es ninguna idea extraña», se dijo para sí. «Es la verdad y no creo que pueda soportarlo».

Al rato, se levantó preguntándose cómo podía desmantelar once años en solo unas horas.

Dos horas más tarde, estaba en la habitación de Simon, rodeada de cajas a medio llenar, cuando oyó que llegaba un coche.

«No me importa quién sea», se dijo a sí misma. «Haré como que no estoy». Pero la persona que llegaba abrió la puerta con su propia llave.

–¡Vaya! ¿Esto es lo que confías en mí? –le dijo Brett desde la puerta de Simon.

Ellie se quedó sin habla.

–Parece que estás dispuesta a llevarte a tu hijo a no se sabe dónde. ¿Qué pasa con la obra de teatro? ¿Y la caseta..? ¿Cómo vas a explicárselo?

–Brett… –dijo ella, apartándose con furia unas lágrimas–. ¿Qué haces aquí? Se supone que llegabas mañana.

–Estoy aquí porque Gemma me llamó diciéndome que quizá había hablado demasiado. Por cierto, ¿adónde pensabas ir?

Ellie tragó con dificultad.

–No pensaba, «pienso». Voy a casa de mi padre. Él y Simon se llevan genial. Y esto es para ti –dijo mientras se sacaba un cheque del bolsillo.

Él lo miró con desprecio y lo hizo trizas.

–¿Estos dos últimos días no han significado nada para ti, Ellie?

–Brett… –se aclaró la garganta–. Sí. Y además estaba dispuesta a casarme contigo aunque sospechaba que de vez en cuando te marcharías a África. Pero no pienso casarme contigo solo porque te sientes culpable por la muerte de Tom.

–Ellie… –dijo mirándola fijamente.

–Gemma quizá haya metido la pata; pero sé que no es una mentirosa.

–No –respondió él y dejó caer los hombros.

–¿Así que es verdad?

–Es cierto que si yo hubiera ido al partido, Tom no habría muerto. Es cierto que… –hizo una pausa y alrededor de la boca se le marcaron una líneas muy finas–. Simon me recuerda mucho a él. Pero no es cierto que yo te haya besado o te haya hecho el amor porque me sintiera culpable. Eso no funciona así.

Ella se alejó.

–Brett –dijo ella haciendo un esfuerzo–. Yo no daría mucho valor a lo que pasó en Melbourne. Estar fuera de casa, un día maravilloso, la necesidad de un descanso… No sé. Se me subió a la cabeza.

–Ya me intentaste decir eso antes… ¿Por qué no le hacemos frente a la verdad, Ellie?

Ella abrió los ojos sorprendida.

–Si quieres, empiezo yo –le dijo mientras la tomaba de la mano–. Ven.

Ella se resistió un instante, después se dejó llevar a la cocina. Brett puso una cafetera en el fuego.

–Tenía razón cuando dije que aquí haría calor –dijo mientras se quitaba la chaqueta y la corbata.

Ellie no sonrió. No podía.

Él la observó un instante, después, se volvió hacia el café. Sirvió dos tazas y se sentó en la mesa con ella. Sin más preámbulos le dijo:
–Una vez me dijiste que creías que nunca podrías volver a sentir lo que sentiste por Tom… que nunca podrías volver a enamorarte.

Ellie abrió la boca, pero la cerró inmediatamente.

–Nunca pretendería suplantar ese sentimiento, ni… borrarlo. Y Simon, lo que sientes por él es una prueba viviente de ello.

Ella dejó escapar un sonido gutural.

–Pero no he podido evitar lo que siento –dijo muy lentamente–. Al principio era culpabilidad; siempre me arrepentiré de lo que pasó. Pero enamorarme de ti, Ellie, eso fue algo completamente distinto. Aquella chispa que surgió hace tantos años creció y se avivó sin que yo me diera cuenta.

–¿Có… Cómo?

–Por cosas pequeñas. Tu manera de disfrutar con las cometas, con la cocina, tu voz, tu pelo, tu piel tu sentido del humor… Después, me di cuenta de que siempre había estado deseando volver. Lo que más me molestó fue que no volvía a ti. Así que, me encontré haciendo proposiciones como el que no quiere la cosa cuando, en realidad, lo sentía profundamente.

Hizo una pausa y después continuó:

–Ellie, sé que puedes citarme los once años que han pasado, África, Chantal… Nada de eso importaba, solo tú. Tengo que reconocer que siempre he tenido una sombra de duda, la sombra de Tom. Pero no por la culpabilidad, sino por el temor de que nunca quisieras volver a enamorarte.

Ella abrió la boca pero no salió ningún sonido y él continuó.

–Cuando comprendí que tenías que ser tú y nadie más, tengo que admitir que usé… usé a Simon y lo que podía hacer por él para presionarte. Tenía tanto miedo que te intenté chantajear. Lo siento, pero no sabía qué hacer.

–Brett…

Él puso las manos sobre las de Ellie.

–Si te estás preguntando por qué no me había declarado antes… Me imagino que me moría de miedo por lo que me pudieras contestar.

Ella, por fin, logró hablar.

–Creo que me enamoré de ti cuando me rescataste junto a aquel parquímetro. No me di cuenta entonces o, quizá, no quise admitirlo –dijo con la voz quebrada por la emoción–. Me he sentido culpable desde entonces.

Él se quedó en silencio un instante, asimilando lo que acababa de oír.

Ella esperó con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Brett pronunció su nombre con un suspiro y se levantó para abrazarla.

–Gracias a Dios…

–¿No lo entiendes? Solo habían pasado tres meses desde que perdí a Tom –dijo ella angustiada.

–Ellie, el asunto es que «habías» perdido a Tom.

Ella lo miró fijamente.

–Las cosas cambian en esas circunstancias.

–¿Por eso me has dicho que debíamos hacer frente a la verdad? ¿Lo sospechabas todo el tiempo?

–No. Solo esperaba que no hicieras el amor como lo habías hecho conmigo a menos que estuvieras enamorada.

Ella ocultó la cara en su pecho.

–¿Ellie? –dijo él acariciándole la espalda con suavidad.

Ella levantó la cabeza con los ojos anegados de lágrimas; pero estaba sonriendo.

–No; no lo haría.

Ellie sintió el suspiro de alivio que él dejó escapar.

–¿Cómo puedo resarcirte por tantos años y por estar tan ciego?

–¿Quieres que te lo diga?

Él entrecerró los ojos y, después, asintió.

Ellie lo tomó de la mano y lo llevó a su habitación.

–Creo que puedo imaginármelo –murmuró.

–¿En serio? Iba a sugerir que hiciéramos el amor de manera salvaje y apasionada, pero si tienes otras ideas…

–Nada. Tengo la mente en blanco. Pero mi cuerpo se muere de ganas de hacerte el amor «de manera salvaje y apasionada».

Los dos se rieron de pura felicidad y se ayudaron el uno al otro a desvestirse. La llama entre ellos fue creciendo hasta alcanzar un nivel que nunca antes había alcanzado. Al final, se quedaron abrazados, agitados, sin decir nada.

Hasta que él dijo:

–Con respecto a África…

Ellie se movió con cautela en sus brazos y le besó con ternura.

–Lo entiendo.

–No, no creo que lo entiendas. Ni siquiera yo lo entendí hasta la otra noche, cuando te quedaste dormida en mis brazos después de hablar del tema. De repente, me sentí diferente. Sí… Siempre tendré unos fantásticos recuerdos de África… un día te llevaré allí –le dijo acariciándole el pelo–. Pero ya no la llevo en la sangre. Tú la has reemplazado.

Ella se incorporó.

–No tienes que decir eso.

–Es cierto. Siempre que pensaba en África me… entristecía

porque no estaba allí. Ahora me acuerdo de ella con cariño pero ya no hay tristeza.

Ella dejó escapar un suspiro de felicidad.

–¿Eres feliz?

–Dichosa –admitió ella–. Y sé de alguien que va a dar saltos de alegría. Sabes, me ha dicho que me echó de menos.

–¿Cómo no? Eres una persona maravillosa Ellie.

Ella se encogió de hombros sintiéndose halagada.

–Creo que voy a tener que recordártelo de vez en cuando.

–Oh, no quiero que tengas que tomarte tantas molestias.

–¿Molestias? Es un nombre muy raro para el puro placer–dijo él burlón y la besó en la boca para que dejara de reírse.

Se lo dijeron a Simon en cuanto llegó a casa de la escuela. Su reacción fue muy típica de él.

–¡Yupi! –dijo lanzando la gorra por los aires. Después, abrazó a su madre entusiasmado y le dio la mano a Brett. Por fin, recobró la compostura–. Me habéis quitado un gran peso de encima, chicos. Justo ayer le estaba diciendo a Martie lo complicados que sois los mayores.

Ellie lo miró sorprendida.

–¿Has hablado con Martie de estas cosas?

–Claro, es mi mejor amigo. Incluso habíamos ideado un plan. Me alegro de no tener que llevarlo a cabo.

–¿Cuál era el plan? –preguntó Brett.

–Yo me iba a caer de la bicicleta, nada serio, solo para asustar a mi madre y que tú pudieras consolarla después de salvarme –se encogió de hombros–. Habrías quedado como un héroe.

Con un gesto muy serio, Brett miró a Ellie.

–¿Cómo no se me habrá ocurrido a mí?

Pero ya no pudo contener más la risa.

–Vosotros dos. Ya habéis conspirado contra mí en el pasado, no quiero que vuelva a suceder de ahora en adelante.

–Nunca se nos ocurriría, ¿Verdad, Simon?

–Solo cuando sea realmente necesario, Brett –confesó el niño con gravedad–. ¡Oye! –exclamó mientras se sentaba en la mesa–. Tenemos una boda que planificar.

La boda fue dos semanas más tarde.

Ellie se puso un vestido blanco muy sencillo bordado con

florecillas blancas y llevó un ramo de capullos de rosas amarillas.

Simon y su padre la acompañaron hasta el altar y los dos se quedaron a su lado. Simon estaba lleno de orgullo y felicidad y llevaba su primer traje. Después de que Brett besara a la novia, Simon le echó los brazos al cuello y le dijo al oído: –Lo has hecho muy bien, mamá.

En el banquete había muy poca gente, pero estuvo muy animado. Fueron los McKinnon, Gemma Arden, la familia Webster y su padre con su esposa. Y Chantal y Dan Dawson.

Después del banquete, Brett se la llevó a un hotel para pasar la noche de bodas. Al día siguiente, partirían para Hawai para pasar la luna de miel. Mientras, Simon se quedaría al cuidado de sus abuelos.

–Está muy seria, señora Spencer –le dijo Brett cuando llegaron a su habitación.

–Eso es porque estoy seriamente enamorada de usted, señor Spencer –respondió ella y después añadió con dulzura–: Gracias por un día tan maravilloso.

Él la tomó en sus brazos.

–Creo que esta es una de esas ocasiones en las que tengo que recordarte lo especial que eres. Si alguien tiene que dar las gracias por un día maravilloso, ese soy yo, mi amor.

–Quizá los dos tengamos que darlas –sugirió ella.

–Tal vez tengas razón. Tal vez los dos seamos especiales –dijo antes de besarla con ardor.

Después, mientras le acariciaba la espalda, le bajó la cremallera del vestido. Se deshizo del vestido y después del sujetador.

–¿Tendrá algo que ver con esto? –preguntó él mientras le acariciaba los pechos antes de despojarla del resto de la ropa.

–Eso es muy… malvado –le dijo ella, conteniendo el aliento.

–Malvado, atrevido y… maravilloso –le dijo él con suavidad mientras los pezones de ella se ponían tensos–. ¿Cree que este es el preludio de ese sexo tan salvaje y apasionado en el que está especializada, señora Spencer?

–Pruébeme, caballero.

Y eso fue lo que él hizo.

Dieciocho meses más tarde la primera nota del frigorífico decía:

Querida mamá, ahora q Lucy tiene tres meses, ¿puedo empezar a enseñarle a hablar? ¿Y a andar? Por cierto, no creo q sea bueno para

ella dormir sola, creo q debería dormir en mi habitación.

La segunda nota decía:

Simon:

Puedes enseñarle lo que quieras, aunque, probablemente sea demasiado pronto. ¡Tú no empezaste a andar hasta los quince meses! Gracias por ofrecerle la habitación, amiguito; pero te aseguro que estará muy bien en su propio cuarto. De todas formas, muchas gracias por tu ayuda; no sé que haría sin ti.

Tu mamá que te quiere.

P.D. Brett también te da un millón de gracias. Para demostrarte que lo decimos en serio, te he dejado una pizza en el congelador.